PAQUI BERNAL

LA MIRADA VACIADA

Me deseaba desde el minuto en que me acerqué a él,
y yo lo sabía. Sabía que lo imantaba.

Nova Casa Editorial

Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2021, **Paqui Bernal**

© 2021, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Ana Carrión

Portada

Vasco Lopes

Corrección

Clàudia Colom

Primera edición en formato electrónico: Abril de 2021

ISBN: 978-84-18013-98-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

paqui bernal

LA MIRADA VACIADA

NovaCasa Editorial

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
AGRADECIMIENTOS

A mis hijos

YO FUI

Yo fui.
Columna ardiente, luna de primavera.
Mar dorado, ojos grandes.

Busqué lo que pensaba;
pensé, como al amanecer en sueño lánguido,
lo que pinta el deseo en días adolescentes.
Canté, subí,
fui luz un día
arrastrado en la llama.

Como un golpe de viento
que deshace la sombra,
caí en lo negro,
en el mundo insaciable.

He sido.

LUIS CERNUDA

PRÓLOGO

¿Quién no ha visto en mil ocasiones la imagen de un escritor rodeado de bolas de papel arrugado? ¿O, más recientemente, el mismo escritor mirando la pantalla de su ordenador con la mente en blanco? Sin embargo, yo diría que las tribulaciones con las que aflige la escritura a quienes todavía están en proceso de aprendizaje son mayores. Y lo demostraré citando varios episodios.

En uno de mis cuentos yo narraba cómo un hombre harapiento —con aspecto de toxicómano— irrumpía en una herboristería, llena de alimentos «bio-eco» carísimos y de clientes saludables (aparentemente dispuestos a dejarse medio sueldo con tal de protegerse y proteger el planeta). En cuanto entró, ya se palpaba en la tienda una tremenda aprensión, por las miradas y por una especie de cacareo en sordina. Escribí el cuento porque había presenciado esa escena y me pareció muy chocante.

—¿Cuál es el problema en esta escena? —preguntó mi profesora de Narrativa.

Nadie supo contestar.

—Que no existe un narrador —nos instruyó ella.

Era totalmente cierto. Pero años más tarde insistí —soy bastante tozuda— con la presentación de la misma historia revisada. En esa ocasión, la profesora de turno comentó:

—De todos los lugares en que se puede situar una escena, una herboristería me parece el más soporífero, con diferencia. ¿Por qué no elegiste una *sex-shop*, por ejemplo?

Sin duda una *sex-shop* es un sitio más interesante, pensé, pero el contraste entre los personajes «ortoréxicos» y el del drogadicto no habría sido posible. Aunque, bien visto, en la *sex-shop* podría haber colocado algún obseso del bronceado que se horrorizase por la palidez de mi pobre heroinómano.

Al comienzo de otro curso, la tutora —una tercera—, haciendo muestra de un estilo pedagógico y de *coaching* peculiar, sometió a un compañero a un juicio sumarísimo (o así lo sentía yo) cuando planteó a la curia:

—Que levante la mano quien crea que este pasaje le aporta algo.

Nos miramos entre nosotros y, obviamente, cruzamos los brazos. He de admitir que aquel pasaje me aportaba poco. Pero nuestra cobardía hizo que el reo se pasase el resto de la sesión removiéndose en la silla, como si estuviese planteándose salir por la puerta del aula para nunca más volver. Supongo que el hecho de que acababa de

ingresar un dineral por la matrícula pesó bastante a la hora de regresar a la clase siguiente.

El día de la evaluación final, otra alumna pidió sinceridad a nuestro profesor de aquel año sobre su estilo literario (¿cómo se te ocurrió hacer eso, XY?), y él la derrochó: «Bueno, con ese texto desde luego que no vas a ganar el Premio Planeta». Hay que reconocer que el hombre fue honesto.

Y a pesar de esas lecciones ásperas, durante aquellos años de formación en la escritura aprendimos mucho.

Yo aprendí que a menudo nos falta empatía con un personaje que nosotros mismos hemos creado. Vi, incluso, cómo algún compañero devaluaba a su protagonista, encasillándolo en un estereotipo porque aspiraba a vender una serie. Comprendí que un escritor necesita un buen *feedback*, o en caso contrario es capaz de narrar lo más inverosímil: los avatares de un hombre lobo escuchimizado y perdedor o los de una aristócrata que abandona todos sus privilegios para militar en una ONG.

Y lo mejor de esos cursos era que semana a semana crecían nuestros vínculos afectivos. Los compañeros de desdicha en los talleres de escritura nos señalábamos las incoherencias en nuestros textos, las imprecisiones de vocabulario. Nos animábamos mutuamente a seguir intentándolo y expresábamos nuestra emoción cuando los escritos nos tocaban la fibra (perdón por utilizar una de esas frases manidas que están absolutamente prohibidas en el mundillo).

Pude ver a una niña de dieciocho años inventar diálogos de una viveza admirable, a un jubilado enamorado por completo de su protagonista, a una muchacha escribir como los ángeles en una lengua que no era la suya.

Pero, de esa etapa que he descrito, mi experiencia más apasionante ha consistido en sentir que docenas de alumnos, profesores y escritores amaban las historias por encima de todo. Como yo. Como vosotros. Porque, en definitiva, las historias no son otra cosa que trocitos de vida.

1

Septiembre de 2016

A mi izquierda, uno de los sillones —tapizados en gris— se había quedado vacío. En el siguiente estaba ella sentada. Llevaba un top naranja ajustado de tirantes que le resaltaba el hoyito de la clavícula. Tenía la piel de un color indescriptible, un moreno que no había visto nunca. ¿Era latinoamericana? De repente, antes de que pudiese fijarme en su rostro, ella se agachó para sacar algo del bolso y un mechón se lo cubrió. Cogió un Smint. El cabello, negro como el mar en la noche, le brillaba bajo la luz cenital de la sala de actos. Respiré hondo y me alcanzó su perfume afrutado. Tal vez era tan catalana como yo, pero probablemente sería una Erasmus, y destacaba más que ninguno de ellos entre las docenas de voluntarios que el decanato había solicitado para hacerles de guía.

Volví a hojear los trípticos que nos habían repartido, horarios, aulas, planos, calendarios, entonces unos cuantos aplausos me sacaron de mis cavilaciones. El secretario, de pie al lado de la enorme pantalla, había clausurado el acto de acogida y desconectaba el micrófono inalámbrico. Uno de los conserjes abría las puertas.

—*Would you like to be my guide?*[1] —Alcé la vista. Ella sonreía. No me lo podía creer. La fabulosa morena de dos asientos más allá estaba de pie a mi lado pidiéndome ayuda.

—*Sure.*[2] —Me incorporé y le pregunté de dónde era.

Inglesa, dijo. ¿Inglesa, cómo?, y de inmediato temí que fuera a estropearlo todo con mi cara de descoloque. Ella se rio y aclaró que era angloíndia, que estudiaba arquitectura y que se moría de sed.

Los alumnos ya se dirigían en pequeños grupos al bar del rectorado, una sala minimalista con un porche, donde se había dispuesto una especie de cóctel de bienvenida que el presupuesto había encogido hasta reducirlo a un pica-pica. Me dijo que se llamaba Sameentha, y la acompañé a la única mesita que había quedado desocupada en un rincón. Conseguí un taburete y, al arrimárselo, rocé su falda de algodón. No había más asientos, así que yo permanecí de pie. Me vino bien para apoyar los codos en la mesa y tenerla más cerca.

Le expliqué que estudiaba Informática, que estaba muy interesado en el *software* social. Sameentha asentía distraída a la vez que depositaba bolitas de wasabi sobre una lengua jugosa y rosada. Mientras charlábamos, me sumergí en aquellos ojos enormes y profundos. Ella bebió un sorbo de cerveza y no se dio cuenta de que le

había dejado un hilo de espuma blanca en el labio superior. Entonces noté una especie de cosquilleo bajo los vaqueros y le ofrecí una servilleta, como para disimularlo. Estaba fatal, supuse que eran efectos secundarios de la abstinencia.

Sam —su nombre corto para los amigos, porque le gustaba su ambigüedad— dijo que le encantaba poder tomar un aperitivo al aire libre rodeada de pinos. Y le contesté que, a esas alturas del verano, yo daría lo que fuese por una semana nublada y lluviosa en Irlanda, aunque fuera asistiendo a un cursillo de inglés.

Cuando calculé que no resultaría demasiado invasivo, me ofrecí a echarle una mano para buscar habitación en Barcelona, no podía perderle el rastro. Pero Sameentha ya estaba instalada.

—Esta semana son las fiestas de la Mercè. ¿Te apetece ir esta tarde a un concierto de *rock*? También hay actuaciones de danza de Bollywood. —¿Cómo podía ser tan patético? Sin embargo, ella volvió a reír, tenía una voz clara, ni aguda ni grave.

—No, mejor el concierto. ¿Dónde podemos quedar?

—¿En la plaza del Rey? Puedes acceder por la Rambla, ¿sabes dónde es? ¿Qué tal a las ocho?

—*Eight is ok with me.*[3] Después podríamos ir a tomar algo por el centro, es mi primera estancia en tu ciudad y no conozco casi nada.

Sam me pidió que nos sentásemos un ratito en el césped y a mí la sola idea de tumbarme al sol abrasador del mediodía me dio un sofocón. A cambio, si alargaba el encuentro hasta la tarde, tal vez evitaría que le saliese otra movida.

Se apoyó con los antebrazos a su espalda, se quitó las sandalias y cerró los párpados como si quisiera absorber toda la energía del sol. Yo la recorría de arriba abajo sin decir palabra cuando un aspersor se puso en marcha y nos hizo saltar de allí entre risotadas.

Antes de separarnos, me pasó su número de móvil y le hice una perdida. Luego —por no abusar de la confianza— le tendí la mano. Sameentha tiró de ella y se puso de puntillas para acercárseme a la mejilla. Las estiradas son las inglesas, me dijo, y soltó una carcajada fresca. Yo prefiero la costumbre francesa de dar tres besos. Después me devolvió la mano, se dio media vuelta y se encaminó a la estación.

Era canela. Su perfume llevaba canela y se lo ponía tras el lóbulo de la oreja.

---

1 ¿Te gustaría ser mi guía?
2 Claro.
3 Las ocho está bien.

2

La Mercè resultó ser un festival similar a The Fringe, pero repartido por los barrios de la ciudad, y el *correfoc*,[4] sobre todo, había estado genial. Me había divertido bastante con aquellos monstruos de escamas, largas colas y tridentes dispersos entre la multitud. Lo que me sorprendió fue que los padres se portasen de una forma tan irresponsable, exponiendo a sus hijos a esos chorros de chispas que manaban de diablos y dragones a mansalva y se vertían por todas partes.

Pablo y yo habíamos ido de tapas, a *performances* y comenzábamos a planear cosas juntos, porque la verdad es que teníamos muy buen rollo. Además, cuando nos encontrábamos con algún compañero suyo de la UAB o del equipo de baloncesto, todos se quedaban boquiabiertos. Que quién era aquel «bellezón», le preguntaban, *that beauty,* me traducía él, y que dónde me había conocido. Así que me estaban cayendo bien los españoles, ya te lo imaginas, ¿no, Darcy?

El lunes había amanecido con una brisa que iluminaba las hojas de los árboles, de esas que nos reconcilian con la gran ciudad, como diría el cursi de Rajesh en *Big Bang Theory*. Pablo y yo habíamos quedado en que no asistiríamos a nuestras respectivas clases y que pasaríamos el día en el Tibidabo; desde pequeña me habían encandilado las atracciones.

Aunque insistimos en ser puntuales, a las diez, Pablo llegaba con retraso. Pablo era olvidadizo y despistado, pero estaba como un pan –estaba buenísimo, con esas espaldas tan anchas y sus ojos azules–. Yo me había encendido ya el tercer Marlboro Gold apoyada en una farola cuando oí un claxon y el morro de ese Clio azul tan cutre que tenía asomó por la esquina. Paró en segunda fila y me abrió mi puerta desde dentro.

—Perdona, Sam. He estado pateándome medio barrio de Gracia intentando recordar dónde había aparcado. Hasta que he descubierto el coche bajo un dedo de polvo y encajonado entre un bicitaxi y un cuatro por cuatro.

Me había dado un toque de *khol* en los párpados; sin embargo, donde se le derritió la mirada fue sobre mi escote. Una elección inteligente el vestido de flores, ahora que tenía el pecho bronceado, porque, en toda la semana, a lo único que Pablo se había atrevido era a ofrecerme las manos cuando nos encontrábamos. Quizá los tíos aquí eran menos lanzados. Es igual, me deseaba desde el minuto en que me acerqué a él en el salón de actos, yo lo sabía. Sabía que lo imantaba.

Pablo se había puesto espuma fijadora en el flequillo y tenía un aire a David Beckham. *How cute!*[5]

El coche renqueaba cada vez que él cambiaba de marcha camino del parque de atracciones, cuando atravesamos el puente de Vallcarca. En el ascenso, vi una torre que no salía en las guías.

—¿Se puede visitar aquella torre? No es que sea el Sky Tree de Tokio, pero no está mal. ¿Has subido al Sky Tree? «Total state-of-the art». Nunca he visto una vista panorámica de Barcelona. —Pablo no me respondía, así que le eché el humo en el oído lentamente y me sonrió. —Que preguntaba por esa torre, me parece curiosa. *Let's go cotch up there*.[6]

—¿La torre de Collserola? Sí, claro. —Dio la impresión de que no le entusiasmaba el plan, como si hubiese estado contando con subir a una atracción de terror para achucharme en la oscuridad, en plan adolescente. —Vamos allá. Ya regresamos después al Tibidabo y nos pillamos un perrito o lo que sea.

Era relativamente temprano para un día laborable, y pudimos aparcar fácilmente. Los arbustos de tomillo desprendían un suave aroma. Casi no había turistas en la entrada. En la cola de la taquilla, delante de nosotros, solo una especie de comercial, como eslavo, que tenía pinta de estar aprovechando las horas previas a su vuelo y que apretaba su maletín contra el pecho.

Entró en el ascensor con nosotros, y entonces me arrebató un deseo incontrolable de jugar. Deslicé la mano bajo la camisa de Pablo y caminé sobre la piel de su espalda con la punta de los dedos, que se me impregnaron de un ligero sudor. Pablo no se lo esperaba y aún menos en presencia de «Maletín». *What a laugh.*[7] Mientras arrastraba mis dos uñas por su columna hacia abajo, él se puso tan nervioso que miraba la botonera con impaciencia y enmudeció por completo hasta que se abrieron las puertas. Al salir no pude aguantarme la risa.

Había una vista impresionante desde el mirador, tendrías que subir allí, tía, y más aún con la adrenalina de verse los pies flotando en el vacío porque el suelo es de cristal. La montaña, el hervidero de la ciudad, las torres olímpicas, *magnificent.*[8] En cuanto tocamos la barandilla, reposé la cabeza sobre el hombro de Pablo. Llevaba una marca de desodorante que yo no conocía, pero que me volvía loca, así que le sujeté el cinturón y fingí estar arreglándole la cremallera del pantalón.

—Vaya, estaba empezando a pensar que esto no te pasaba a ti. —El turista eslavo volvía la cara, aún más enrojecida, en nuestra dirección. Dios, sentí que mi descaro excitaba a Pablo como nadie. Me besó despacio, saboreando mi paladar, y no pudo guardar la compostura un segundo más.

—*You're making me lose my mind, Sam*[9] —me susurró, con su aliento

sobre mis cabellos.

Se me había erizado el vello.

—Tú a mí también. *You're gorgeous*,[10] Pablo, a pesar de que lleves bóxers. ¿Eso qué es, alguna costumbre franquista o algo así?

—¿Vamos a tu piso?

—Es que me apetece un montón ir al parque de atracciones.

Hizo un gesto de desilusión. Tenía que apaciguarlo.

—Tranquilo. No corras tanto, *big man*.[11]

---

4 Correfuego.
5 ¡Qué mono!
6 Vamos a descansar ahí arriba.
7 ¡Qué risa!
8 Espectacular.
9 Me estás haciendo perder la cabeza, Sam.
10 Eres guapísimo.
11 Hombretón.

3

La visita de las 9.25 al traumatólogo había ido puntual y sin problemas. Pablo y yo habíamos optado por acudir en metro para no coincidir con los embotellamientos a la puerta de los colegios. Hacía unos minutos que el médico, un tipo carismático que se movía por la consulta de aquí para allá (con la correa de los pantalones sosteniendo más bien la tripa), le acababa de dar el alta del esguince que se hizo en la muñeca en el último partido de baloncesto anterior a las vacaciones.

Recuerdo que le entregaron el informe en recepción y, de camino a la línea verde, me di cuenta de que me había dejado las gafas de sol en la sala de espera de la clínica. Pablo se ofreció a regresar y recogerlas por mí y, mientras lo esperaba, contemplé mi sonrisa en un escaparate. Estaba contenta de haber podido acompañar a mi hijo. Ahora ya no tenía más oportunidades de salir con él que las consultas médicas, y únicamente porque le garantizaba que le conseguiría un trato más riguroso por parte de mis colegas de profesión y que nos colarían en las salas de espera.

Antes de entrar a la estación de metro, nos concedimos un cuarto de hora para almorzar en una de esas nuevas cadenas de pastelería que ya plagaban Barcelona. Unos bikinis —para mí vegetal— y un café —para mí cortadito. El solo humillo del café ya me revivía y, aun así, cuando estábamos pagando, Pablo me señaló mis gafas olvidadas sobre la mesa. Lo mío no era despiste, estaba en la luna de Valencia.

Me resultó chocante que el metro fuese tan vacío, solo cuatro personas mayores con apariencia de jubilados y algún ama de casa. Pocas veces lo cogía en medio de la mañana. La mayor ventaja fue que ese desahogo nos permitía sentarnos el uno al lado del otro y continuar nuestra conversación.

Busqué algún tema para exprimir los últimos minutos, porque pronto llegaríamos a la parada de Fontana. Después él iría hacia casa y se encerraría en su cuarto a organizar sus apuntes, y yo bajaría en Drassanes para recuperar esas horas de permiso en mi larga jornada como médico de cabecera en el CAP. Le hacía comentarios, pero me costaba llamar su atención, porque Pablo estaba ensimismado deslizando el pulgar por la pantalla del móvil o bien escribiendo algo a toda velocidad. Estos jóvenes vivían con la lengua fuera. Me volví a rociar la blusa con mi difusor de agua de colonia, el aire acondicionado en el interior de los vagones no debía de funcionar.

—Pablo, vas a criar chepa, de tanto Twitter.

—A ver, mamá, reconóceme que le das más tú al espray que yo al móvil, lo mismo que la abuela, venga perfumarte, mira que sois presumidas.

Oye, ¿vais este fin de semana al apartamento de la playa?

—No creo, tenemos teatro el domingo. ¿Por qué?

Fue entonces cuando Pablo me sorprendió con aquel plan por completo novedoso en él.

—Bueno, es que quería ir a hacer *windsurf* con una compañera.

—¿Compañera? —Recalqué las dos últimas sílabas, sonreí y le dirigí una mirada cómplice esquivando la montura de las gafas.

Ahora me explicaba la hartada de sesiones de pesas que se estaba pegando todas las noches sobre la alfombra del salón. Pablo tardó unos segundos en armar una frase.

—En realidad Sam es una estudiante nueva de un programa parecido al Erasmus, que conocí en el acto de acogida.

—Erasmus-Orgasmus. Muy intrigante. ¿De dónde es?

—Venga, no te pases, mamá. Es de Londres. Y llevamos unas semanas viéndonos. Pero nada más, no empieces a montarte películas, ¿eh? ¿Está libre el apartamento o no?

Llegué a tiempo de morderme la lengua, de reprimir el chaparrón de preguntas que me inundó la cabeza. Poco a poco iba renunciando a controlar todas las situaciones: sabía que ese era el precio a pagar para que mi hijo se soltara un poquito.

—Claro que está libre. Siempre lo está para Nina y para ti, qué ocurrencia, Pablo, hijo. Consúltaselo a ella. Ya sabes que el único requisito es dejarlo todo arreglado, *¿ok?*

Por más que me estaba haciendo la madre sorprendida y respetuosa sin más, era muy posible que Pablo intuyese que, en el fondo, estaba bailando en un pie. La duda de si mi hijo aún podría ser virgen, con veinte años, llevaba meses corroyéndome, porque a menudo seguía relacionándose con torpeza con las chicas. Y eso, en un muchacho joven (que además había participado en mil actividades desde que era un crío) yo lo interpretaba como un signo bastante inequívoco de que no se había estrenado todavía.

Si razonaba detenidamente —hasta donde yo sabía—, Pablo solo había salido unas semanas con Aina, su compañera de Bachillerato, rellenita y con un pelazo divino de rizos castaños. Aquello acabó cuando ella le dijo, de improviso, que cortaba con él porque se divertía más con sus amigos. Y precisamente esa evasiva que Aina le dio a mi hijo era uno de los indicios que me reafirmaban en mi deducción de que su relación no había pasado de un pasatiempo infantil. Pobre Pablo. Por otra parte, del asunto de su virginidad, si tomaba en consideración las circunstancias en que conocí a Aina, también cabía perfectamente la posibilidad de que yo estuviese

equivocada: la muchacha apareció descalza en medio de mi propio salón una temprana mañana de domingo. Afortunadamente vestida.

Lástima, Aina me caía bien, era una niña aplicada, dulce y atenta. Y a Pablo le marcó mucho su rechazo: «Me voy a meter en Informática, mamá. Con las Mates sí que sabes a qué atenerte y no con las mujeres». Sin embargo, desde otra perspectiva y a toro pasado, quizá la lógica podía ser justamente la contraria: como la afinidad con Aina no le garantizó nada, ahora Pablo daba lo que para él era casi un salto al vacío y salía con una extranjera.

Anunciaron la siguiente estación por megafonía. Pablo se levantó para bajar del vagón y me besó, o fui yo quien lo besó y él me puso la mejilla y yo le sonreí. «Nos vemos luego». Me quedaban unas cuantas paradas. A ver qué sucedía esta vez con Sam. Una británica. Una rubia platino con la cara llena de pecas y la piel lechosa. Era simpático.

4

19/10/2016

Sé la fecha porque era la final.

La trenza le colgaba hasta media espalda. Sameentha estaba preciosa aquella noche. Toqué la corneta desde el descansillo antes de llamar al timbre. Menudo susto les daríamos a mis vecinos. Mi padre solía decir que los barceloneses éramos gente discreta, aunque en mi opinión algunos eran bastante muermos.

Esa era la noche de las presentaciones y mi madre se había esmerado en preparar un menú que asombrase a Sam: patatas de Olot, confit de pato con ciruelas, y creo que bacalao con muselina de ajo para los «pescetarianos», en realidad solo ella misma. Para beber, un Rioja. Mis padres no sabían que la familia de Sam tenía un buen nivel económico, pero sí que el vino en el Reino Unido les parecía invariablemente una delicatesen.

Cuando abrió la puerta, mi madre se quedó mirando mi gorro de lana rojo del Manchester United y la vista se le clavó en la bufanda roja con rayas blancas y negras que Sam llevaba todavía enrollada al cuello. Veníamos del partido de la Champions. Vi que mi madre se esforzaba en resetear su mente para borrar urgentemente la imagen de la inglesa pelirroja y blanquita.

—Esta es Sameentha, mamá. Mi madre, Emma. —Por un instante me divirtió ver cómo se debatía entre la confusión y su inglés oxidado.

—*Pleased… Pleased to… Nice to meet you*[12] —consiguió articular, finalmente.

Cuando había superado ese primer trago, me dirigió una mirada cómplice que inmediatamente me hizo ruborizarme. Yo no me había arriesgado a mencionar el detalle del origen indio de Sam, ni siquiera para evitar malentendidos.

Nina me gritó desde el umbral del salón, al otro extremo del pasillo.

—Eso que llevas en la cabeza, ¿lo has birlado? ¿Es para que no se te escapen las ideas? Porque te pones unas gafotas y talmente Wally, ¿eh?

—Tú déjate de coñas, Gordi.

—Sam, te voy a presentar a mi hija, Nina —dijo mi madre al aproximarnos a mi hermana, como si le estuviese hablando a una aristócrata.

Sam asintió con una sonrisa y tuve la sensación de que mi hermana

la encontraba más guapa que a las inglesas paliduchas. Yo sí, desde luego. A mí me tenía colgadísimo. En cuanto a mi madre, conociéndola, seguro que ya estaba preocupándose por los problemas que causaba el bagaje cultural en las parejas mixtas y bla bla bla. Fijo.

—Y aquí está Lucas. —Mi padre estuvo balanceándose unos segundos adelante y atrás hasta que por fin sacó la mano del bolsillo y se la tendió a Sam, titubeante.

—Bueno, ¿pero entonces quién ha ganado el partido?

—El Barça, porque tenéis a Messi, claro —bromeó Sameentha, y lo miró de soslayo con los ojos chispeando. —Noté que mi madre se alegraba de que no fuese tímida, y que ya había pasado a la segunda fase: apurarse por si Sam se habría criado en una familia de mentalidad abierta.

En cuanto empezó la cena, me tranquilizó ver cómo todos escuchaban a Sam boquiabiertos. Mis padres en cierto modo se acomplejaban ante cualquiera que enlazase dos frases en inglés, y a Nina parecía que le desconcertaba su acento porque no rodaba la erre —con la aspereza que había oído hacerlo a los angloíndios en la tele. Todavía no habían caído en la cuenta de que ella pertenecía ya a la segunda generación de emigrados de las colonias. Y Sam, consciente de la admiración que despertaba y por corresponder, se pasó la comida halagando la habilidad culinaria de mis padres.

Mi padre se lo agradeció y cambió el rumbo de la conversación. Se mostró interesado por los efectos de la crisis económica en el negocio de creación y distribución de *software* de sus padres, pero ella solo asentía y removía distraída las ciruelas, así que él retomó el asunto del futbol.

—Entonces, Sam, ¿ya sabes que en el partido de vuelta el Barça os acabará de machacar? ¿A ti te gusta el futbol o simplemente eres patriota? —preguntó sin mirarla y se concentró en pinchar un trocito de carne para compensar su atrevimiento.

—¡Qué va! Yo pienso que el patriotismo está pasado de moda. Yo me considero ciudadana del mundo. —El desparpajo de Sam me fascinaba, se expresaba con idéntica soltura cuando hablaba con gente joven y con personas mayores. —Pero el United es otra historia. Esperad a que Guardiola se haga al equipo y veréis.

—Para de darle la vara con el futbol, papá —le rogó mi hermana, que nos observaba sumida en un mutismo inusual. —No seas muermo.

—Ahí, ahí, a Sam hay que engancharla al baloncesto, que yo soy de La Peña y ella nunca ha visto un partido, ni de la olimpiada de Rio, ¿eh Sam?

—*That would be a no-go, honey.*[13]

—Por cierto, tenéis un salón superacogedor, Emma —dijo Sam secándose la comisura de los labios.

—¿Tú crees? Gracias, maja.

—*Absolutely!*[14] Ya os habrá dicho Pablo que estudio arquitectura, también de interiores. Y ahora estaba mirando el piano y se me antojaba que, en esa pared, una lámina de Deirdre Hyde os iría que ni pintada.

Cuando se sentaron todos en el sofá, Sam me pidió que quitase yo la mesa, dijo que la emoción del partido la había agotado. Creo que a mi madre le estaba causando buena impresión, de chica agradable y conciliadora, aunque apostaba a que ya había llegado a la tercera fase: valorar lo que daría de sí mi relación con ella… Hacía apenas una semana que pasaba las noches en el apartamento de Sam.

Cuando mi padre descorchó el cava para brindar por nosotros y se acercaba la despedida, reuní el valor necesario para anunciar a mi familia que habíamos planificado un recorrido por una región de la India en Navidad, que Sam quería que yo me familiarizase con sus orígenes. Mi madre puso cara de extrañeza porque solo llevábamos un mes saliendo, pero rápidamente disimuló y añadió que sería toda una experiencia, visitar un lugar tan exótico y de tantos contrastes sociales.

—¿Te han gustado los *panellets?* —intervino mi padre como un buen colega.

—*Pánellets? Oh, definitely, Lucas, I loved them, I got a sweet tooth!*[15]

—Pues me alegro. Luego si queréis os acerco en coche a casa de Sam, debéis de estar cansados, con los nervios del derbi.

Esa era una de las razones por las que mi madre seguía enamorada de él. Le encantaba que fuese así de amable, siempre pendiente de las necesidades de los demás, y mientras nos despedíamos se colgó de su brazo. Aunque, sobre decisiones de cierta trascendencia, como nuestro viaje a la India, normalmente era ella la que opinaba. Y yo me jugaba el cuello a que se estaba mordiendo la lengua para no reprocharme que lo hubiese soltado a bocajarro. Allí mismo estaría calculando los plazos que quedaban de las vacunas y cómo persuadirme para ponérmelas en su centro.

Lo que me callé fue que ya me había puesto la primera dosis. Además, esa noche, y después de dos copas de Rioja, me daba bastante igual. Se tendría que acostumbrar a que la improvisación era la dinámica que seguíamos los jóvenes. Tenía unos ahorrillos, que me alcanzaban de sobra para los vuelos, y la chica con quien gastármelos. Sam me volvía loco.

---

12 Encan… Encan… Mucho gusto.
13 Sería inútil, cariño.
14 Totalmente.
15 ¿Pánellets? Ah, por supuesto, Lucas, me han encantado, yo soy una golosa.

5

Habíamos pasado dos meses disfrutando de los preparativos de nuestro viaje y yo había ido creando expectativas en Pablo, sin revelarle que aquella iba a ser mi primera estancia en la India. Se lo oculté. Eso lo haría todo más divertido y misterioso. Para él sería como si Sameentha fuese un ingrediente de cada monumento, de cada paisaje que encontrásemos. Además, fingir que conocía el país suponía un desafío para mí, y los retos eran de las situaciones que más me estimulaban. *Wicked!*[16] Si descubría mi ardid, le diría que había sido una broma. O tal vez se lo confesaría de todas formas, a la vuelta.

Antes de empezar nuestra ruta por el Rajasthan, pasamos un par de días en Delhi en un hotel enmoquetado a lo occidental. Los pasillos estaban decorados con recibidores dorados superbarrocos —lo que mis familiares considerarían elegantísimo—, no podíamos aspirar a nada mejor por cien libras la noche. Y jugábamos a desfilar por delante de los espejos enmarcados en arabescos, como nobles del sigo XVIII, Pablo sujetándome la mano en alto y los dos caminando ceremoniosamente, de camino a la azotea. Subíamos descalzos —porque el suelo estaba forrado con hierba artificial— el tiempo justo para las comidas, y regresábamos a la habitación, el uno en brazos del otro las veinticuatro horas del día.

Desde Delhi cogimos un tren a Bikhaner, uno de esos trenes lentos como un perezoso y viejos como las colinas, y sin embargo capaces de tirar de una cola larguísima de vagones. Por fortuna los vendedores ambulantes nos surtían de refrescos por la ventanilla, a cada parada.

Era curioso ver a todo tipo de animales rebuscando en la hierba al lado de las carreteras cercanas a la vía, y que de golpe surgiera un chorro de banderitas multicolores, como penachos de una tropilla de hombres, ninguno vestido con ropajes tradicionales, sino a la europea, que caminaban por el borde. Su vestimenta occidental le hizo pensar a Pablo que era una manifestación política, hasta que le aclaré que se trataba de una procesión. Esa fue fácil, mi padre solía participar en esas romerías, de quinceañero, y nos lo había contado docenas de veces.

Llegamos a Bikhaner reventados y nos tomamos ese día de descanso, antes de iniciar la ruta. A la mañana siguiente alquilamos un coche chino cutre, porque el presupuesto de Pablo no le daba para uno europeo. Esperaba que al menos no se averiase mientras nos dirigíamos al desierto de Jaisalmer. Me tocó conducir a mí, vaya palo, porque él no estaba habituado a usar el carril izquierdo.

Con tan solo mirar desde la ventanilla del coche, pensé que aquel país continuaba siendo un caos. Veíamos campesinos sacando provecho de todos los rincones, arrebatando a la tierra cualquier pequeño agujero para cultivar algo, incluso a tocar de la carretera. Y de pronto se nos cruzaba un tuctuc que iba superlento, o divisábamos a lo lejos unas luces de colores en nuestro carril y, cuando nos aproximábamos, resultaba que colgaban de una guirnalda que adornaba el techo de un camión.

Lo más fuerte fueron los paneles anunciando escuelas, porque lo hacían reproduciendo fotos gigantescas de las caras de sus mejores alumnos y la nota media que habían sacado. Esa adoración por el aprendizaje me trajo imágenes de alguna película de los años cincuenta. *Butterz!*[17]

En nuestra primera parada, que hicimos para visitar la casa de un maharajá, Pablo le compró un collar de campanillas moradas a una chiquilla despeinada y sucia que merodeaba por el portón, me lo pasó por la cabeza y empezó a olerme flor a flor. Mira que era pegajoso. Al final le puse la mano en la frente para apartarlo. *«Don't be silly!*[18] Venga, vamos adentro».

Y es que Pablo se comportaba como un chiquillo. Por ejemplo, lo que más le impresionó de los palacios fue que los reyezuelos tuviesen tantos elefantes que ordenaban edificar descomunales establos, de paredes grosísimas, para guardarlos.

De vuelta en nuestra ruta, vimos montones de otras casas abandonadas, que seguro que habían pertenecido a familias acomodadas porque conservaban frescos pintados. La selva se las estaba volviendo a engullir, recuperaba sus dominios. Total, estaban derruidas. ¿Cómo se llamaban en hindi? Mientras las dejábamos atrás, me esforcé por recordar la voz de mi madre refiriéndose a ellas. *Havelis,* eso era. Pablo me preguntaba continuamente por el nombre de las cosas y se le caía la baba cuando me oía hablar hindi con la gente.

En cambio, a mí el viaje me estaba cansando un poco, porque había preparado un programa demasiado apretado para tan solo dos semanas. Suerte que habíamos reservado habitación en cada una de «las tres ciudades», aquellas que son famosas por el color que define a cada una.

Desde los aledaños de la primera, Udaipur, me pareció ver unos paraguas invertidos, y de seguida cientos de ellos apiñados en las azoteas. Resultaba peculiar que todavía usaran antenas parabólicas, porque además le daba a la ciudad un aspecto hortera y desaliñado. ¿Y cómo había gente que podía vivir sin conexión todavía?

En cambio, el ruido de los claxons alternándose con el piar de los pájaros y solapándose con la llamada a la oración de los almuecines

desde las mezquitas me trajo a la mente el alboroto del centro de Bristol en verano.

Ahora que, lo que ocurrió en el siguiente palacio al que acudimos, fue para morirse. Cuando le pagamos a nuestro guía y nos despedimos, va Pablo y me dice, más o menos:

—Yo te habría convertido en reina, aunque solo fuera para que pudieses bañarte escuchando la música de esa lluvia que manaba de las fuentes y se posaba mansamente sobre las hojas de los árboles del patio. —*How cheesy, my God!*[19]

A mí, por encima de esas anécdotas cursis, me estaba intrigando mucho una sensación que me provocaban los recepcionistas y los guías desde que andábamos por la India. No había sido capaz de definirla hasta que, por fin, al hacer el registro en Mandawa, caí en la cuenta de lo que me ocurría. Me gustaba que los indios me mirasen fijamente a los ojos, desconocedores de ese miedo y esa vergüenza ridícula de los británicos. Y perdona, Darcy, pero eso no me lo puedes negar.

Sin embargo, Pablo ni se había fijado, y a él lo que le despistaba era la manera en que la gente asentía a nuestras peticiones, que, en lugar de bajar la cabeza, la columpiasen. Decía que parecían no estar seguros de nada. Este Pablo le sacaba punta a todo.

Esa noche dormimos como un tronco y, en cuanto nos levantamos, vimos la notificación del calendario en nuestros móviles, tocaba visitar una mansión de la zona. A ver si yo era capaz de pasar otra pantalla como emigrante enraizada en sus orígenes. Me lo estaba pasando en grande.

El palacio fue fácil de localizar y había poca cola. Yo esperaba otra antigualla, pero aluciné, porque me encontré de golpe en el patio con el fresco de un tren, con pasajeros en actitudes diferentes dentro de cada vagón. Muy gracioso. Y muy *kitsch*. Aunque no tanto como el fluorescente que iluminaba algunas capillas, o las salas refrescadas con un ventilador. Y para qué hablar del hedor a excrementos de murciélago en todos los monumentos. No me asombraba lo más mínimo que mis padres se hubiesen marchado de allí.

Cuando abandonamos Mandawa, Pablo se empeñó en recoger a dos autoestopistas, porque no había notado su acento alemán, tan tímidas que ni abrieron la boca ni nos dieron la mano al descargarlas en el pueblo siguiente. Qué inocente que era. A partir de ahí me negué a compartir nuestro tiempo con extraños, tampoco me iban a aportar mucho los cuatro pringados que no tenían ni para pagarse un trayecto en transporte público.

De todas formas, lo mejor de todo el *tour* sucedió un par de días después, en el templo de Desnok. Nos habíamos descalzado, como dictaban los preceptos religiosos, a pesar de que costaba adivinar el

blanco primitivo del suelo de mármol bajo los rodales de suciedad. Rebotábamos entre los claros más limpios cuando noté algo blando y caliente en el talón. Miré al suelo y vi dos minúsculas esferas, negras y relucientes, sobre una cosa parda que estaba pegada a mi pie. Una rata. Y luego otra, y luego una colonia de ratas. Se acercaban, nos husmeaban, brincaban arañando nuestros calcetines con las uñas.

Pablo daba saltitos para que no lo rozasen y me reí un montón. Una de ellas trepó con las garras de sus patas delanteras por mi tobillo. Campaban a sus anchas y a mí me admiraba el inmenso poder que se les reconoce en la India a algunos animales, hasta el punto de que el hombre les construye bebederos plateados en los porches de los templos. Como sucedía con las serpientes en Jaisalmer, a las que incluso se les proporciona leche. Animales pequeños o insignificantes adorados por los humanos. Se me antojó que así se podían moldear también las relaciones entre las personas, que solo era cuestión de imponerse.

Decidimos tomarnos unos días para desplazarnos a Agari Sagar. Cuando por fin habíamos recorrido esa etapa, el coche ya parecía un enorme bollo cubierto de chocolate, y yo ya había agotado los escasos conocimientos que tenía del país para impresionar a Pablo. Así que una noche, en cuanto se quedó dormido, hundí el brazo en mi mochila hasta la axila, saqué el *Lonely Planet* y le eché una ojeada en busca de algo asombroso.

Fue una idea extraordinaria, porque precisamente en Agari había una leyenda muy curiosa. Una de las prostitutas del sultán erigió una portalada para dar paso al palacio y a él, según reza la tradición, le daba vergüenza atravesarla. La doble moral puritana de hombres hipócritas, también en la India. Cuando Pablo se despertó por la mañana, le propuse un pacto.

—Yo te cuento un relato muy sugestivo, pero después lo tenemos que escenificar los dos en el mismo lugar donde ocurrió, *¿ok?* —Me había transformado en una Sherezade matutina.

Y así lo hicimos. Nos salió una foto buenísima para subir a mi Instagram. Pablo y yo delante del famoso portón, yo con las piernas separadas y él sentado en el suelo con la cabeza apretada por mi entrepierna. *Hilarious!*[20]

Justo cuando Pablo se puso de pie, pasaron dos mujeres por nuestro lado. Le hice notar que la más joven todavía conservaba pinceladas del Mehndi en los pies, pero a él lo que le despertaba la curiosidad era el sentido de los diferentes colores de los bindis que lucían las mujeres indias en la frente. Esa me la sabía. Rojo o rosa de alegría, y verde, blanco o azul para las viudas. Por suerte ahora había viudas, y habían dejado de inmolarse, como hacían las de los majaranás. Vaya costumbres aberrantes que solo podían haber inventado unos

psicópatas, como si nadie se mereciese que le entregases tu vida, ni vivo ni muerto.

Nos habían volado ya diez días de las vacaciones. Yo había trazado nuestra ruta para que acabase en Khajuraho y lo conseguimos. Entramos a los templos hacia mediodía y esa tarde nos hicieron el *tour* para unos pocos turistas. *Dumbfounding.*[21] Aquello sí que valía la pena. La profusión de detalles en los bajorrelieves, con todas las fantasías sexuales que una persona pudiese soñar.

Y mientras estábamos descifrando una de las escenas del templo del Kamasutra, una de las más discretas, sin zoofilia ni nada especial, a Pablo no se le ocurre otra cosa que decirme al oído:

—Con lo bien que les habría venido a Parvati y Shiva una pared o el borde de una mesa, en vez de tener a esos dos criados sujetándole las rodillas a la chica. O tal vez eran parte de la diversión…

I almost wetted myself,[22] y el guía, un indio flaco, con entradas y una tira fina de pelillos negros bajo la nariz, desvió la mirada sonriendo.

—Creo que cuando regresemos a Europa probaré a dibujar estas posturas imposibles —le contesté. —Imagina a unos tíos muy serios del siglo XII, con su largo bigote retorcido, esculpiendo estas orgías con el ceño fruncido. A mí me están dando muy malas intenciones, ¿eh, Paw? ¿Y a ti?

Me tuve que contener un montón para no llevarme a Pablo a un buen rincón guarecido, pero él ni se enteraba, no sé si porque era un empollón —que se interesaba hasta por la escultura— o porque la falta de tabúes lo había dejado perplejo.

De todos modos, solo tardé unas horas en disfrutar de la noche más ardiente de todo el viaje.

Era la última y dormíamos en un hotel de cinco estrellas, en una suite que tenía unas vistas increíbles a aquellas puestas de sol entreveradas de violeta y salmón. En el interior, una lámina en una pared que reproducía uno de los frisos de los templos —una figura femenina tocaba ágilmente el suelo con toda la palma y las piernas rectas y detrás su amante (masculino, todo hay que decirlo) se apoyaba en ella cómodamente—.

La estancia incluía una sesión de *spa*. Y cuando subimos a la habitación, envueltos en nuestros albornoces, abracé a Pablo por la espalda y le escurrí las manos en los bolsillos.

—A ver, Shiva, no tenemos ninguna mesa donde sostenerme, ¿tú cómo vas de cuádriceps?

Pablo se dio la vuelta, sacando los brazos de las mangas, y yo dejé caer su albornoz en el suelo, todavía olía a crema loción de afeitado al aceite de coco. Descubrió mi cuerpo, me rodeó la cintura, me llevó hasta el respaldo del sillón y en un abrir y cerrar de ojos me vi subida encima.

—¿Cómo has podido dudar de mis cuádriceps, Parvati?

Hurgó un segundo en mi ombligo y fue bajando el índice lentamente.

---

16 ¡Guay!
17 ¡Horroroso!
18 ¡No hagas el tonto!
19 ¡Qué cursi, dios mío!
20 ¡Divertidísimo!
21 Pasmoso.
22 Casi me meo.

6

Ese puente que íbamos a pasar Lucas y yo en el apartamento de la playa me lo había ganado a pulso, porque había cubierto una pila de las guardias de Navidad y, gracias a eso, ahora disponía de unos días de descanso.

Aprovecharía para poner orden, después de las visitas de Pablo con Sameentha. Crucé los dedos para que me hubiesen vaciado la nevera de comida fresca, no me apetecía nada encontrarme algún plato con un trozo de pizza *ai funghi*.

Lucas me había estado tentando con ir a pasear por la arena antes de que aquellas nubes lanudas y cenicientas se arremolinaran. A Lucas le seducía el paisaje de la costa en invierno, era un romanticón. Y yo esperaba que mis hijos encontrasen una buena persona como él algún día. Pero, a pesar de su sugerente propuesta, yo siempre optaba por la obligación antes que la devoción, y se hacía la hora de cerrar las tiendas.

Cuando volví, entré en el jardín comunitario y me crucé con un par de desconocidos, que serían guiris, porque lucían sus *shorts* ignorando un frío que helaba las ideas. Desde la acera de la finca vi que mi vecina Rosa acababa de aparcar. Nos abrazamos y me ofrecí a llevarle una de sus bolsas de viaje. En verano solíamos bajar juntas a la playa apenas desayunar, antes de que los turistas la convirtiesen en una especie de laberinto multicolor.

Hoy —de camino al ascensor— tuve la corazonada de que Rosa necesitaba contarme algo que la incomodaba. No me equivoqué.

—Por cierto, Emma, que te quería comentar una cosa. No sé. Me da un poco de apuro.

—¿Apuro de qué, mujer? ¿Es algo de la comunidad? ¿Ha habido quejas al metomentodo ese que lleva cinco años de presidente?

—No, se trata de tu hijo y su pareja… ¿Cómo se llama?

—Sam.

—Eso, Sam, muy risueña, la chica, nos tropezamos el otro día. El caso es que no son muy discretos, ¿sabes?

—¿A qué te refieres? ¿Es porque no corren las cortinas? Rosa, mujer, no me seas mojigata a estas alturas, que tú y yo nos iniciamos con *El último tango*.

—No, Emma. Hablo de sexo oral a plena luz del día. Y en el centro de tu terraza.

—¡Dónde vas!, qué exagerada eres. Ven, vamos a mi casa.

Cerré la puerta tras de mí, descargué la compra en el recibidor y la

invité a sentarse en el salón. Se percibía un olor como a cera quemada. Abrí la ventana. Me coloqué en el sofá, apoyé la barbilla en los puños, y esperé los pormenores, entre intrigada e incrédula.

—Pues yo estaba en mi hamaca una mañana, leyendo las Cartas al director del periódico, y veo una pareja a través de mi celosía sentados en tus sillones de mimbre, besándose, pero simplemente pensé que habíais alquilado la vivienda unos días. Entonces me pareció que ella le susurró a él algo al oído… Me da un poco de vergüenza entrar en detalles, Emma.

—No te la dé. —Enderecé la cabeza. —Conoces a Pablo desde que era un mocoso. Si les falta discreción es problema de ellos dos, no tuyo. Dime qué ocurrió.

—Pues que él escurrió la mano bajo su falda. Y yo creo que le propuso continuar en el interior. Entonces le vi la cara y me di cuenta de que era tu hijo, y me dije: ya ves, qué enamorado que está, Pablito. En fin, que antes de que yo pudiese reaccionar, tu hijo había enterrado la cabeza entre las piernas de ella.

Empezó a sudarme la nuca. Me saqué una goma de la muñeca y me recogí el pelo en una coleta.

—Pero lo que más me extraña es que, cuando me vieron, ella —en cierta forma— lo obligó a seguir. O eso pensé yo, tampoco me hagas mucho caso, Emma, porque me metí para adentro inmediatamente.

A mí me da igual, Emma, yo no me escandalizo de nada, pero ya conoces a la gente por aquí, algunos tienen niños pequeños...

—Lo entiendo, y además te pusieron en un compromiso. Perdona, Rosa. No esperaba eso de Pablo. Ya hablaré con él. Gracias por avisarme, de verdad. ¿Quieres un cortadito, con leche de soja?

Cuando nos despedimos, me tendí en el sofá. Mi hijo siempre había sido más bien retraído, ¿qué le movía a exhibirse de esa manera? Esa chica le estaba volviendo la cabeza del revés. Aunque la verdad era que, físicamente, a mí me resultaba un poco masculina, con esas caderas tan estrechas.

¿Y por qué había dicho Rosa que Sam no quiso pasar al apartamento? En realidad, tenía que reconocer que sabía pocas cosas de ella. A lo sumo, que era simpática y no demasiado sofisticada: apenas llevaba un toque de brillo en los labios y nada más. Sentí que estaba siendo desconfiada.

Aunque, si se habían dejado algún objeto personal, me podría dar alguna pista más sobre su personalidad. Lo comprobaría. Al fin y al cabo, si estaba a la vista era su problema.

Recordé que yo había esperado unas vacaciones relajadas y me restregué los ojos. Luego fui directa al cuarto de Pablo. En la penumbra de la persiana a medio echar, vi el nido montado junto a su cama y las sábanas revueltas. Pablo había colgado un gran espejo

rectangular a una altura bastante elocuente y lo había inclinado. Tenía un marco con una cenefa plateada, lo habría escogido Sam, sin duda alguna. Bueno, a quién no le gusta observarse. Lo desconcertante (sin embargo) era que a él no le importase que su madre pudiese adivinar la utilidad de ese espejo, con lo pudoroso que era. Se me escapó una media sonrisa: definitivamente, mi hijito se estaba soltando la melena.

Encima de la mesita vi una cubitera vacía. Probablemente sería Sam la que habría tomado algún licor, Pablo los encontraba empalagosos. Sobre la mesa de estudio dos cubrevelas —uno que reflejaría corazones en la pared y otro hecho con vidrios de colores—. El dormitorio «a media luz» me hizo recordar el viejo tango que Lucas y yo solíamos bailar como si fuese un bolero. En realidad, todo lo bailábamos a ritmo de bolero, qué patosos. O peor, acto seguido deduje que haber bailado tangos me convertía sin lugar a dudas en una carroza.

Entonces tiré de un cajón para guardar unas gafas de sol y no pude resistirme a remover un poquito. Había fulares estampados, debían de ser de Sam. Entre los pañuelos asomaba un lubricante, o más bien era un producto de aquellos que incrementan la sensibilidad. Estaban bien equipados, esos chiquillos, pero nada nuevo, en la oscuridad, pensé.

Cerré el cajón y a mis pies descubrí un hilillo negro que casi había pisado. Era una fila de hormigas que se encaminaba hacia el ropero y, al abrirlo, resbaló al suelo una caja, saltaron y se esparcieron unos botecitos de mermelada de varios sabores y una pluma de color granate voló perezosamente hasta posarse sobre uno de ellos. Vaya, vaya, un poquito de sexo tántrico, también.

De repente, a mi curiosidad satisfecha la reemplazó la mala conciencia: me sentí como una fisgona, invadiendo la intimidad de mi hijo. Cerré el armario y salí del cuarto.

Era esa Rosa, que me había pillado por sorpresa. Simplemente le explicaría a Pablo que no podía montar esas escenitas bajo ningún concepto. Por lo menos en nuestro apartamento.

Y ahora que caía, qué raro, allí no había licores, ¿para qué querían los cubitos?

7

Año Nuevo de 2017

Ya en la cola del Airport Flyer Express, el aire fundió los aromas que intentaba retener en el fondo de la nariz. Habría querido conservarlo todo, mis impresiones y mi euforia.

Acabábamos de aterrizar en Bristol y, a pesar de que el día grisáceo lo desmintiese, era mediodía. Desde el aeropuerto Indira Gandhi en Delhi, habíamos hecho una escala corta solamente, por eso el *jet lag* me tenía destrozado.

Sam había programado nuestro regreso a Europa vía Bristol porque, de esa forma, aunque ella retomase las clases en la universidad, seguiríamos juntos la primera semana de enero.

Subimos los dos al autocar, nos dejamos caer en los asientos y entrecrucé mis dedos con los suyos. Los párpados se me caían. Una lluvia de imágenes se tejía bajo mis párpados y las sensaciones se me agolpaban en la cabeza y en el cuerpo: la bocanada de calor al bajar del avión en Bhopal, motos rodeándonos por todos lados como abejorros ruidosos… Esa fusión de olores, en cuanto íbamos llegando a la ciudad, la viveza de los colores de los saris en las mujeres, los puestos ambulantes de verduras con grandes ruedas como de carro, el perfume de las especias. Todo un bullicio que me aturdía. No era de extrañar que Sameentha fuese un culo inquieto, lo llevaba en el ADN.

Yo había alucinado con el barroquismo de los templos, con la minuciosidad de los detalles en sus cúpulas, mientras que Sam había accedido a regañadientes a visitar las *havelis* y algún que otro fuerte, pero de vez en cuando me recriminaba que todo aquello eran vejestorios que solo podían cautivarle a un friki como yo. «*You definitely are a swot*»,[23] me solía decir.

Me encantó la solemnidad de las ofrendas religiosas en las ribas de los ríos, la gente amontonada, la música. Y lo más excitante de todo, nuestras noches de ensueño en la planta alta de los palacios, teñidas por los tenues colores de las velas y las lamparitas. Como la madrugada más romántica, aquella en que de repente oí música india y Sameentha apareció en la habitación con un sari malva sobre su cuerpo, moreno y tibio como el pan recién horneado. Empezó a hacer pasos de danza mientras se despojaba de la ropa. Primero se deshizo de las pulseras y poco a poco iba cubriéndose su lindo rostro con el lienzo. Luego, lentamente, se desplegó la falda, destapando una pierna, después la otra. Di un salto de la cama para quitarle la

camiseta. No se había puesto nada debajo.

Me pellizcó un brazo. Me desperté. El autocar había parado en Temple Meads. Yo habría preferido hacer una siesta, en cambio Sam se empeñó en que conociera a sus amigos, aseguraba que eran una fuente de *input* constante. Así que soltamos las maletas en el piso de Sam y me arrastró hasta el Old Duke.

En un ángulo iluminado por unos focos, bajo los óleos de dos saxofonistas, había dos chicos y una chica. La moqueta olía a humedad. Debía de ser su lugar habitual de reunión, porque uno de ellos se apoyaba en el respaldo de madera del banco, con la suela de su Martens sobre el asiento tapizado en un rojo descolorido por el desgaste, como si estuviera en su casa. Varias pintas vacías se apilaban en la mesa redonda, según mis cuentas iban por la segunda ronda.

—*Look who's back in our endz! Samanmitha with her henchman*.[24]

—*Wagan*.[25] —Sam nos presentó. —*Here are my bluds, Pablo*.[26]

—¿Samanmitha? —repetí antes de saludarlos.

—Sí, es mi nombre completo, significa «deleitable». —Sam me guiñó un ojo.

Barnett, que no se había quitado la chupa de cuero negro, llevaba en el cuello un tatuaje de unas calaveras siamesas y la palabra *Slaves,* me sonaba que había una banda con ese nombre. Darcy, que desafiaba los cinco grados centígrados del exterior con un vestido aterciopelado, largo y sin mangas, con un gran escote incapaz de compensar su busto de chiquilla de doce años. Por un momento su manera de vestir, *hippie* y sofisticada a la vez, me trajo a Aina a la memoria. El de la suela en el asiento se llamaba Cormac.

El barman, que había desarrollado la habilidad de sonreír por detrás de un bigote que enlazaba con unas patillas abultadas, era la propia figura de un motero de Harley reconvertido. Pagamos la tercera ronda de pintas y nos pillamos dos sándwiches de huevo duro picado con pepinillos y mayonesa, que nos sirvió una mujer repintada y enfajada en unas mallas negras, y retomamos nuestros sitios en la mesa.

El sándwich, más o menos igual de asqueroso que los de Irlanda, me servía de ocupación durante el rato que los amigos de Sam estuvieron entretenidos, liando unos canutos y hablando de sus cosas como si yo fuese invisible. No daban muestras de ser muy extrovertidos.

—Así que acabáis de volver de la India. ¿Y no has ido a Londres por Navidad, Sam? —Cruzaron miradas de admiración y de sorna.

—Les di el pretexto a mis padres de que iría a visitar a unos primos suyos en Madhya Pradesh. No les importó demasiado mi ausencia, seguramente estaban estresados atendiendo los pedidos de la campaña de Navidad. En realidad, mi presencia no les habría hecho tan felices

como un buen balance de cuentas, ya lo sabéis.

—Yo tampoco he ido a Glasgow, ya no me hacía falta. En tres o cuatro revolcones con *big boobs*[27] me he sacado la guita para el trimestre —dijo Cormac, y todos ellos rieron al unísono.

—Qué estómago tienes, *wasteman,*[28] con esa cacatúa.

—¿Y qué queréis, si no? A ver si le presento a un amigo que haga la faena por mí.

—Cada vez te lo montas mejor, tío.

—Oye, Pablo, ¿por qué no les tocas un poco de *blues* o *jazz*? ¿Os he dicho que estudió piano en el conservatorio de un teatro de ópera muy famoso de Barcelona?

Recorrí el *pub* con la mirada hasta encontrar el antiguo piano de pared sobre la tarima. Me resultaba embarazoso interpretar delante de aquellos desconocidos tan poco receptivos, que ni se molestaban en disimular que pasaban totalmente de parecer acogedores. Por fortuna, el *pub* aún estaba casi vacío, de forma que me senté en la banqueta, probé la afinación unos segundos y toqué las primeras frases de *Summertime.*

Cuando acabé la pieza le hice señal a Sam de que necesitaba ir al baño y me encontré a Barnett orinando contra la pared de azulejos amarillentos.

—*Well done, mate!*[29] —Le debía de gustar más la música amortiguada por las paredes, porque yo habría dicho que había huido a los primeros acordes.

—Gracias, Barnett, tal vez esa no sea tu canción favorita, ¿me equivoco?

—*You bet!* [30]

Se abotonó los tejanos riendo y salió de los servicios sin pasar por el grifo. Me quedé mirando los azulejos un instante. Igual me salpicaba los pantalones, así que elegí entrar en un cubículo.

Suerte que ya habíamos acordado con Sam que obedeceríamos a la campana de las once: la cerveza negra, esa gente tan fantasma y la digestión de los pepinillos me estaban matando.

Abrí los ojos de golpe. La ventana del dormitorio de Sam era como un foco entornado hacia nosotros. En un repentino golpe de malhumor, pensé que, ya que no sabían que existía algo llamado «persianas», podrían haber colgado unas cortinas. Encendí el móvil. ¿Las ocho y cinco y aún estaba amaneciendo? Claro, en el norte de Europa las noches eran largas, especialmente en pleno invierno. De una pared *beige* en penumbra colgaba la lámina de una pintura mediana. Adiviné el desnudo de una mujer poniéndose unas medias al lado de un hombre con cara maléfica, del estilo pictórico de Toulouse-Lautrec.

Me acerqué a la ventana y me di en la frente con el bajante del

techo de la buhardilla, había olvidado que estábamos en la última planta. Los copos de nieve, que volaban como si el cielo lanzase serpentinas, emborronaban los edificios del campus, y me regalaban una visión como de postal, para luego desaparecer diluidos en las briznas de hierba. Me trajo a la mente la imagen cinematográfica del Londres permanentemente lluvioso de la infancia de Sam y lo que me había contado sobre su tío. Era comprensible que ahora inventase todas las mentiras posibles para posponer los encuentros de rigor con su familia.

Levanté el pico de la funda nórdica y volví a meterme en la cama calentita. Me vino a la cabeza una estrofa que había tocado la noche antes, en re-la-sol-re menor:

«…One of these mornings you're gonna rise up singing.

Yes, you'll spread your wings and you'll take to the sky…»

No era ese precisamente el humor del que me encontraba. Sam dormía profundamente, vuelta hacia el otro lado. Un lunar diminuto asomaba en su cuello entre dos mechas de su pelo enredado. Acaricié el hueco que formaba el interior de su codo y me entraron unas ganas irresistibles de buscar sus rincones. Todos. Sam murmuró algo ininteligible y repasé el pliegue inferior de las nalgas como dibujando una ola imaginaria. Subí el índice y reseguí el surco de sus glúteos.

—¿Te apetece, Sammy?

Ella asintió levemente, y creí descifrar «always»[31] en esa voz de niña que tenía por las mañanas. Pasé la mano por su axila, le rodeé el pecho y mis muslos tocaron el dorso de los suyos. Vi nuestra imagen desde el techo del dormitorio, y me vi a mí como una sombra pálida de ella. Suavemente, me hundí en mi Sammy. Dulce Sameentha.

En un par de días yo tendría que reiniciar mis clases en Barcelona y ella se quedaría para elaborar el borrador de un dosier. Después de quince días exprimiendo cada hora que pasábamos juntos, no iba a ser fácil.

---

23 Definitivamente eres un empollón.
24 ¡Mira quién ha vuelto! Samanmitha y su guardaespaldas.
25 ¿Qué tal?
26 Estos son mis colegas, Pablo.
27 Tetas gordas.
28 Pringado.
29 ¡Muy bien, tío!
30 ¿Tú qué crees?
31 Siempre.

8

El cruasán de queso tenía una pinta exquisita, aunque la bollería de Pasty Shop era, sin duda, industrial. Me compré dos y salí de Paddington Station hacia Praed Street. Había conseguido saltarme la visita de rigor en Navidad, pero el viaje a la India me había dejado en números rojos y necesitaba una transferencia bancaria, así que aquí estaba, en Londres.

Habíamos quedado en que mis padres me recogerían, tal vez con el Vignale, en Sussex Gardens, delante del hotel The Alexandra. Esperé cinco largos minutos bajo el paraguas y, por más que era transparente, no los veía llegar. *Me in the nasty drizzle.*[32] Me sentía como si no me hubiese movido de Bristol.

Me estaban poniendo negra. Llamé a papá y me dijo que les había surgido un imprevisto y tardarían.

Me cabreé con ellos y me dieron unas ganas locas de coger el primer tren de regreso, *there and then.*[33]

Los *black cabs*[34] reducían la velocidad al verme parada en la acera y tuve tentaciones de coger uno, pero estaba pelada de pasta. Esperé diez minutos más y al final subí al primer tren hacia West Ealing.

En el exterior de la estación, la lluvia había arreciado, pero daba gusto pisar el césped mojado. Pasé por delante de la iglesia, el cura despedía a los feligreses. Eso significaba que ya eran las 5.15. Aquí todo seguía ineludiblemente una monótona rutina, por eso, en cuanto pudiese, me arreglaría la vida para desaparecer del mapa.

Hundí las suelas en el camino de gravilla de acceso a casa de mis padres, me encantaba ese ruido. La fragancia de los rododendros me trajo recuerdos agradables. Subí los cuatro peldaños y oí una voz masculina en el salón. No podía ser. Así que era eso. Colgué mi abrigo en el *hall* e incliné la cabeza para cerciorarme. Lo que me faltaba, se había presentado allí en casa el hermano de mi padre, a tomar té con *rum and raisin cake,*[35] se me había olvidado que esa era la ceremonia que tenía lugar cada sábado.

Apenas saludé y subí a mi habitación, en el segundo piso, decidida a permanecer allá hasta que se fuera. Me acordé de aquel oso repugnante, con su *dhoti* a punto de rajarse por la barriga, de tantas veces que me empujó para que repusiera latas en unos estantes donde yo casi no alcanzaba.

Bajé cuando los vi por entre los cipreses salir del invernadero y abrazarse al lado de la valla en el jardín. Lo primero que hicieron mis padres fue tratarme de maleducada con la familia. Ya se sabe, el

tedioso clan familiar de los indios… Aun así, el asunto se zanjó rápido, porque mi madre sacaba sin falta la cena a la misma hora cada tarde. Otra vez pollo *tikka masala*, y ni siquiera picaba. No se había molestado en ordenarle a nuestra criada somalí que cocinase unas *sambusas* para mí, con lo que me gustaban.

Aguanté la comida como pude, pero mis padres me habían dado mal rollo. Necesitaba cambiar de escenario, airearme como fuese, y decidí que era la ocasión perfecta para una noche de discoteca. Zoe pasó a por mí con idea de colarnos en Xoyo. Fue dejar los bolsos en vestuarios y saltamos a la pista a darlo todo y a hacer alguna foto para colgar. Empalmábamos los *espresso martinis*. Íbamos por el tercero o así cuando Zoe, chupando la pajita, me miró inquisitivamente.

—¿Qué te ocurre, Sam? Estás a tope esta noche. ¿Es ese Paul, o Pablo? *What's his name*?[36]

—Es una larga historia, Zoe. —Le describí el día horroroso que había vivido—. Una cosa te pido. No sé si algún día encontraré un tipo que me haga el peso, pero si me oyeses decir que no me importaría tener un hijo, por favor, dame un mazazo en la cabeza, *will you*?[37]

Al mediodía siguiente, durante los postres, me soltaron la mosca. Fue tragarme la última cucharada de *pudding*, subir a por mis trastos, amontonarlos en la bolsa, y les puse la mejilla y salí pitando hacia la parada del N7 a Paddington.

Me estaba poniendo los auriculares y aún no había seleccionado la música cuando el autobús frenó con un inesperado chirrido. Subí la escalerilla al piso de arriba para tener una buena panorámica de Wormwood Scrubs, en Bristol no había parques como ese. Aunque lo bordeamos alrededor de las cuatro, salían corredores de todas partes, formando una verdadera bandada humana, a pesar de la llovizna. A menudo tenía la impresión de que la gente pretendía que el deporte les garantizase una vida casi eterna. También es verdad que, justo en ese momento, lucía en el cielo un arcoíris genial.

Miré la hora en el móvil. Me sobraba un buen rato e hice una parada en el trayecto de regreso para pasear por Notting Hill y disfrutar de algunos escaparates de *boutiques*.

Ni a los amigos, ni a la familia, ni siquiera a Zoe. Westbourne Grove y Ledbury Road. Eso era lo único que echaba de menos de Londres.

---

32 Yo y el sirimiri de las narices.
33 Inmediatamente.
34 Taxis de Londres.
35 Pastel de pasas al ron.
36 ¿Cual es su nombre?
37 ¿Lo harás?

9

Malas vibraciones. Eso era lo que me había dejado Rosa y eso era lo que seguía sintiendo, aunque habían pasado varios días. Desde luego Sam era una chica desinhibida, para nada la india arquetípica.

De hecho, estas inglesas se iniciaban todas antes de la pubertad, yo había visto adolescentes a la puerta de los *pubs* haciendo equilibrios sobre sus tacones, así que tampoco era de extrañar. Además, Sam se portaba divinamente conmigo, siempre tenía el detalle de traer un ramo de flores o un suvenir cuando volvía de Bristol: artesanía, dulces. Era muy cumplidora.

Acompañé al último paciente hasta la puerta de mi consulta, ya solo me faltaba copiar los informes. Así y todo, cogí un chicle de clorofila para engañar al hambre hasta que regresase a casa, porque estaba desmayada y me costaba concentrarme.

Pensaba que Pablo debía de estar muy colado por Sam para hacer sexo a la vista de los vecinos, sin pararse a anticipar que eso podría llegar a mis oídos a través de Rosa. Nunca había sucedido algo así con Nina, que coleccionaba parejas como si fuesen colores de lacas de manicura y sin embargo era muy celosa de su privacidad. Conocía a mis hijos, aunque, en realidad, ninguno de los dos me había planteado nunca una duda (práctica o de otro tipo) sobre relaciones sexuales –ni siquiera Nina, a pesar de ser mujer. Normal. Bien es verdad que, a ella, lo más descarado que le habíamos visto hacer era darse un beso en los labios con el chico de turno.

Escribí un apellido en el documento y tuve la sensación de que me sonaba. Entonces me di cuenta de que estaba introduciendo los datos del mismo paciente por segunda vez consecutiva. Aparte de la indiscreción de la parejita en la terraza (según mi amiga), si me paraba a pensar con detenimiento, ¿qué sabía yo realmente de Sameentha? No gran cosa. Que era una cocinera hábil, y que se definía como cosmopolita, pero en lo que respectaba al futbol era un poquito *hooligan*. O tal vez simplemente una chica expansiva.

La luz del sol reverberaba desde la fachada del bloque de enfrente y me cegó por un momento. Contemplé el puerto. Había un crucero de lujo que llevaba varios días atracado. Sam había irrumpido en nuestras vidas de la nada, había trastocado a Pablo por completo y apenas la conocíamos.

Una guía conducía a un grupo de viajeros a lo largo del muelle y pensé que Pablo estaría aterrizando en esos instantes en su vuelo Bristol-El Prat, así que mi despacho era un lugar más seguro para

consultar las redes sociales sin que me descubriese curioseando en su vida. Tal vez había alguna información de Sam que fuese pública, ya que ahora casi todos los datos personales eran accesibles. Aunque, con mis habilidades informáticas —como aquella cuenta de Facebook que había abierto y no había actualizado desde el siglo anterior—, lo más fácil era que me perdiese en esa jungla que era Google.

En la barra de direcciones escribí su nombre y el de la UAB. El Gran Hermano me corregía: y dictaba que yo escribiese Samantha. Durante una milésima de segundo me sentí satisfecha de saber más que él, ella, ellos, quienquiera que estuviese detrás. Aún no había superado mi rechazo al control de internet sobre nuestro día a día.

Renuncié a mi desafío y tecleé Samantha junto con el acrónimo de la universidad, y cliqué de nuevo. Falta UAB, me respondía, con la palabra tachada. De todas formas, al parecer sí que había un personaje con ese nombre en la película *Sex and the city*. Muy conveniente, teniendo en cuenta la causa de mi preocupación.

Volví a escribir su nombre correctamente. «Tal vez quiso decir Samentha», me corregía el servidor, educadamente, así que decidí llegar a un pacto con él. Aparecía un chat y una frase con el nombre en negrita. De todas formas, ¿cuántas Samentha habría matriculadas en la Autónoma? No podía ser otra que ella. Participaban alumnos de un grupo de Domótica.

Esa Samentha, o como se llame, qué morro tiene. Nos vino dando pena y le adjudicamos lo más básico del proyecto de Domótica, la introducción. Y la tía nos acude a la reunión con cuatro párrafos copiados literalmente de Wikipedia y pegados.

Pues claro, tío, ¿no la conoces? A mí me lleva haciendo la pelota desde septiembre para que le pase los apuntes y hacer campana.

F
Felipe Zamorano
Nuevo miembro
2 Ene 2017
N
Natalia83
Nuevo miembro
4 Ene 2017

Otros estudiantes hablaban de echarla del grupo. Alguno se negaba a tomar medidas tan drásticas porque decía que tenía otras virtudes, como por ejemplo que estaba muy buena. Ahí la conversación se desmadraba.

Si le daba crédito al hilo, podía hallar cierta relación entre las quejas de esos estudiantes y las observaciones de Rosa: Sam era descarada, en la forma en que se relacionaba con sus compañeros de facultad y en su exhibicionismo. No obstante, aquello no me cuadraba con su carácter respetuoso, amable, casi fraternal con Nina, era la antítesis de la chica extrovertida pero educada que nosotros conocíamos.

Había sido un error, mi búsqueda. La gente usaba las redes para

ponerse verdes unos a otros y sus opiniones no tenían ningún valor. En cuanto al suceso de la playa, lo cierto era que me avergonzaba un poco comentárselo a Pablo si tenía que entrar en detalles, y el problema estaba en los detalles. O tal vez prefería reservarme la información, y más adelante soltar el sedal por si picaban de nuevo. Nunca había actuado así, pero quizá no era mala idea estar a la sombra y vigilante.

Apagué el portátil. Me había ensimismado tanto durante mi búsqueda en la nube que me había quedado inmóvil y había cogido frío. Me quité la bata blanca, la colgué, cogí el abrigo del perchero y comprobé que llevaba todo en el bolso. Me despedí del Dr. Micó y salí al Paralelo.

Estaba claro que era incapaz de confiar totalmente en el buen criterio de mis hijos, de tratarlos como los adultos que ya eran. Ese era un defecto que compartíamos gran parte de mi generación de padres. O más bien de madres, para ser más precisos. Al menos en mi clase social. Les solucionábamos trámites burocráticos, aplaudíamos sus logros más irrelevantes.

Habíamos asumido nuestra responsabilidad en su crecimiento personal hasta tal extremo que poníamos mucho cuidado en prevenir sus errores. Tampoco en el amor. Éramos los padres ideales, impecables. Unos invasores. Desde luego en mi casa yo era una figura casi omnipresente. Con las primeras parejas de Nina ya aprendí que había criado dos hijos confiados, demasiado inocentes. Por eso simplemente no podía arriesgarme a dejarlos actuar a su libre albedrío, sin más, no me atrevía. Era el pez que se mordía la cola.

En la pantalla del canal metro se leía el subtítulo: «El estrés de los exámenes cuatrimestrales». ¿Pero qué estrés ni qué puñetas? Esa era una de las pocas obligaciones que Lucas y yo habíamos inculcado a nuestros hijos: si repetían una asignatura, tenían que buscar un curro (como decían ellos) para pagarse la segunda matrícula.

10

Tarde de Cabalgata

—Ya verás qué chulada te he traído, abre el paquete. —Había logrado arrancarlo del fondo de mi enorme mochila, de la que apenas traslucía el color azul originario, después del viaje a la India.

Mi madre despegó cuidadosamente el celofán del envoltorio, siempre intentaba prolongar la emoción, como una niña. Sacó el fular de color naranja con motivos florales en dorado y flecos de bolitas metálicas.

—Está hecho a mano, no te creas.

Sentada en mi canapé, lo desplegó y levantó los brazos para dejarlo caer. La luz lo atravesaba y estampaba grandes sombras de hojas sobre el fondo amarillo de la pared de la habitación.

—Es muy vistoso. Gracias, Pablo. —Se levantó, me dio un apretujón y me besó, contenta de volver a verme tras estas Navidades sin mí.

Me gustaba ser detallista, nunca faltaba un suvenir para cada uno de casa o su regalo de cumpleaños. Y seguro que no era esa la causa, pero aunque mi madre adoraba a Nina, yo sabía a ciencia cierta que era yo la niña de sus ojos.

—¿Y cómo ha ido? Cuéntame.

—La India, una pasada, deberíais visitarla antes de que cambie. Docenas de templos sensacionales, la gente supercercana, increíble.

—¿Y Bristol, está diferente?

—Si te refieres a la ciudad, bueno, lo de Banksy es fantástico. Rodeas cualquier esquina y, de improviso, allá está el grafiti, absorbiéndote el cerebro, la vista, acaparando toda tu atención. Además, ese tipo de grafiti les da luminosidad a los barrios obreros, los hace más dignos y de retruque convierte a sus vecinos en propietarios de una obra de arte.

—Ajá, y a perpetuidad.

—Y de los amigos de Sam, bueno, me presentó a algunos. Un tal Barnett, Darcy y otro con un nombre muy raro. Ah, sí, Cormac. Pasaron de mí olímpicamente. Debe de ser el Brexit. —Nuestras risas se acompasaron.

Mi madre me hizo prometer que ya le hablaría de la India con tranquilidad, y supuso que Sameentha y yo habíamos ido a Londres a visitar a sus padres. Aunque no sabía si eran practicantes, ni si los hinduistas celebraban alguna fiesta religiosa familiar por esas fechas,

asumía que Sam habría echado de menos a su familia. A mí sí me había ocurrido, porque era mi primera Navidad fuera de casa, y les envié felicitaciones y les llamé en Nochevieja. Pero lo nuestro era otra historia, por eso dudé un instante, pero decidí explicárselo.

—No se ven muy a menudo. La verdad es que su relación es regular, tirando a mala. —Empecé a lanzar los calcetines al aro de baloncesto que colgaba de la pared, algunos caían en la cesta de la ropa sucia que ya tenía colocada debajo, en una posición estratégica.

—¿No se llevan bien?

—Hasta donde yo sé, los padres de Sam siempre han sido adictos al trabajo. Ella se crio entre el colegio, canguros, y algún tío que la tenía mirando la tele en su tienda. Eso sí, le han dado todos los caprichos, porque el dinero les sobra, pero no le han prestado nunca mucha atención. Uf, cómo huele a humo esta ropa, será por los días que dormimos en Delhi.

—De todos modos, lo de las jornadas maratonianas es bastante común también aquí, el día a día de los inmigrantes del Raval.

Mi madre iba recogiendo las piezas que se desparramaban por el parqué y echándolas en la cesta. Cuando se hartó empezó a cazarlas en el aire.

—Pablo, deja los triples para otro rato, majo. Me estás poniendo nerviosa.

—Sus padres no tienen justificación, mamá. Están muy bien posicionados. Una vez Sam me estuvo contando que su tío era un hombre violento, que le atizaba a la mínima desobediencia.

—¿Y los padres no se dieron cuenta?

—Ya sabes el respeto que tienen a los mayores en esas culturas, las jerarquías familiares. Ella era reservada y no se atrevió a decírselo hasta muy tarde. Tampoco le gusta hablar de eso, ya le iré sonsacando.

—Pobre chica. Da la impresión de ser una persona muy sensible.

Mi madre siempre había odiado situaciones como la que acababa de describirle —me lo contaba cuando identificaba casos de maltrato en su consulta— y sabía que para un niño era muy difícil revelarlo.

—Por suerte Sam no se ve muy afectada, aquello no la convirtió en alguien retraído ni desconfiado.

Al oírla decir eso, se me ocurrió que el distanciamiento entre Sam y sus padres se le presentaría a mi madre como una oportunidad para ganársela. Y quizá para que ella finalmente eligiese quedarse en España, incluso. Como Sam era bastante extrovertida, puede que algún día se destapase y le hablase de su familia, y seguro que eso las aproximaría, a mi madre siempre se le había dado bien escuchar y aconsejar.

—Oye, Pablo, no me había fijado en todo este tiempo. ¿Quién ha

dibujado este cuadro de Sameentha? —Señaló la pared a los pies de la cama. Era el busto de Sam en blanco y negro.

—Es un autorretrato, pinta muy bien. —Paré de deshacer la mochila y me quedé mirándola. Sam me fascinaba.

—Yo me habría esperado que fuese muy hábil en dibujo técnico, pero este retrato figurativo está estupendo. Ha conseguido captar su mirada, que es lo más difícil de lograr.

—Y la foto de la final de liga con tu equipo, ¿dónde la has puesto? Aquella del 2010, le tenías devoción.

—¿Yo devoción a esa foto? Serían cosas de pringadillo.

Mi madre todavía no se enteraba de que mis triunfos de baloncesto ya eran glorias pasadas. Yo ahora estaba en otra historia. Iniciaba una nueva etapa de mi vida con mi chica, que me tenía colado.

Y mi familia iría viendo que Sam también era buena gente, que eso era lo fundamental y que no debían preocuparse por la brecha cultural entre nosotros.

11

Vi las espaldas de dos mujeres que aparentaban ser Emma y Nina, que bajaban por Via Laietana e iban picoteando algún *snack*, unos metros por delante de mí. Me apetecía disfrutar mi cigarrillo, ya las alcanzaría. Era hora punta y nos escoltaban docenas de coches que se saltaban los semáforos en amarillo. Con razón había leído que Barcelona tenía la misma densidad de población que Nueva Delhi. *It was crammed.*[38]

Habíamos quedado en encontrarnos delante de la antigua sede de Correos. Hacía como unas semanas que había regresado de Bristol y, durante una cena en casa de Pablo, nos animamos y se acabó organizando una «tarde» de chicas.

Me daba la impresión de que Emma mostraba una actitud casi maternal conmigo, pero en mi caso, lo que quería era aprovechar las segundas rebajas. No negaré que calculé que me ganaría más confianza de la familia si me ofrecía a acompañar a Nina a UK-Look, aunque tenía mis dudas de que ella encontrase ninguna pieza donde cupiese, pobre chica. Además, yo me moría por las marcas icónicas de moda británicas.

Desde la esquina con el Paseo de Borbón se veían las luces que adornaban los tenderetes de una feria de artesanía del otro lado de la avenida. Estaban las dos sentadas en los últimos peldaños del edificio. Lancé la colilla en la acera, oí un timbre, y sentí el impulso de un tipo rozándome la cara y el vientre. Casi me atropella en su Bicing cuando me estaba acercando a ellas. Le eché una buena bronca. Ahora ya no sabía si paseaba por Delhi o por Ámsterdam.

—Mira, Sam, los hemos comprado en la pastelería de Jaume I, te hemos pedido uno. —Emma me ofreció un dulce de crema y hojaldre.

—Oh, *many thanks.*[39] Pero si comiese esas cosas no me podría poner estas medias tan chulas. —Di una vuelta sobre mí misma, ellas sonrieron. —Cómetelo tú, Nina.

—Tus taconcitos con hebilla son monísimos, Sam —añadió Nina.

—Son preciosos, ¿verdad? ¿Y has visto mi gorrito de lana? Tienes que ir a Gran Bretaña, allá todas mis amigas los llevan.

—Te sienta divina esa ala recortada, hace el efecto de una pequeña visera. —La madre de Pablo me halagaba.

—*You look gorgeous*.[40] —Nina tenía poco vocabulario en inglés y, sin embargo, me entendía bastante bien, porque seguía varias series en americano.

Me colgué de su brazo y echamos a andar hacia UK-Look a paso

rápido, Emma se quedó detrás. Intenté describirle a Nina un vestido de gasa, uno de los últimos diseños de Leith Clark, pero ella estaba obsesionada con unas botas Chelsea que se iba a comprar. Le dejé claro que le serían más útiles unas bambas porque el invierno ya se estaba acabando. «What you need is a pair of sick creps, Nina».[41]

En cuanto pisamos la tienda, nos pusimos a remover los bolsos Fred Perry. Me encantaba el olor de la ropa nueva. Emma se había quedado embobada con la *jukebox* de la entrada. Repasaba la lista de títulos embelesada, y estaba rebuscando en la calderilla para sacar un euro, cuando aparecieron una madre y una hija pakistaníes pidiendo una cazadora. Le dije a Nina que no comprendía por qué mujeres como esa madre tenían que seguir vistiendo el sari en Europa. Entonces Emma se acercó.

—Estas pakistaníes son unas atrasadas, esa manera de vestir no ayuda nada a la liberación de la mujer.

—Tienes razón. —Nina invariablemente estaba de acuerdo conmigo, me aburría un poco, la verdad. —Porque, aunque no se tapen todo el pelo, sí que se cubren siempre con el velo, y las piernas escondidas, hasta los tobillos. Ese comportamiento acaba siendo un tipo de discriminación, ¿o no?

—Pero es parte de sus raíces, ¿no creéis? —Emma se inmiscuía en todo. —Y tampoco les debe de ser fácil adoptar estilos de vida tan distintos a los suyos. Además, la hija lleva prendas occidentales, se está modernizando, ¿no ves?

—Yo pienso que vivimos en un mundo globalizado y esa manía con la tradición ya está desfasada, ¿entiendes? Si te paras a pensar, lo cierto es que muchas mujeres se niegan a desviarse de sus costumbres, ya sabes. En mi país sucede idénticamente lo mismo, van descalzos en pleno invierno, ¿habrá cosa más estúpida? Y hay inmigrantes que llegaron allá hace como un siglo.

Me fijé en que a Emma le chocaban mis opiniones tan tajantes, pero no me importaba. Lo que es, es.

—Y no lo digo porque yo sea de otra clase social o clasista ni nada similar. Aunque debo reconocer que a mí no me falta de nada.

Para ser honesta, los pakistaníes me provocaban cierta hostilidad, su vestimenta, la obsesión por su negocio familiar, su detestable apego a la familia. Pero, a fin de cuentas, si esas mujeres querían vivir subyugadas, a mí no me iba a afectar. Yo había acabado mi grado, estudiaba el postgrado y obtendría un empleo en cualquier parte del planeta cobrando en dólares.

Emma hizo el ademán de probarse una camiseta por delante del jersey, y se balanceó de lado a lado mirando al espejo. Demasiado juvenil para una madurita como ella.

Mientras Nina se paseaba con unas *creepers* peludas del 6,5, me

acordé de Emma en la cena, enseñándome un álbum de infancia de Pablo y de Nina, ¡qué peñazo! Ya no me volvería a secuestrar, mi tiempo era demasiado valioso para malgastarlo en repasar fotografías que no fuesen tendencia en las redes.

Emma le regaló los zapatos a Nina con una condición. Me llamaba mucho la atención cómo los jóvenes aquí aceptaban el chantaje de sus padres. *Dreadful!*[42] Y es que la madre le hizo prometer que entraría esa misma noche en InfoJobs para ver si habían subido algún anuncio de empleo para químicos.

Me despedí de Emma hasta mi vuelta de Bristol. Esa noche Nina vendría conmigo y con Pablo a cenar a un restaurante chino cercano que era superauténtico. El pollo con almendras y la ternera con salsa de ostras desfilaban sin parar en un carrusel por delante de los clientes, como si fuésemos los espectadores de una elegante pasarela en una feria de moda. *Wicked!*[43] Pablo acudiría allí y nos íbamos a reír un rato. Los platos quedarían divinos en mi cuenta de Instagram.

Antes de marcharnos, Emma nos pidió un euro, lo echó en la ranura de la *jukebox* y apretó el botón. Pero no funcionaba. Se le había metido en la cabeza escuchar *Something Stupid* en las voces de Robbie Williams y Nicole Kidman, decía que no existía una canción más romántica sobre el cortejo. ¿Tú sabes lo que es el cortejo, Darcy? Mira que es anticuada, la mujer.

---

38 Estaba abarrotado.
39 Muchas gracias.
40 Estás guapísima.
41 Lo que necesitas es un par de deportivas molonas, Nina.
42 ¡Espantoso!
43 ¡Guay!

12

Pablo regresó a casa durante la ausencia de Sam, que debía participar en unas reuniones con su equipo de trabajo en Bristol. Creo que tenía ganas de vernos, porque había puesto un par de mudas en su maleta, la había cargado en el Clio y se había venido directo desde el Prat. Y a mí me alegraba un montón recuperar a mi hijo por unas semanas.

No obstante, algunos sucesos me tenían confundida y había momentos en que hasta me producían sentimientos encontrados. Por ejemplo, en nuestra tarde de compras con Nina, la vehemencia con que ella había criticado la vestimenta de las pakistaníes, como movida por algo puramente visceral, tal vez su mala relación con ese tío suyo explotador. O como si quisiera sentirse diferente, e incluso con más pedigrí que aquellas pobres personas. Y aparte, esos comentarios desagradables sobre Sam en el chat de la facultad.

No acababa de situar a Sameentha. Pero eso siempre resultaba difícil con los extranjeros, más aún con alguien nacido y criado en ese crisol de culturas que era Londres. Y a fin de cuentas era Pablo quien se tenía que entender con su pareja.

De nuevo me veía presa de ese estado de alerta, el que me invadía a temporadas desde que Pablo fue víctima de varios episodios de acoso en la escuela, cuando tenía solo ocho años.

Una noche, al cabo de horas de haberlo acostado, salió del distribuidor y estuvo deambulando por el salón, soñando con sus ojos azules abiertos y su metro y poco de estatura. Lucas y yo intentamos no entrar en pánico. No sabíamos cómo reaccionar, si despertarlo o no, pero finalmente solo le susurramos algo y lo acompañamos a su cama. Aquello se repitió varias veces y empezamos a interrogarlo con discreción.

Después de una entrevista con su tutora, esos lapsos de sonambulismo se fueron espaciando paulatinamente. Y, sin embargo, en adelante nunca nos libraríamos del todo del sentimiento de culpa: nuestro hijo había estado sufriendo durante todo el curso, desde que lo cambiamos de centro, y nos había pasado totalmente inadvertido.

A partir de entonces yo tendería a magnificar las cosas. Y lo cierto era que me sentía ridícula, porque había pasado más de una década. Pero supongo que sabía que mi hijo seguía pecando de dócil y bonachón.

Por esa razón le llenaba la cabeza a Lucas de mis preocupaciones. Ya días atrás le había comentado lo del despliegue de juguetes

sexuales que encontré en el dormitorio de Pablo en el apartamento. Él solo me hizo un guiño y me preguntó insinuante cuándo íbamos a quedarnos el fin de semana, ya que estaba tan bien equipado. Luego intentó tranquilizarme, me aseguró que Pablo ya sabía cuidarse.

Pero a mí me costaba obviar su fragilidad. Por eso me dejó pensativa el hallazgo en su habitación de Barcelona una tarde. Fui a devolver unas bambas que él había olvidado sobre la alfombra del salón, tiradas. La persiana de su cuarto seguía echada y la levanté. Al correr la ventana para airear, reparé en una cajita decorada de color azul cobalto que había sobre la cesta de la ropa. A veces Pablo dejaba allá los objetos que iba a reciclar, pero estaba completamente nueva. Me puse las gafas de cerca, que casi siempre llevaba colgando: en la tapa, escrita a mano, la frase «Remember me».[44]

No pude resistirme. Me senté en la cama y cuando la abrí me asaltó un perfume como de comino, y enseguida distinguí una especie de baraja de cartas, de un tamaño más grande que el habitual. Volqué la caja y las saqué con cuidado, poniendo mucha atención en recordar cuál era la primera para dejarlas en la misma posición.

Todas tenían lo que debía de ser un número en el ángulo superior izquierdo —con una apariencia semejante a los nuestros, el dos, el nueve, el ocho, el cero— y una ilustración de arte indio a todo color. Serían un regalo o un préstamo de Sameentha.

Al desplegarlas sobre el edredón, apareció una figura totalmente desconocida para mí —andrógina (por más que estaba desnuda de cintura para arriba y no tenía pechos) y con cuatro brazos— y su descripción: «Vishnu, el conservador, el protector contra la amenaza del mal, del caos y de las fuerzas destructivas».

A primera vista todos los personajes eran dioses indios, pero tenía que reconocer que yo era una perfecta analfabeta en cuanto a las religiones orientales se refería. Me asombró que Sam le diese a Pablo objetos con mitología india, porque se mostraba bastante escéptica respecto a la cultura de sus ancestros, pero quizá yo no la había tratado lo suficiente todavía.

Uno de los naipes contenía un sugestivo caballo negro. «Las perlas que adornan a Dyaus simbolizan las estrellas de la bóveda celeste, la luz y el resplandor». Y seguía esta frase escrita en Lucida en el reverso: «Tiéndete y mira el contorno de las nubes alargarse hasta rasgarse, prueba a encontrar mi rostro en ellas». Qué bonito. Y qué romántico.

Devolví a Dyaus a su lugar y le di la vuelta a la carta siguiente: «Hoy, a las nueve de la noche, los dos recitaremos el mantra Gayatri tres veces».

«Unveil, O Thou who givest sustenance to the Universe, from whom all proceed, to whom all must return, that face of the True Sun now hidden by a vase of golden light, that we may see the truth and do our

whole duty on our journey to thy sacred seat».[45]

Sacred? ¿Sagrado? Ignoraba que Sam fuese hinduista, aunque también podía haber convertido ciertas prácticas religiosas, como recitar, en una técnica de relajación o algo así.

Volví al naipe de Vishnu y miré la inscripción de detrás: «Today you should walk along the beach until you find a sea conch».[46] ¿Deberías pasear por la playa? ¿Por qué deberías? Era cierto que Vishnu llevaba una caracola en la mano. Aun así, ¿por qué cada carta daba unos consejos diferentes para el día?

EL CALENDARIO HINDÚ

आइत SUN	शतभीषा ९ म.शु. सप्तमी 16	रोहिणी ८ चतुर्दशी 23	उत्तरा फाल्गुणी १५ सप्तमी 30	ज्येष्ठा २२ त्रयोदशी 6
सोम MON	पूर्वाभाद्रा २ अष्टमी 17	आद्रा ९ पूर्णिमा/पू.कृष्ण प्र. 24	हस्ता १६ अष्टमी 31	मूल २३ चतुर्दशी 7
मंगल TUE	उत्तराभाद्रा ३ नवमी 18	पुनर्वसु १० द्वितीया 25	हस्ता १७ नवमी 1	पूर्वाषाढ़ा २४ अमा 8
बुध WED	रेवती ४ दशमी 19	तिष्य ११ तृतीया 26	चित्रा १८ दशमी 2	उत्तराषाढ़ा २५ पू.शुक्ल प्रतिपदा 9
बिही THU	अश्विनी ५ एकादशी 20	अश्लेषा १२ चतुर्थी 27	स्वाती १९ दशमी 3	श्रवण २६ द्वितीया 10
शुक्र FRI	भरणी ६ द्वादशी 21	मघा १३ पञ्चमी 28	विशाखा २० एकादशी 4	धनिष्ठा २७ तृतीया 11
शनि SAT	कृतिका ७ त्रयोदशी 22	पूर्वा फाल्गुणी १४ षष्ठी 29	अनुराधा २१ द्वादशी 5	शतभीषा २८ चतुर्थी 12

Conté los naipes, había veintiocho, y justo entonces descubrí el calendario hindú debajo de la tapa de la caja.

Parecía que la baraja contenía indicaciones para cada día del mes. Tal vez, en lugar de un objeto al servicio de unas técnicas, la baraja era el instrumento de algún juego que se habían ingeniado. Era tierno que se sirviesen de un invento lúdico para recordarse.

Había una leyenda encima de cada figura, siempre la misma: «You'll always be mine»,[47] y el nombre del dios y su descripción figuraban en la parte inferior.

Ushas: «La encargada de despertar a los pájaros y espantar a los malos espíritus». El dibujo representaba a una mujer con dos caras y ocho brazos montada de lado en un carnero. «At noon today, let us look at the sun without winking for two minutes».[48] Sería algún ritual

hindú, eso de mirar directamente al sol, había gente aficionada a eso en Europa, pero sano no era, desde luego. Me quedé pensando hacia dónde miraría Sam con el horrendo clima inglés.

Pero entonces me percaté de que a cada instrucción se añadía una frase: «Y mientras lo haces visualizarás mi imagen» o «A la misma hora yo te tendré en el pensamiento».

En ese preciso instante oí girar una llave en la cerradura de la puerta principal, a aquellas horas era Pablo seguro. Recogí como pude la baraja. Demasiado tarde para disimular. Me puse de pie, me detuve un segundo a recuperar la compostura y corrí hacia el salón a recibirlo.

—Hola, guapo. ¿Cómo han ido las clases? Estaba poniendo un poco de orden y he estado a punto de reciclar esa caja tan chula que habías dejado encima de la cesta. Menos mal que me ha picado la curiosidad y la he abierto. No te importa, ¿o sí? Qué hermosura de cartas, con ilustraciones a todo color.

—Bueno… Son guay, ¿eh? Las ha diseñado Sam, le ha llevado muchas horas.

Pablo levantó la tapa del piano, recorrió unas octavas con un dedo, volvió a cubrir el teclado y cruzó el salón en dirección a su habitación.

—Me lo he supuesto. Son dioses… cómo se llaman… ¿ayurvédicos? No tenía la impresión de que Sam fuese religiosa, la verdad.

—No, si no lo es. Es un simple juego, mamá.

—Ah, ya. Mira que es creativa, esa chica. A ti no te imagino preparándole una baraja con los apóstoles ni nada por el estilo. —Levanté las cejas y lo miré con una mezcla de incerteza y socarronería.

—Yo no he tenido tiempo de inventar nada, voy de culo con el Análisis y Diseño de Algoritmos de las narices. Pero tú déjame las cosas como están, que de mi leonera ya me ocupo yo, ¿vale?

—Sí, claro, es tu intimidad, solo faltaba. ¿Te va bien pasta para cenar?

Fui a la cocina y puse a hervir los espaguetis. Mientras calentaba la boloñesa, se me ocurrió que el juego en sí era casi infantil. Los naipes estaban perfectamente maquetados, recortados y plastificados: una tarea de diseñadora que, según Pablo, Sam misma había realizado pacientemente. Eso podía explicar en cierta medida que en la facultad la criticasen por holgazana: la chica estaba prendada de su novio y se le esfumaba el tiempo, como nos había pasado a todas a los veinte años.

Y, sin embargo, algunas cartas no contenían consejos, sino más bien pautas, e incluso horas concretas para realizar la actividad. Probé la salsa y le añadí una pizca de sal. Estaba claro que en esa pareja mandaba Sam, cosa que tampoco era rara, porque Pablo siempre había sido un chico dócil.

A pesar de que esa explicación me convencía bastante, me perturbaba un presentimiento extraño, como si aquel juego fuese más allá de un simple divertimento o de una especie de talismán con el que Sameentha quisiera consolar a Pablo en su ausencia.

Pesqué un espagueti con el tenedor y lo partí sobre el plato. Al dente. Entonces comprendí lo que me pasaba: el contenido de la baraja tenía un componente religioso que, a mí, una atea militante, me daba un poco de grima. Sam era una chica muy original, y quizá aquello que había ideado no consistía exactamente en un juego, sino una versión moderna de algún rito indio. Nada grave, porque mis hijos ya estaban creciditos para convertirse a estas alturas a ninguna religión.

Lavé la pasta con agua caliente y la pasé por el colador. Se lo consultaría a mi colega, a Eduardo, el doctor Micó, que presumía de ser un entendido en la India y había volado allí tantas veces que había perdido la cuenta. Sí, eso es lo que haría.

En realidad, aquel juego bien podría tratarse de una moda de los jóvenes europeos, como esa manía de poner candados en todos los puentes, fuentes y farolas que se visitan. Esta cajita debía de ser una cosa de *millennials* que yo no comprendía. O de la generación zeta, ni siquiera sabía a cuál pertenecían.

Tenía que moderar aquella propensión mía a proteger a mis hijos. Estaba espolvoreando la salsa con orégano y me vinieron a la mente mis amigos riéndose de mi pulsión de buscarle tres pies al gato. Me decían que, si seguía así, me iba a graduar en profecías autocumplidas.

Pablo llegó de puntillas, me deshizo el lazo del delantal para hacerme enrabiar y escapó. Me di la vuelta riendo y lo perseguí hasta el comedor para pisarle la punta de los zapatos.

Mientras poníamos la mesa y comentábamos las noticias, mis cavilaciones se volatilizaron.

---

44 Recuérdame.

45 Descubríos, oh vos, que sostenéis el universo, del cual todos procedemos, al cual todos debemos retornar, esa faz del verdadero sol ahora oculta por una vasija de dorada luz, para que podamos ver la verdad y cumplir con nuestro deber en nuestro viaje hacia vuestro sagrado corazón.

46 Hoy deberías pasear por la playa en busca de una caracola.

47 Siempre serás mío.

48 Hoy, a mediodía, miremos al sol sin parpadear durante dos minutos.

13

Hacía tiempo que no saltaba los escalones de dos en dos, de subida a casa. Estaba impaciente y encima mi madre me esperaba en el salón. Solté las llaves en el mueble del recibidor y me estiré la manga de la sudadera para evitar preguntas incómodas. Ella me distrajo con sus charlas y me siguió hacía la habitación. ¿Quién le mandaba a ella husmear en mis cosas? Le había dicho mil veces que no entrase en mi cuarto, que ya lo ordenaría yo. Esa baraja era un pasatiempo privado entre Sam y yo. A partir de ahora la tendría que camuflar en algún hueco del dormitorio.

Aparentemente no había leído las cartas, mejor así, porque había algunas instrucciones que ella no entendería. Mis amigos se quejaban de que sus madres eran unas agobiantes, pero no sabían lo que era tener una madre médico, con sus mil aprensiones. Que si ponte las gafas de sol, que si cuando salgas de noche no te sientes en el suelo que está hecho una porquería. Y no hacía mucho todavía me preguntaba si tomaba precauciones con las chicas, solo faltaba que ahora me regalase una caja de Durex.

Tuve que sentarme con ella unos minutos, el tiempo justo para para comerme unos espaguetis. En cuanto me los acabé, me encerré en la habitación.

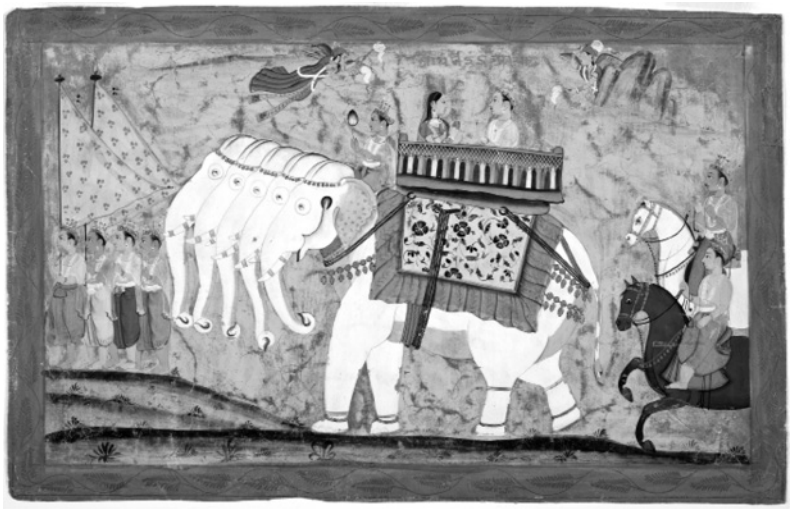
Me desaté el lazo negro que llevaba en la muñeca, como hacían los *thags* en honor a Khali. Khali era la diosa destructora de la maldad y de los demonios. Tenía la mano izquierda un poco inflamada y la cinta me había dejado una hendidura rojiza, así y todo había logrado aguantar casi un día entero. Recibí un SMS, Sam me decía que el dolor en el brazo la ayudaba a acordarse de mí todo el tiempo. Sameentha me hacía vivir lo nuestro de una forma tan enigmática, y no había en el mundo otra chica tan intrépida como ella. Me froté la marca de la cinta y moví los dedos abriendo y cerrando la mano.

Yo ya sabía cuál era la actividad que me tocaba ese día, aunque se había hecho tarde y Sam se enfadaría porque no la interpretaríamos a la vez ella y yo. Pero yo tenía una justificación para cuando viniese de Bristol, le explicaría que se me había alargado la clase de Robótica.

Era el turno del naipe de Indra, el dios de la guerra, la atmósfera y la tormenta. Lo busqué en la baraja y lo volví hacia mí porque la luz de la ventana estaba eclipsando el dibujo bajo el satinado. Era una pasada. Él y su esposa iban subidos en una silla de montar elefantes con grabados dorados, sobre un animal blanquísimo de cinco trompas. Indra blandía una espada zigzagueante como un rayo. Las indicaciones

decían: «Deja caer humildemente la furia y la lluvia de Indra sobre ti. Para ello, deberás ducharte tres veces consecutivas poniendo toda tu conciencia en ello».

Guardé la carta en la cajita, levanté el canapé y la escondí en un recoveco.



Indra y su esposa

Ya dentro de la bañera, cuando las gotas de agua tibia resbalaron sobre mí, recordé el cuerpo color miel de Sameentha y sus palabras de nuestra última noche: «El sudor ha unido nuestra carne, ahora formamos una sola voluntad». Dejé la esponja, cerré los ojos y empecé a enjabonarme con las palmas: el cuello, los hombros, la cintura. Imaginé que estaba tocando su piel tersa. Abrí el grifo para completar la primera ducha. Cuando me había enjuagado, cerré el agua y de nuevo me llené el cuenco de la mano de gel. Con los ojos cerrados otra vez, repetí los movimientos en la misma sucesión, muy lentamente. Al aproximarme al vientre, fui incapaz de seguir con el juego.

14

Pablo ya había soportado la adoración a la diosa Khali. Había asumido el dolor físico como parte del amor y se merecía una visita. Por esa razón yo había vuelto de Bristol el día anterior.

Invité a su familia a cenar la noche en que mis compañeros de piso iban al cine. En cierto sentido me sentía obligada a corresponder a sus padres, porque usábamos su apartamento siempre que nos venía en gana.

Yo había pasado un mes fuera y no tenía gran cosa en la nevera. De todas formas, en mi experiencia, la cocina era una ocupación *time-consuming*[49] y totalmente inútil. Así que decoré la mesa con unos mantelitos individuales monísimos de tiras de cáñamo cosidas y con un centro de flores secas, rosas con unas espigas verdes. Encargué *curry* y *samosas*, y estaba poniendo un CD de *jazz* cuando entraron los cuatro cargados con un pastel de zanahoria. Seguro que habían pensado que todos los británicos nos moríamos por el pastel de zanahoria. Yo lo aborrecía.

Cuando su familia probó las *samosas*, se deshicieron en elogios. Les dije que yo misma las había amasado, y me partía por dentro. Pablo me pidió otra ración, pero me negué a servirle más y le repetí que debía cuidar la línea.

Y al llegar a los postres, *out of the blue*,[50] surgió un tema conflictivo en la reunión: la importancia de los estudios, y vi que los padres de Pablo le daban un valor desmesurado a conseguir un grado. Para ellos solo tenías futuro si disponías de un título universitario, o peor aún, estaban totalmente convencidos de que sin ese papel no eras nadie.

Pablo estuvo argumentándoles que el currículum de su carrera estaba lleno de asignaturas troncales con el único objetivo de sacarles el dinero. Les dijo lo que yo y él habíamos comentado varias veces: que no había nada equiparable a la escuela de la vida, que ahora se arrepentía de haber desperdiciado un tiempo precioso de su juventud a base de estudiar en lugar de haber estado buceando rodeado de arrecifes, por poner un ejemplo. Lo decía muy serio, y sin embargo solo levantaba la vista entre cucharada y cucharada del pastel, que se zampó en un visto y no visto.

La niebla de mi Marlboro empañaba todavía más la discusión, y yo observaba a la familia en silencio e iba viendo cómo los tres se removían a menudo en sus asientos. Hasta que ya no me contuve: les solté que yo estaba cursando mi postgrado únicamente como un *hobby* y porque tenía un préstamo sin intereses del Department of Education.

Para mí, la forma en que se aprendía de verdad —sin comparación posible— era viajando, preferiblemente por todos los continentes, para tener una visión global del mundo.

Pero Emma y Lucas ponían cara de no, así que se me ocurrió que lo mejor sería un tratamiento de *shock* y se lo anuncié: «Por eso Pablo y yo estamos planeando un viaje largo, de un año como mínimo, alrededor del mundo».

Emma abrió los párpados desmesuradamente y nos preguntó cómo lo pensábamos pagar, pero yo y Pablo ya lo teníamos hablado. Yo daría clases de inglés y él haría reparaciones de *hardware*. Y eso zanjó la discusión. Nina, que en algún momento de la cena se había quejado de su doble jornada en Químicas por culpa de las prácticas, ahora bajó la cabeza y siguió comiendo su postre. Esa chica no iba a adelgazar nunca.

Más tarde pasamos al salón y Pablo puso el lavaplatos mientras los demás nos acomodábamos en los cojines alrededor de la mesita de hierro forjado. Nina decía que le encantaban las latitas pintadas de té que repartí sobre la mesa, plateadas, octogonales, y las iba abriendo y oliendo: el Pu-erh, el Gyokuro, el Kukicha, el Ceylan y otra vez el Gyokuro sin darse cuenta, y al final acabó pidiéndome un té verde.

A Lucas y Emma se les veía ausentes, me dijeron que eligiese yo y se quedaron en silencio. Supongo que estaban preocupados de que Pablo no terminase el curso, incluso tal vez a Emma le inquietase la perspectiva de perder a su hijito. Era indudable que el peor defecto de los españoles era el inmovilismo, les costaban los cambios, tenían mentalidad de funcionario. Por el contrario, en Gran Bretaña a la gente le horroriza estar siempre atrapados en la misma profesión.

Con el último sorbo de té ya se disculparon, diciendo que nos dejaban porque tenían que trabajar al día siguiente. Habían sido poco más de dos horas y no se me hizo largo. *At the end of the day, everything's input,*[51] incluso una cena con gente mayor y un poco anticuada. Eso sí, una y basta, ya le había advertido a Pablo que no tenía intención de organizar más comidas con su familia, que mi tiempo era demasiado valioso. «Time's money, you know».[52]

Era casi medianoche cuando se marcharon. Al salir a despedirlos al balcón nos echamos el *plaid* del sofá por encima de los hombros. Pablo tiraba de un extremo y yo del otro. Qué risa. Aunque lo más divertido fue que, mientras Pablo los despedía, me acariciaba entre las nalgas con la otra mano.

Volví al salón y apagué la lámpara, porque sabía exactamente lo que quería esa noche. Tiré de él, cerré la puerta del balcón y puse música *chill out* en el móvil. Lo recosté en el sofá, me saqué la blusa por la cabeza y le desabroché el pantalón. El haz de luz de una farola hacía que mi sombra alargada se proyectase sobre su torso musculoso.

—Los chicos buenos, como Pablo, siempre sonríen, ¿verdad, Paw? Y obedecen a los padres.

—No te metas conmigo, Sam, por favor.

—*But today Pablo's gonna do filthy things*,[53] ¿verdad, ojitos azules? —Me recosté sobre él para coger el cinturón de cuero que había dejado en el revistero.

—Venga, no te burles de mí. —Me dirigió una mirada suplicante que aún me excitaba más.

El labio inferior todavía le sabía a la vainilla de su pastel. Hice un ocho con el cinturón y le até una muñeca a la mesita.

—¿Cómo hace cosas feas un chico bueno? Puede inventar algunas cositas y ensayarlas, si se comporta como un adulto. Pero si no… Mira, esto me lo enseñó un compañero de Secundaria, aunque todavía me gusta**.**

Me coloqué sobre su pubis, él me acariciaba el interior del muslo y estiraba el cuello para alcanzar mi pecho, lengüeteando desesperado.

I came in one minute.[54] Con aquello me bastaba por esa noche. Y, de todas maneras, a medio hombre le correspondía la mitad del placer. Le eché el *plaid* por encima a Pablo, como si lo arropase.

—Tendrás que usar la manita que te queda hoy, grandullón. Estoy deshecha. Puso cara de frustración cuando vio que me iba a la cama. —*Bad luck, honey*,[55] no siempre se gana. *Night night*.[56]

---

49 La cocina era una pérdida de tiempo.
50 Sin venir a cuento.
51 A fin de cuentas, todo es *input*.
52 El tiempo es oro, ya sabes.
53 Pero hoy Pablo va a hacer cosas feas.
54 Me fui en un minuto.
55 Mala suerte, amor.
56 Felices sueños.

15

El frío atravesaba los delgados cojines de los butacones de aluminio y, sin embargo, los grupos de guiris en manga corta se apelotonaban en las mesas de nuestro alrededor. Esa cafetería de las Ramblas, frente a la efigie de Colón, era la favorita de Eduardo y mía, y ofrecía un precio asequible para los simples médicos de Atención Primaria que almorzábamos allí a diario. A pocos pasos, un mimo, que personificaba inerte a alguna figura histórica, deshacía su postura con una lentitud pasmosa cada vez que sonaba el clinc de una moneda dentro de su sombrero, para enseguida adoptar otra pose y recuperar su admirable letargo.

A pesar del lugar privilegiado que ocupaba nuestra terraza, yo estaba pendiente de otro asunto: en realidad me había pegado al doctor Micó a la hora del café con el propósito de conseguir la información que aliviaría mis quebraderos de cabeza.

Mi primera intención, cuando hablase con él del juego de Pablo y Sam, había sido fingir un interés genuino por la India. Pero Edu me conocía hacía años, así que no se le escaparía que yo estaba intranquila y seguro que me iba a calar rápido. Como no podía evitarlo, me lancé y, aún no nos habían servido los cortados, cuando ya fui directa al grano.

—Tú te acuerdas, Eduardo, de que Pablo sale con una chica angloíndia, ¿no?

—Claro, Emma, tu hijito tiene un gusto envidiable. —Edu sentía una debilidad mal controlada por las indígenas, de cualquier lugar que fuesen.

—Venga, Edu, menos chistecitos machistas conmigo, majo.

—Perdona, por un instante había olvidado tu recién adquirida condición de feminista radical. ¿Y qué, entonces? —El camarero nos trajo los cortados con una galletita belga.

—Gracias, Santi. Pues que mi hijo está extraño. Mira, por nombrar solo una nimiedad, se toma unas pastillas que Sam le regaló y que en teoría son vitaminas. Y no es que yo desconfíe de la chica, faltaba más. ¿Pero tú ingieres alguna cosa sin comprobar la composición? —Estaba convencida de que me daría la razón. Sacudí un sobrecito de azúcar antes de abrirlo.

—Ah, *l'amour*… Piensa, Emma, que Pablo ahora necesita muchos complementos alimentarios.

Chasqueé la lengua como si me incomodase, aunque me hacía gracia. Eduardo era un guasón. Volví la cara en dirección al mar para

aspirar el vaho del salitre, que perfumaba la terraza como en cada almuerzo matutino. Se oían las bocinas de las golondrinas (que ofrecían recorridos de dos horas por el litoral de la ciudad, como si se tratase del horizonte de Manhattan) y las de los cruceros, que en poco rato descargarían más guiris en manga corta.

—¿Y tú cómo te arreglas con tu inglés con una nuera hija de la Gran Bret.., de la Commonwealth?

—Vaya, ya me ha salido el políglota. Pues tartamudeando, ¿qué esperabas?

Pero si te refieres a sus costumbres, no hay problema. Sam nació en Londres, está occidentalizada. Aunque eso es precisamente lo que no me acaba de encajar. Y esto, por favor, que quede entre nosotros.

—Venga, dale, Emma, que soy una tumba. Mudo y casi ciego, con las cuatro dioptrías que tengo, imagínate.

—Te lo agradezco, Edu.

Le conté que días atrás había descubierto que Sameentha había diseñado un juego con los dioses ayurvédicos para Pablo. Veintiocho naipes, cada uno con una deidad y una sugerencia como, por ejemplo, qué te diré yo, Ushas mira el sol sin parpadear.

—Claro, es que Ushas es la diosa que ahuyenta los malos…

—No se trata de eso, Edu, y perdona que te interrumpa. Hay otras cartas que convidan a recitar una oración o a buscar objetos.

—A ver, Emma: eso son dioses indios, no ayurvédicos. ¿Pero cuál es el problema? Será hinduista, la chica, o budista.

—Por lo que tengo entendido, no es nada religiosa. Eso es lo que me ha llevado a planteártelo a ti, para que me averigües si ese tipo de propuestas podrían tener relación con alguna ceremonia o alguna costumbre oriental.

—Entonces sí que te produce un pelín de desconfianza. —Eduardo me dirigió una mirada comprensiva—. Lo pensaré, Emma. Me iría bien que me explicases otras pautas de las cartas; si puedes, averígualas, para hacerme una idea. Ahora, no me negarás que eres una gallina clueca, sufriendo por un hijo universitario ya, y de veinte años. —Su indulgencia ahora se había transformado en una sonrisa burlona.

—Tú porque no tienes hijos, si no, habría que verte. ¿Vamos regresando, que nos quedan solo cinco minutos del almuerzo?

—¿Si yo tuviese hijos? Te puedo asegurar que los matriculaba en Estados Unidos, aunque fuese en *management* de gastronomía, y me los quitaba de encima rapidito.

—Quizá el mío también acabe en Estados Unidos, y por desgracia sin el curso de Gestión.

Edu ya no me escuchaba. Estaba siguiendo con la vista a una rubia nórdica, así que le hice a Santi una señal y pagamos nuestros cortados.

Mi amigo tenía razón, me había convertido en una persona demasiado recelosa, especialmente con mis hijos.

Volvimos hacia el ambulatorio rodeando las Atarazanas, nuestra imagen y la del bus turístico reflejándose en aquellos magníficos ventanales. Me había aliviado mucho esa conversación, como si el peso de mis dudas recayese por un tiempo en mi amigo.

Por el momento prefería no comentárselo a Lucas, a él el juego de la baraja le habría resultado simplemente entretenido. No a él. La mayoría de los hombres eran seres felices, que vivían en la inopia, y les costaba ver el toro hasta que asomaba los cuernos.

16

Primavera

Un fuertísimo olor a espray limpiamuebles me golpeó el olfato al abrir el aula. Descargué el portátil y el móvil en la mesa de despacho, delante de la butaca, con cuidado de dejar la zona del sillón de mi tutor despejada. Entonces saqué del bolsillo lateral el ratón inalámbrico y el puntero, para adelantar. Mi profesor tenía dos ordenadores encendidos, estaría copiando algún archivo.

La sombra de los pinos del campus se proyectaba en una pared. Me acerqué a la ventana, llena de churretones, y vi a Sam aparcándome el Clio.

Yo había llegado al aula un cuarto de hora antes de lo que mi tutor me había citado por miedo a ser impuntual**.** Y es que llevaba varios meses redactando el proyecto a conciencia, más aún cuando había cambiado el tema por otro que Sam dominaba, «Visualización gráfica interactiva».

Lo sabía, era un pringado. No tenía motivos para preocuparme por la presentación, y menos desde que Sam me había escrito aquella dedicatoria: «Well done, boy. You did your homework».[57] Pero no lo podía remediar: más que aprobar, lo que yo perseguía era impresionar a Sam, para convencerla de una vez por todas de que yo era una persona autónoma. Aunque también —debía reconocerlo— porque sabía cuál era el terrón de azúcar que mi domadora se gastaba. Siempre que me portaba como ella quería, se transmutaba más que nunca en Samanmitha, la mujer «deleitosa».

Me fijé en mi reflejo en la ventana: yo había escogido una camiseta azul con un dibujo ambiguo y unas zapatillas deportivas, que luego Sam me había hecho sustituir por unos zapatos *beige* y un Burberry blanco, porque decía que la ocasión era formal. Me afeitó ella, me untó con el masaje de aceite de coco y empezó a darme palmaditas en la barbilla que se convirtieron en cachetes. Mutuos. Hasta que le cogí las manos y le lamí las palmas. Casi salimos tarde.

Se abrió la puerta de un portazo y apareció mi tutor. Iba despeinado, con un pico de la camisa fuera del pantalón, era el típico lumbreras distraído. Y llevaba dos cercos de sudor bajo las mangas. Estos profesores asociados, entre investigar, publicar y dar clases, casi no tenían tiempo ni de ducharse.

Yo esperaba que revisásemos el PowerPoint, ya que faltaba un rato para la exposición, pero él simplemente se cercioró de que lo tuviese

todo a punto y pasamos al aula.

Sam ya estaba esperándonos allí, bebía un refresco con un codo apoyado en la otra muñeca, sentada con las piernas cruzadas. Cómo sabía, se había puesto muy provocadora, con una minifalda tejana cortísima.

Una de las ventanas se había quedado entreabierta y se colaba la fragancia de los pinos, que se encontraban en plena floración. Yo había avisado a cuatro compañeros, pero todos iban a tope, cada uno con sus reuniones y sus exámenes. Suerte que mis padres habían pedido permiso a los jefes para asistir y darme ánimos, porque solo vino un amigo. Hicieron su aparición los otros miembros del tribunal y tomaron asiento. Sam ya había conectado todo y lo había puesto en marcha. Ella llevaría las diapositivas. Cogió su cigarro del borde de la mesa, aspiró la última bocanada —aunque sabía que estaba prohibido fumar en los centros educativos—, apagó el filtro en su vaso de plástico y bajó con prisa los estores.

Mis padres y Nina sonreían para transmitirme confianza. Nina era una tía cojonuda.

Miré hacia mis notas en la mesa y me subí la bragueta. Qué despiste de persona.

Cuando acabó mi presentación, de una media hora, el tribunal se tomó un par de minutos para sus deliberaciones. De seguida el tutor me comunicó que esperaban una exposición individual, pero que de todas formas me habían puesto un siete. Me acerqué a estrecharles la mano y vi la satisfacción en la cara de mis padres y de Nina. Sam estaría orgullosa de mí. Se incorporó y me cogió por el brazo. «We must talk. Now!»[58] Yo no comprendía por qué apretaba los dientes.

---

57 Buen chico, hiciste tus deberes.
58 Tenemos que hablar. ¡Ya!

17

Desfilaron los tres por la clase, en comitiva. Alucinante, toda la familia haciendo de audiencia de la presentación de Pablo. Esos españoles se comportaban como una banda mafiosa. Me hizo reír su elegancia, propia del *christening*[59] de un hijo adolescente. *Pathetic!*[60]

Cinco minutos antes de la hora fijada, bajamos los estores de la sala, a mano, porque la luz molestaba en la pantalla. Ni comparación con mi facultad de Arquitectura en Bristol, que estaba toda domotizada. Le habían asignado a Pablo un aula de reuniones mediana. Mejor, ya que tampoco disponíamos de micrófonos. Un lado de la mesa estaba reservado para los tres componentes del tribunal y entraron dos hombres de mediana edad y una mujer más joven. Al fondo, en el extremo de la mesa, su tutor, y del otro lado, un compañero de Pablo, Nina, Lucas y Emma, como si necesitase guardaespaldas.

Yo tenía programada una tutoría en mi universidad, pero la había aplazado hasta el día siguiente, y lo cierto era que me iba fatal. Por otra parte, aunque Pablo habría debido apañárselas solo, creo que no habría entendido que no asistiese a la exposición de su proyecto, ni que fuese en calidad de público, supongo.

Apuré el cigarrillo hasta que los profesores tomaron asiento. Me había tocado a mí revisar todas las conexiones, porque Pablo, con sus casi dos metros de estatura, estaba nervioso como un escolar de Secundaria. Menos mal que yo me ocupaba de las diapositivas*,* él era como incapaz de seguir el hilo y las imágenes a la vez. En fin. Al menos yo me había puesto una minifalda tejana supersexi y llevaba el pelo recogido en una larga cola de caballo, con la nuca a la vista, que eso siempre ayuda.

Pablo tenía el iPhone sobre la mesa y vi que la pantalla se iluminó. Su hermana le había escrito «Mucha», el emoticono de *shit*[61] y el pulgar hacia arriba. ¿Qué significaba eso? Qué chica más vulgar.

La exposición duró unos veinte minutos. El tribunal le dio a Pablo las valoraciones. Hicieron hincapié en mi presencia y les sonreí. Entonces, incomprensiblemente, puntualizaron que debería haber presentado el trabajo sin ayuda —como si yo hubiese sido la responsable de su nota—, y añadieron que habían decidido ponerle un siete. Calculé que equivalía a un 14/20 en el baremo de Bristol para las disertaciones.

Pablo no se defendió. Y su familia aplaudiendo. D*readful.*[62] Cuando el último profesor se había despedido, mientras él desconectaba los

aparatos, lo cogí por delante. Iba detrás de él soltándole los perros, me daba tres pitos que me oyese su familia.

Le dije que me sentía humillada y que era su culpa porque no se valía por sí mismo. Que mis expectativas de su trabajo eran mucho más altas, que por eso me atraía Cormac —un tío independiente, que siempre conseguía lo que se proponía—. Se quedó estupefacto. Ni siquiera era consciente de que había olvidado mencionar ideas esenciales de su tesis, ni de haber repetido algún punto de la argumentación. ¿Para eso me había ocupado yo de toda la parte técnica? Además, invertí casi una hora en ponerme atractiva. ¿Por qué no me había prevenido sobre el carácter individual del proyecto? Y aquel tribunal, eran unos frígidos.

Al final tuvo que admitir que había olvidado ese punto de la normativa. Bajaba la cabeza mientras yo le echaba el puro.

Y para colmo su madre metiendo baza.

—¿Hay algún problema, Pablo?

—No, que he cometido unos cuantos errores.

—Yo no entiendo de informática, pero en mi humilde opinión lo has explicado con claridad, y de una forma que era coherente.

—Coherente*, no way*, Emma. *But, there's nothing he can do, now*.[63] *Ok*, nos vamos a comer algo rápido por ahí.

—Ah, yo creía que íbamos a almorzar todos juntos.

No comprendía qué quería celebrar esa mujer, lo que era yo, no estaba de humor, desde luego.

Bajamos al bar del rectorado y me pedí un bocadillo de atún con aceitunas, medio para Pablo, y una cerveza de lata. Él no probó bocado, y sin embargo pretendía sentarse en el césped en plan relax. No se enteraba de la película. Le dije que nos íbamos de allí disparados hacia mi apartamento. Los malditos pinos me daban alergia.

Mi compañera de piso me vio la cara, esbozó una sonrisa irónica, se encorvó ligeramente y se fue de puntillas a su habitación.

Estuve zapeando hasta encontrar la MTV, necesitaba calmarme. Pablo se disculpaba por su torpeza y yo fumaba en silencio. Pasaba de él. Al final le respondí: «That's not enough, you know?».[64] Le dejé claro que yo había retrasado mi vuelo y había perdido la pasta para presenciar una exposición que había resultado muy, pero que muy pobre. Y que el colmo fue la humillación que tuve que sufrir. Que si iba metiendo la gamba de ese modo, yo pasaría de que nos cogiésemos el año sabático y de montarme un viaje con él.

Le recordé que cuando yo hablaba de la importancia del *input* me refería a cualquier ámbito, sin excepción. A no equivocarse en los términos de una presentación, al buen gusto en la ropa que llevaba, a

innovar continuamente en nuestra relación, absolutamente a todo. No podía soportar la mediocridad ni la repetición, era superior a mí.

Entonces se le saltaron las lágrimas, como si fuese un niño, y se me agotó la paciencia. Me aparté de su lado, me estaba produciendo una aversión indescriptible.

De pie, en medio de la salita, le repetí las reglas. Uno: los deseos del otro eran una prioridad inapelable en nuestras vidas. Y dos: él ya sabía que si me hacía enfadar yo no estaría para cuentos y, por tanto, su ineptitud siempre se castigaría privándolo de sexo. Así era esta pareja y así lo habíamos acordado desde mi regreso de Bristol.

No replicó, más le valía. Lo mandé de vuelta a su casa y, en cuanto sonó la puerta, me puse un capítulo de la última temporada de *Breaking Bad* en la *tablet* para relajarme. Menos mal que ya había acabado mi programa en Barcelona, tenía el vuelo a Bristol por la mañana y descansaría por fin de Pablo. El fallo había sido mío por suplir a un adulto en una tarea que le competía solo a él. *No mothering, whatsoever.*[65] Que fuese a llorarle a Emma. Si no espabilaba, un hombre así no me servía.

---

59 Bautizo.
60 ¡Patético!
61 Mierda.
62 Espantoso.
63 Para nada, Emma, pero ya no puede arreglarlo.
64 Eso no basta, ¿sabes?
65 Nada de cuidar tíos, ni de coña.

18

Repasé unas arrugas con la yema de los dedos. Sabía que estaba dormida, pero, por más que lo intentaba, no lograba despabilarme.

Todavía en duermevela, me di cuenta de que tenía la palma de la mano derecha sobre unos pliegues en la sábana bajera de la cama. Me desperté muy inquieta. Miré el despertador. Las 5.14. Pensé en Pablo.

Había vuelto a tener aquel sueño, otra vez, y era absolutamente perturbador.

En mi pesadilla Pablo era un bebé de pocos meses y yo volvía a ser una madre joven, pero los escenarios variaban. A menudo sucedía en un lugar desconocido que, sin embargo, yo sentía como mi casa. Solía estar rodeada de gente, una reunión incongruente de algunos familiares y varios amigos. En medio de una charla con uno de ellos, de repente me acordaba de que llevaba días sin alimentar a mi hijo. No le había dado de mamar, se me había olvidado por completo, ¿Cómo podía haberme descuidado?

Unas veces no sabía cómo reaccionar. Solo sentía pura impotencia. Otras, como hoy, lo buscaba, acuciada, y no lo encontraba por ningún sitio. La gente (que pululaba por la casa o el jardín) me estorbaba, porque se quedaban atónitos cuando yo preguntaba por mi niño. Ni me contestaban, como si no existiera tal persona. Yo insistía: «Pablo, un bebé así», y separaba mis manos dos palmos, «¿no lo habéis visto?». Todos negaban con la cabeza, me miraban y cruzaban miradas fugaces entre ellos, sin hacer ningún comentario. Compadecido por mi desconsuelo, un hombre joven cedía con desgana y me ayudaba a buscarlo. Removíamos dentro de los armarios, retirábamos papeles que había sobre las mesas. Mi hijo no aparecía.

Algunas noches, aguzaba el oído para discernir su llanto, inútilmente. Otras, lo hallaba al fin: se había empequeñecido por las horas de ayuno. Le daba el pecho con prisas, conteniendo las lágrimas. Entonces mi niño se hinchaba por momentos, crecía, y yo sentía un leve sosiego.

En ocasiones, lo tenía a mi lado y súbitamente caía en la cuenta de que se estaba ahogando bajo su mantita amarilla, y la culpa me abrumaba, porque era yo quien lo había abrigado demasiado. Entonces apartaba la manta con prisas, antes de que la ropa lo asfixiase, él recuperaba la respiración poco a poco y se dormía plácidamente.

En las versiones más tristes del sueño, la gente había visto cómo Pablo se estaba convirtiendo en un embrión, mi bebé había ido

perdiendo el pelo y las piernas, y no me habían alertado. ¿Por qué no habían hecho nada? O peor aún: yo misma presenciaba esa regresión, inmóvil, como atada, y no comprendía qué me impedía actuar.

Pero esta noche la pesadilla había sido terrible. Abría una puerta tras otra. Habitación, cocina, trastero. Nada. Finalmente di con la cuna en un recoveco del estudio, plegué el arrullo y, buscando con agobio un pequeño bulto, presioné suavemente el jerseycito color verde manzana. Estaba fofo y se arrugó. ¿Lo habría aplastado yo misma? Angustiada, rebusqué bajo el jersey. No tocaba nada. Mi hijo tenía que estar dentro de la camisetilla, todavía llegaría a tiempo de darle de mamar. ¿Y si ya no le cabía el pezón en la boquita? El nudo de la garganta se me iba cerrando. Miré en el interior de la camiseta y la vi llena de clapas. Metí la mano con desesperación y rocé algo caliente y muy suave. Era él. Aún no se había enfriado. Lo empecé a sacar delicadamente, con la punta de los dedos, para no romperlo. Podía partirle un bracito o un pie, a mi niño.

Ya no tenía remedio. Mi bebé se deshacía al tirar de su piel. Se había momificado. En la palma de mi mano, unos cuantos pellejos secos.

Cuando conseguí despejarme, tomé conciencia de que estaba frotando los dedos entre sí.

Levanté la persiana de mi cuarto, hacía un día de primavera exultante. Las hojas habían llenado rápidamente las ramas de los plátanos y el cielo se veía casi añil. Pero la pesadilla me había dejado una sombra en el fondo de la cabeza.

¿Por qué Sam había sido tan exigente con la presentación de Pablo en la universidad y en cambio la noche en que nos convidó a cenar dijo que los estudios universitarios eran inútiles? «An awful waste of time»[66], fueron sus palabras textuales. Proclamaba que donde se aprendía era haciendo turismo por el mundo, aunque ella había cursado un grado. Y alguna motivación tendría para estar ahora liada con asignaturas de postgrado. Lo cierto era que ya le había oído antes cantar las alabanzas de los nómadas digitales y los *influencers*.

En realidad, más que sus contradicciones, me preocupaba que persuadiese a Pablo de dejar los estudios, porque él ni siquiera había acabado la carrera. Si le hiciese caso a Sam, se quedaría con un simple título de Bachillerato; sin oficio ni beneficio, como decían antes.

Abrí la ventana, el zureo de las palomas en la copa de los árboles me tranquilizó durante unos instantes. Tal vez esa forma de denostar la universidad de Sameentha era solo una manera de hablar, y surtía efecto en Pablo porque lo liberaba de la presión del estudio. En el fondo se trataba de una de esas modas esnob que habían corrido entre los hijos de las clases pudientes desde tiempos inmemoriales, solo hacía falta recordar a los *hippies*. No obstante, lo que me tenía

desasosegada era que estaba calando en mi hijo. En Pablo, que había sacado siempre sobresalientes. Incluso hablaron de dedicar un año entero a hacer turismo por Asia y América. ¿Y realmente tenían idea de pagárselo a base de esos empleos precarios?

Busqué mi batín blanco entre la ropa amontonada en la banqueta y me lo puse sin abrochar. Me desconcertaba la transformación tan brusca y tan tajante que estaba experimentando mi hijo. Como el hecho de comer con las manos. Es verdad que Sam nos había servido comida india, pero él estaba adoptando las tradiciones de ella y renegando de las suyas, como si se hubiese rendido a lo exótico por completo. Y yo no le encontraba mucho sentido: ¿hasta qué punto esas eran costumbres de Sam realmente?

Entonces me senté en la banqueta para aclararme las ideas. Acababa de descubrir que ahí residía el quid de la cuestión: en la sensación de ambigüedad que Sam me transmitía. Vestía tendencia *boho chic* y sin embargo no usaba cubiertos, menospreciaba el velo al tiempo que utilizaba dioses indios en sus juegos. Pero no daba la impresión de andar perdida en absoluto, se veía muy segura de sí misma.

En la percha, detrás de la puerta, colgaba ahora el mismo conjunto que me puse para la cena con Sam, y me trajo a la cabeza una imagen: cuando Sam entraba o salía de su cuarto aquella noche, parecía que pusiese mucho cuidado en mantenerlo cerrado. Claro que eso de «enseñar el pisito» era una antigua costumbre que ni siquiera muchos españoles practicaban ya.

De golpe mi batín blanco se me apareció como la bata médica, y yo misma como si estuviese realizando la anamnesis de Pablo. Ya bastaba: mi hijo no era un paciente, y yo era solo su madre. Salí del dormitorio.

La luz del flexo de Nina asomaba por debajo de la puerta. Por fin estaba enclaustrada en su cuarto, y le dedicaba unas horas al estudio.

Pasé por delante del de Pablo. Sobre su mesa había una libreta gruesa. Me acerqué a ver lo que era, tenía el aspecto de un cuaderno de anotaciones, estaba tapizado con una tela muy femenina y tenía un marcapáginas de seda. Se lo habría dejado Sam. Un momento. Tal vez en esa libreta estaba la respuesta a mi mayor duda, si realmente estaban haciendo planes para abandonar los estudios y marcharse. Dudé unos segundos con la vista fija en el cuaderno.

No podía consentir que mi hijo arruinase su carrera de informático.

Abrí aleatoriamente y reconocí la letra de Pablo, «18 de marzo». Estaba escribiendo un diario. Un diario. Nunca antes lo había hecho. Por la fecha que figuraba en la página Sam estaba en Bristol. De hecho, tardó un mes en venir, ¿por qué pasaban tanto tiempo sin verse?

Decidí leer solo un párrafo: «*It was weird.*[67] Nunca lo había probado mirando un video de gays. Fue divertido de todas formas, ¿no? Y muy ocurrente tu propuesta para ese naipe. "Asvins, el dios del matrimonio y la fertilidad"».

La entrada de diario no me daba pistas sobre sus intenciones, pero sí más detalles sobre la baraja. «¿Te acuerdas de lo que escribiste, Sam? A las nueve de la noche, enciende unas velitas y repártelas por tu cuarto. De seguida conéctate con *YouPorn*. Mientras observas a dos varones copulando, desnúdate por completo y date placer. ¿Y tú qué, cuerpazo? Ahora no disimules, que me confesaste que le diste al *replay*... Pienso en ti y me enciendo, Sameentha, *sweetheart. I love you so naughty, Sammy*».[68]

¿Dos hombres? ¿Habría otra carta combinada con sexo lésbico? Miré alrededor en busca de la cajita azul. ¿Y con una pareja hetero? Lo único azul eran los toldos de la finca de enfrente.

Bajé la vista al diario y se me fue al pie de página. La caligrafía cambiaba, debía de ser la letra de Sameentha. «Well done, boy! You did your homework».[69] Deduje que Sam había leído su entrada de diario sobre esa masturbación telemática, cuando vino a Barcelona para su presentación de proyecto, y le había felicitado por escrito. ¿Pero quién era ella para ponerle nota por lo que hacía? Seguí leyendo. Le prometía una noche de sexo indescriptible por haber cumplido con las instrucciones de la baraja.

No. Ni pautas ni naipes, ¡aquello eran órdenes y eran de Sam! Me quedé mirando por la ventana, con la vista perdida. Aunque fuese parte de una liturgia, ese componente de obediencia en la relación entre Pablo y Sam no era admisible.

Afuera los plátanos estiraban ahora largos brazos envolventes, dedos deformes, uñas retorcidas.

Me dio una punzada en la sien. Nina. Nina estaba allí. Ella era joven y tendría otra interpretación de aquello. Le di una voz.

—Pero, ¿qué pasa, mamá? Que son las siete de la mañana, creía que estabas durmiendo.

—Mira lo que escribe tu hermano en su diario, haz el favor. Lee donde está el marcapáginas, el día 18.

—¿Diario? ¿Pablo?

Noté una contractura en la espalda y me senté en la cama. Intenté releer de reojo, en silencio, pero las letras me bailaban.

—¿Qué es esto de «Asvins»? Le manda mirar porno y luego lo felicita por hacer lo que le ha dicho. ¿Y Pablo acepta eso? No, si ya lo digo yo, que los hombres tienen el cerebro entre las piernas.

—No es solo eso, Nina. ¿Te has fijado en que tu hermano come con los dedos? ¿Y oíste la noche de la cena en su piso? Pablo repetía que su carrera no tenía ningún valor, él que ha sido siempre un lector

compulsivo, y tan curioso. Si hasta andaban hablando de dejar los estudios un año entero.

—Eso se llama año sabático, mamá. Yo también me lo cogería, si pudiese. Aquí lo que sucede es que Sam tiene un carácter más fuerte y lo lleva por donde quiere. Ya hablaré con él en plan colega, a ver qué más le saco. De aquí a unos días, cuando estemos los cuatro de vacaciones, *¿ok?*

—Mira, hagamos un trato. No me voy a chivar de que has estado fisgoneando, ¿vale, so cotilla? En compensación tú dejarás de preocuparte, latosa. Que ya no somos tus cachorritos, anda. —Nina se agachó, me estampó un largo beso en la mejilla y volvió a su cuarto. Esa niña era una calamidad en los estudios, pero cariñosa como nadie —.

Me tendí sobre la cama de Pablo, y justo enfrente vi el rostro de Sam sobre la pared amarilla. Prefería no contarle a Nina lo del foro ni la escenita en la terraza del apartamento, y mucho menos la exploración que me llevó a encontrar un surtido de productos de *sex-shop*. Si no, empezaría a desconfiar de mí. Nina odiaba que la controlasen, y yo necesitaba su complicidad. Porque algo me decía que la relación de Sam con mi hijo no era del todo normal.

---

66 Una pérdida de tiempo absoluta.
67 Me sentí raro.
68 ...., cariño. Te quiero tanto, Sammy.
69 Buen chico. Hiciste tus deberes.

19

Finales de abril

El balcón de la primera planta del hotel se asomaba a un impresionante acantilado. Hacia el horizonte, el azul turquesa del agua se apretujaba y acababa venciendo a su transparencia. En la base del desfiladero, se abrían dos arcos profundos en la roca. Encima, una pelusa alargada de pequeños arbustos cubría la tierra, por lo demás pelada, como un primitivo rostro cejijunto que emergiese del mar. Le di al *play*.

«Here I am, Sam».[70] Estoy aquí en Cerdeña, sin ti, no sabes cómo te añoro. Lástima que tengas esos exámenes. Pero tú podrás ver esta pasada de paisaje a través de mis ojos, y hasta oír el graznido de estas descomunales gaviotas. En cuanto grabe el vídeo te lo envío por *mail*. ¿Has visto la boca de aquellas cuevas? ¿Piensas lo mismo que yo? Ahora mismo podríamos estar haciendo el amor adentro como posesos, o entre esos arbustos de romero que crecen sobre las grutas. ¿Los hueles? «Just thinking arouses me».[71] Estoy sudando, supongo que es el calor. Es el calor, no te rías, Sam.

Te desabrocharía la blusa, aquella roja de viscosa transparente que alguna vez te has puesto, y subiría por tu cuello con la punta de la lengua y recorrería el contorno de tu barbilla. «Sa-meen-tha, mint», dientes de menta. Nos desnudaríamos y echaríamos la ropa en un montón. Si hubiese algún mirón alrededor nos convertiría en el centro del universo. Solo importamos nosotros, que les den.

Luego acariciaría tu sexo húmedo. Y al acabar, te subirías sobre mí y te mecerías, en pequeños círculos, lentamente, dándome a lamer las yemas de tus dedos. Entonces me harías chuparlos hasta los nudillos, y yo te acariciaría toda, con los rayos del sol poniente cálidos sobre tu espalda.

Mira, hay un velero anclado en la cala. Los tripulantes están tomándose una copa. Si tú estuvieses aquí, los saludaríamos, compartiríamos nuestro placer con ellos, ¿por qué no? Pero el placer nos devolvería a nosotros mismos y, de pronto, mis manos perderían tus pezones brunos con las sacudidas de mi deleite. Te arrastraría hacia mí, «with your love handles»,[72] me encanta esa frase hecha. Dejarías colgar tu cabellera arqueándote hacia atrás, buscando el punto exacto, ese que te quema. Y temblarías una vez más. Y otra. «A creature born for pleasure».[73] Eso es lo que eres, una diosa del amor. Eso eres para mí, Sam.

Fíjate. Un cormorán se acaba de lanzar al agua y ha salido al instante sacudiéndose las gotas de sus alas, con una dorada agitándose en su pico.

Voy a cortar, tengo prisa por que veas todo esto. Y más tarde lo apuntaré en el diario.

—¿Con quién hablas, Pablo? ¿Estás grabando el acantilado?

—Ya no.

Vaya susto que me había dado mi madre. Parecía omnipresente.

—¿Hay wi fi en el hotel?

—Claro. Toma la llave de mi habitación. 312, ¿te acuerdas? ¿Me traerás el móvil cuando vuelvas? Pero espera, que no has comido nada hoy, te he traído un trozo de coca…

Subí al ascensor pensando que a veces mi madre actuaba como si creyese que su función en la vida era cebarnos. Y mi hermana, que no paraba de quejarse de que hacía vídeos para Sam, como si su misión fuese velar por mi vida amorosa. Ni en lo más remoto de la imaginación de Nina cabía nuestra pasión.

Iba a conectar la cámara cuando vi que en el móvil de mi madre aparecía un WhatsApp y me saltó a la vista el nombre de Eduardo. Tecleé su código.

Hola Emma,

He estado reflexionando sobre el asunto de Sameentha (aquello que me planteaste durante ese almuerzo en las Ramblas), y creo que el tipo de propuestas que contienen esas cartas no se corresponden con ninguna ceremonia. Hasta donde yo conozco, como mínimo. Ni hinduista, ni budista ni de ninguna secta. Más bien parecen parte de un juego. Así que no te calientes la cabeza, Emmy. Seguro que ella también acepta otras propuestas de tu hijo. Ya te digo yo que esta generación de los videojuegos fantasea con cosas que a nosotros no se nos ocurrirían ni en mil y un años. Tranquila, mujer. Y disfruta, que ya te he citado unas docenitas de mis pacientes para cuando regreses y yo esté haciendo couchsurfing *en Camboya ;-)*

Edu»

Pero, entonces, mi madre había llegado a leer instrucciones en la baraja. Y hasta consultó a su compañero. Qué plasta era. Y mira que sospechar que practicamos algún culto oriental, vaya tontería.

Un juego. Pues claro que jugamos. A juegos deliciosos.

---

70 Aquí estoy, Sam.
71 Sólo pensarlo ya me excita.
72 Con un suave pellizco.
73 Una criatura nacida para el placer.

20

Le había mojado todos los pantalones. Estaba entretenido mirando los bancos de pececillos a través de un agua cristalina, me decía que veía montones de ellos, y cuando menos se lo esperaba, yo me había quitado las botas de *trekking* y los calcetines y comencé a salpicarle con los pies desnudos.

Brian y yo nos habíamos acercado al lago Llyn Llydaw, y nos habíamos comido unos sándwiches de salmón ahumado con mantequilla para almorzar. Estábamos alquilados en una cabaña en Snowdon durante el fin de semana, en un paraje donde solo escuchábamos el cencerro de alguna oveja. Un entorno bastante menos intelectual que el del Cardiff College, donde se suponía que deberíamos haber asistido a varias ponencias —a las cuales ciertos alumnos estábamos invitados en calidad de postgraduados durante un *retreat*[74] de Arquitectura—. Y tampoco me perdía nada lejos del *pub* —donde habría aguantado las tabarras que pegaban los *scholars*[75] en cuanto se tomaban una sola cerveza—, de las noches de discoteca y de sus bailes de cerebros con patas.

Ese sábado habíamos amanecido de suerte, porque hacía veinte grados. Claro que en Barcelona había un anticiclón de puta madre, pero Pablo me tenía cabreada desde el desastre de su presentación y yo no tenía intención de volar a España.

Brian me persiguió unos pasos saltando sobre las losas de la orilla hasta que me sujetó por la cintura de mis tejanos. Yo lloraba de risa. Forcejeamos y consiguió que me volviese hacia él. En revancha por la ducha que yo le había dado, me pasó la barba por la nariz, como si quisiera pincharme. Llevaba la camisa a cuadros algo desabotonada y a mí me ponía enredarme los dedos en el vello de su pecho. «Esto que acabas de hacer —murmuró entre besos— te va a bajar la nota de tu asignatura, que lo sepas, chiquilla incorregible».

Después me soltó y me dijo que tenía ganas de andar un poco para estirar las piernas. A mí el excursionismo nunca me había interesado ni un pelo, así que le contesté que lo esperaba allí mismo, que no necesitaba cargar con su mochila, que me la dejase.

Me la puse de almohadón, encendí un cigarro y me recosté sobre la hierba blandita antes de que el sol se ocultase tras un macizo y empezara a refrescar. Saqué el móvil de Brian de un bolsillo exterior, introduje la contraseña y repasé sus notas. Efectivamente, había hecho los deberes. Lo devolví a su sitio. Aproveché que aún estaba escalando para abrir mi iPhone 7 Plus y revisar los mensajes.

Me había escrito Darcy. Grabé un mensaje de voz y la puse al día, sobre Brian y sobre mi último viaje relámpago a Barcelona. Entonces me fijé, un nuevo correo de Pablo. Pobre chico, de vacaciones con los padres, *what a loser!*[76] Ya me encargaría yo de que fuese el último vuelo con ellos.

Lo abrí y lo que había adjuntado era un vídeo. Otro más. Me estaba llenando la memoria. Escribía continuamente, como si temiera disfrutar sin que yo estuviese a su lado. Qué colgado lo tenía.

Puse el móvil en horizontal. Definitivamente, Cerdeña era un sitio que yo tenía que visitar. Aunque lo más atrayente no eran las vistas. Me había acercado el móvil al oído, y lo mejor de todo era la película que se estaba montando Pablo.

La verdad era que me había excitado un montón, así que me incorporé y miré hacia la cima del montículo buscando a Brian. En ese momento una pareja lo adelantaba y él me hacía señas con los dos brazos.

Ya estaba tardando. Le respondí saludándole y subiéndome la melena hacia arriba, me la recogí en un moño y me masajeé el cuello. Brian miró un segundo hacia los excursionistas y empezó a recorrer la pendiente a largos pasos. Estos maduritos casados pasaban mucha hambre, me lo decía mi experiencia. *No problem,* yo lo iba a saciar. Y a saciarme.

Escribí una respuesta rápida.

From: Sameentha Narasimhan <sam33n7a_94@gmail.com>

Sent: 4/25/2017 8:02 pm GMT 00:00

To: Pablo Tornero <pablo.tornero@gmail.com>

Subject: *Miss u*

I miss you too, Pablo.[77] Y aunque no pueda ser en Cerdeña, estoy dispuesta a que compartamos nuestros cuerpos con todos los turistas que tú quieras. ¿Qué tal un discreto misionero entre las barcas en la playa de Sitges? O un cortometraje *16-rated,*[78] arropados por las encinas del Montseny. Tú eliges, *little Paw.*[79]

xxxx

Sam

Las primeras gotas de lluvia, gruesas, tamborilearon en la mochila de Brian.

Send. Done.[80]

Unas manos se posaron bajo el escote de mi jersey. Brian me había cogido por sorpresa, se había puesto de rodillas tras de mí, y ahora iba deslizando las palmas poco a poco y abriendo los dedos. Su dedo corazón encontró lo que ansiaba. Aplasté la colilla en la turba mojada, expulsé el humo y eché la cabeza hacia atrás. «What are you supposed to be doing, darky?»[81] Me contestó pasándome la lengua por el dorso de la nariz. «Vámonos ya. *I can already hear the water running.*[82] Le voy

a dar un baño de sales calentito a mi musa».

Darky me pondría una A, fijo.

---

74 Congreso.
75 Académicos.
76 ¡Que perdedor!
77 Yo también te echo de menos, Pablo.
78 Para mayores de 16.
79 Pequeño Zarpa.
80 Enviar. Hecho.
81 ¿Qué se supone que haces, moreno?
82 Ya oigo el agua correr.

21

Los niños se iban chutando la pelota, con sus chándales estampados de pegotes de arena del parque. Nos habían atrasado la hora, se alargaba el día y yo intentaba distraerme en mi terraza siguiendo sus movimientos, pero era imposible. No me quitaba de la cabeza nuestra estancia en Cerdeña.

Durante aquellos días, Pablo no comió prácticamente nada, solo se dedicaba a grabar videos para Sam. Al final comprendí la dimensión de lo que estaba presenciando: mi hijo miraba el paisaje a través de los ojos de ella, no por ni para sí mismo. Y la tarde en que me acerqué a él en la balconada del hotel, al volverse hacia mí, tenía los ojos sin expresión. Su mirada. Esa mirada vaciada me arrancaba las entrañas.

Toda esa semana Pablo había llevado suspendida en la cara una sonrisa bobalicona, ausente, como si (en lugar de acompañarnos una persona) hubiésemos embarcado en el vuelo desde Barcelona a una marioneta. Como si por un agujero en la nuca una mano invisible le diese y le quitase la vida. Y según pasaban los días adiviné a quién pertenecía esa mano. Era Sam la que abría y cerraba sus ojos en cada gesto, quien dejaba caer su mandíbula partida a ambos lados de la boca.

Ni siquiera a miles de quilómetros, ni siquiera situados en otro escenario, habíamos logrado devolver a Pablo a su ser. Ese no era mi hijo, sino apenas su cuerpo. Mi hijo no estaba allí.

Y la cosa no se quedó ahí. A la vuelta de Cerdeña, cada noche él bajaba a la avenida delante de casa, a la hora de la cena, para hablar con Sam por teléfono. Temería que no volviese a Barcelona a causa de su enojo tras la presentación de su trabajo, que ella había calificado de fiasco total.

Por si esa dependencia fuera poco, cuando por fin Sam regresó de Bristol, automáticamente Pablo se mostró todavía más distante —si cabía— con nosotros. Era como un desgarramiento que yo percibía cada vez que ella estaba cerca. Por el contrario, Sameentha, como si pretendiera enmascarar su influencia, en esta visita se comportaba con bastante corrección, en ocasiones incluso era cordial.

Ese anochecer de primavera, esplendoroso a pesar de todo, andaban los dos por casa, preparándose unas bolsas de deporte con los patines en línea, rodilleras y guantes para practicar por la Diagonal.

Aunque me quedaban pocas páginas para acabar de leer mi novela, se me iban los ojos hacia la luna, que nos iluminaba a través de un aire nítido, suspendida en medio de un cielo completamente

despejado. Entonces caí en que ya eran las ocho y media y no tenía más remedio que ponerme a descongelar para la cena.

Al llegar al umbral de la cocina, que estaba a oscuras, la imagen que se me presentó me dejó totalmente inmóvil. Al fondo, al lado de la puerta del lavadero, estaba Sam de pie, de perfil. Llevaba un jersey *oversize, shorts* y unas medias agujereadas. Se apoyaba con una mano en los azulejos. Por un instante no comprendí qué hacía allí, quieta y sola, pero doblé la cabeza y distinguí el contorno de la figura de Pablo agazapado. Había puesto una rodilla en el suelo y se inclinaba hacia ella.

Al aguzar la vista me di cuenta de lo que estaba haciendo. Tenía el pie de Sam en su rodilla y estaba atándole los cordones de la bamba. «Ah, estáis ahí, no os había visto», dije para justificar mi perplejidad y rellenar el silencio. Porque lo que estaba pasando por mí, lo que seguramente se reflejaba en mi rostro, no era solo la incomodidad de estar inmiscuyéndome.

«Come on, pussyhole!»,[83] lo azuzaba Sam, que levantaba la barbilla hacia mí. No me había saludado siquiera, y sonrió satisfecha. Era una sonrisa sardónica. Retiró ese pie, adelantó el otro pie en el suelo hacia Pablo y él se agachó más para atarle la otra zapatilla.

Yo fingía buscar el interruptor mientras pensaba en el apelativo humillante que Sam le acababa de dirigir a mi hijo y dudaba de si habría salido de él atarle las zapatillas como una forma de galantería. Imposible, no era su estilo, y la gente joven ya no hacía esas cosas. ¿Se lo había pedido Sam? Estaba sana y ágil, no se me ocurría un motivo. Ella parecía complacida**,** como quien merece veneración y la recibe a menudo. En ese caso, ¿lo había obligado, y era otra norma más de su manual de abducción?

—¿Qué estás haciendo, Pablo? —La pregunta se formuló sola en mi boca, al tiempo que encendía la luz. Ni siquiera me detuve a pensar en que Sam me estaba oyendo—.

—Nada. Vete de aquí. —Me costó identificar a mi hijo en esas palabras y por un segundo ni me moví—.

Inmediatamente me refugié en mi habitación. Me senté en la cama y fijé la vista en un rasguño de la pared. En aquellos momentos apenas era consciente de las ideas que se entrechocaban en mi cerebro, de las razones de mi consternación.

Al cabo de unos minutos comprendí que la postura de Pablo (que a otras personas les podría parecer hasta natural) y la forma en que ella lo presionaba —con ese vocabulario prepotente—, para mí, confirmaban todo lo que había intuido hasta entonces, aunque no sabía explicar por qué. Aquellas palabras eran más altisonantes que el bochornoso sermón que Sam le echó a Pablo en público el día de la exposición oral de su proyecto. Eran palabras más gráficas incluso que

lo que se deducía de su diario: que mi hijo realizaba sexo a la carta —nunca mejor dicho— para recibir la aprobación de ella.

La reverencia de Pablo estaba llena de connotaciones. Nada indicaba que no pudiese haber sido él quien elegía ese rol. Pero a mí aquella genuflexión se me aparecía como la representación perfecta del sometimiento de él por ella. De un sometimiento más profundo de lo que yo había alcanzado a concebir hasta ese día.

Oí un portazo. Me acodé en la ventana y vi que se alejaban cogidos de la cintura en medio de la noche, la luz de las farolas brillándoles en el pelo. Los gritos de los niños ahora provenían de la planta de arriba. La avenida estaba en calma, solo algunos paseantes de perros. Noté los ojos húmedos. Me pesaba el pecho.

Pablo nunca me había tratado con esos malos modos. Yo sabía que había reaccionado así por ofuscación, porque lo había pillado in fraganti recibiendo un trato que él mismo reprobaba. Que él mismo no se agradaba en esa tesitura y, involuntariamente, su madre le había hecho de espejo de su gesto de sumisión.

Respiré hondo. Me acordé de la respuesta de Micó. Le daría las gracias a mi compañero y dejaría las cosas ahí, aunque estaba convencida de que la baraja de Sam ya había cumplido su cometido, de que la situación de mi hijo era ya mucho más degradante de lo que le insinué a Edu. La prueba eran actitudes tan estremecedoras como las de Pablo en nuestro viaje juntos, donde se condujo como si fuese su propio espectro. Y ahora esto.

Necesitaba asimilar lo que estaba sucediendo, masticarlo. Otro día, con más serenidad, lo consultaría con Lucas y con Nina, que conocían a Sameentha en persona. Mejor otro día.

---

83 ¡Vamos, no seas pluma!

22

A mediados de mayo

Había sido una tarde inolvidable, antes de que Sameentha regresase a Bristol. Sam patinaba a zancadas largas, como una profesional, por el carril bici, al lado de las encinas y de las palmeras barbudas de la Diagonal, enseñando sus piernas musculosas, y de vez en cuando se colgaba de mi cintura para que la arrastrase, como hacía yo de pequeño con Nina. Así recorrimos toda la avenida hasta los jardines de Pedralbes, mientras Sam me pedía que le hiciera fotos para colgar en su cuenta de Instagram. En los jardines le compré un helado de fresa y nos tiramos en la hierba fresca y mullida.

Ahora yo estaba aquí, encerrado en mi dormitorio todas las tardes, delante de los apuntes de Tecnologías de Desarrollo, intentando inútilmente concentrarme y restando los días que quedaban para la vuelta de Sammy. Ya no sabía vivir sin ella.

El sábado siguiente la recogería en el Clio y quizá ni nos moveríamos del *parking* del Prat en toda la mañana. Una mantita, mi chica y yo, no necesitábamos más. Y si me apuraban, ni la mantita.

Nos estaba imaginando en el asiento trasero, yo sentado, con sus muslos rodeando mis caderas cuando sonó el móvil. Eran las once y media de la noche y los compañeros no solían llamar, enviaban mensajes. Tenía que ser ella.

Su voz se oía entrecortada. Me dijo que estaba en la sala de espera de urgencias de un hospital en Bristol. El corazón me empezó a bombear a doscientos por minuto. Solo pudo contarme que tenía una fiebre altísima y la comunicación se cortó.

Me puse histérico. Marqué su número tres veces y me saltaba el contestador. Sería un fallo en las comunicaciones, yo sabía que ella no podía estar conversando con nadie más en un momento como ese.

Le mandé un SMS: «Sam, dear, call me ASAP, whatever is happening».[84]

Por fin me cogió el teléfono. Me dijo que le habían hecho una radiografía y que estaba esperando resultados, que tenía que colgar. No tuve tiempo ni de pedirle que me llamase en cuanto le diesen el diagnóstico.

Corrí al estudio y le expliqué a mi padre que Sam estaba en el hospital y que necesitaba encontrar un vuelo a Bristol urgentemente. Me contestó que me tranquilizase, que atendiese al móvil mientras él compraba un billete de avión.

Un par de minutos después Sam telefoneó. Estaba llorando. Le había dicho a sus padres que les llamaba desde "Emergencies", pero reaccionaron como unos impresentables. Le respondieron que tenían que entregar unos pedidos y no podrían salir de Londres hasta el viernes por la noche.

—¿Qué? ¿Te dejan ahí sola? ¡No me lo puedo creer!

De nuevo se interrumpió la comunicación. Me puse a comprobar toda la configuración de mi móvil. Sonido, a tope. Batería, cincuenta y ocho. Empecé a eliminar aplicaciones.

Mis padres estaban discutiendo: ella cuestionaba la gravedad del estado de Sam y se quejaba de que la estaban agobiando sus llamadas continuas. Él le pedía que tuviese paciencia, le recordaba que ellos también hablaban cada día cuando él pasó un año fuera, de lectorado. Me ofendió el escepticismo de mi madre, y pensé que actuaba como una neurótica.

Habían pasado cinco minutos y todavía no sabía nada. Le envié un WhatsApp. «Sammy, por favor, hay problemas con tu móvil. Llámame desde un fijo».

Esperé durante un buen rato. Por fin me contestó. Me explicó que había estado vomitando y que le habían puesto un gotero para que no se deshidratase. Debía de estar en una habitación compartida y la otra paciente tendría visita, porque oía gente bromeando. Ella se encontraba muy débil. Le prometí que estaría con ella antes del amanecer.

Mi padre seguía buscando un pasaje en cualquier compañía *low-cost.* Me indigné con él, ¿cómo podía estar preocupado por los precios en una circunstancia así? Le dije que me encontrase cualquier cosa, en cualquier compañía.

Entonces recibí un SMS. «My head's blowing up, Pablo».[85] Colgó y me eché a llorar de impotencia. Busqué desesperadamente hospitales de Bristol en Google para contactar con ella. Había demasiados. St. Michael's Hospital era una maternidad, descartado. Weston General Hospital estaba fuera de la ciudad. ¿South Bristol Community Hospital? Bristol Royal Infirmary era el mayor, el más céntrico y universitario, conociendo a Sam tenía que ser ese. Marqué el número. Grabación de la centralita, en espera. Por fin una voz humana me atendió y pedí que me pusiesen con ella. Repasaron la lista de pacientes y me dijeron que no figuraba nadie bajo ese nombre, que tal vez no se había realizado aún el ingreso oficial.

Se me ocurrió que también podía coger un tren de alta velocidad, pero tardaría más de doce horas y mientras tanto Sam estaría completamente sola. La telefoneé. Esta vez me cogió enseguida, aunque su voz era casi inaudible. Le pedí que buscase a algún amigo que la acompañase mientras yo llegaba, ella apenas alcanzaba a

contestarme. Cuando corté, me vine abajo totalmente.

Vi a mi padre detrás de mí y me enjugué las lágrimas. Por desgracia, no había ni un solo pasaje hasta la mañana siguiente. No había forma humana de llegar a su lado y eso me estaba destrozando los nervios.

Conseguí hablar con Sam de nuevo.

—*I'm connected to an oxigen tank*.[86] A partir de ahora no voy a ser capaz de ponerme al teléfono. He tenido que retirarme la mascarilla para decirte esto. Me han diagnosticado neumonía bilateral.

—Yo no consigo ni un solo billete de avión. Por favor, mantenme informado. Estaré ahí tan pronto como pueda, Sameentha, te lo prometo.

Me acerqué al estudio y mi padre me había reservado plaza en un vuelo que despegaba del Prat hacia las doce del mediodía siguiente.

Ya era de madrugada y todavía no había podido pegar ojo. ¿Qué haría mi Sammy tan sola en aquel hospital? La visualicé en la habitación, con una vía en el interior del codo, su rostro medio tapado por la máscara, los ojos cerrados y el pelo revuelto. Pálida y sola. Era definitivo, no volvería a soportar aquello. Ahora que ella había decidido proseguir sus estudios y habíamos pospuesto el año sabático, encontraría un empleo cerca de ella. Me era indiferente de qué tipo.

A las siete de la mañana ya me estaba preparando la maleta y me entró un mensaje. Era Sam. Habían logrado bajarle la fiebre y ya le habían retirado la máscara de oxígeno. Me decía que no valía la pena que fuese, ya que tenía fechas de entrega de mis asignaturas, y que su amiga Darcy la iría visitando mientras estuviese ingresada. Que además ahora no podríamos estar juntos y, en cuanto se recuperase, ella misma se desplazaría a Barcelona.

De repente me dio vueltas la cabeza, probablemente una bajada de tensión. Le escribí un último mensaje.

—Sam, cuídate, por favor. *Don't do this to me any more. You're my soul, and you know, my Sammy*.[87]

---

84 Sam, mi amor, llámame en cuanto puedas, pase lo que pase.
85 Me va a explotar la cabeza, Pablo.
86 Estoy conectada a una bomba de oxígeno.
87 No me vuelvas a hacer esto. Eres mi alma, y tú lo sabes, mi Sammy.

23

Me encendí el Marlboro Gold y di una calada. Bajaba de la facultad al centro por Hampton Road. Era un día fresco y crucé a la acera que tocaba el sol.

En el fondo, la otra noche me había dado un poco de pena, pobre Pablo, llamando cada cinco minutos. Pero era necesario poner las cosas en su sitio.

Yo había estado buscando una estrategia para hacerlo ya desde mi anterior vuelo de Barcelona a Bristol, porque aquel sábado en Pedralbes Pablo admitió que le había dado vergüenza cómo lo traté delante de su madre. Que estaba avergonzado, dijo. Un hombre de dos metros de altura por uno de espaldas pendiente de lo que opine su vieja, ¿dónde se ha visto? Como si esa mujer pintase algo en lo que él piense, diga o haga. Si le parecía, le pasábamos una relación de nuestras actividades. De todas. Con pelos y señales. Me imaginaba la cara que pondría Emma viendo a su niñito en ciertas posturas.

Además, ¿qué tiene de particular, que le meta prisa mientras me ata el nudo de los zapatos? Y si se ofende por una simple broma, ¿qué sacrificios podría esperar de él?

Me fui por Rupert Street para no pasar por la Royal Infirmary, qué asquito.

Justo aquella quincena asistía al tercer seminario sobre la sociedad heteropatriarcal al que me había apuntado en el segundo cuatrimestre. Como explicaban mis profes, «el mundo claramente continúa concediéndole la autoridad social al propietario del pene, aunque los hombres son incompletos, fundamentalmente vulnerables —existencial, psicológica, emocional y físicamente frágiles»—.

Nos moldeaban desde que nacíamos, elegían el color de nuestros vestidos, las familias de inmigrantes obligaban a trabajar a las niñas, como aquel déspota hermano de mi padre. Éramos víctimas de una opresión en todos los ámbitos de la vida. *Enough of that.*[88] Teníamos que darle la vuelta a la tortilla. Después de siglos de explotación de la mujer, había llegado nuestra hora. En adelante les tocaba a ellos vestirse para nosotras, ser nuestros criados, dedicar su vida exclusivamente a complacernos.

Y allí, en las primeras clases del seminario, fue donde mi idea comenzó a tomar forma. Se me ocurrió una estratagema para «atarlo corto» a Pablo, aunque esperaría a que pasasen unos días y me echara de menos, porque calculé que así me aseguraría la jugada.

And it had dawned on me, just like that![89] No existía nada que le

pudiese hacer sufrir más por mí que creer que estaba en peligro. Así que abrí Healthline, escogí una enfermedad con síntomas serios, que requiriese hospitalización. Y añadí una pizca de abandono familiar. Neumonía bilateral. Creo que me salió bien, hasta simulé que llevaba una máscara de oxígeno. Estábamos en el Old Duke, en nuestro rincón de siempre, y yo tenía que tapar el micro cada vez que gritaban los de la mesa de al lado, suerte que a nadie se le ocurrió sentarse al piano. Barnett y Cormac me iban inspirando entre mensaje y mensaje.

The truth is we had one hell of a time at his expense that night.[90]

Atravesé Rupert Street y estaba tan ensimismada en mis pensamientos que casi me empuja un tranvía, y al conductor no le sentó bien la sorpresa. «Are you crazy or what, lass?».[91] Lo malo de aquella noche es que casi nos pasamos de frenada. Creo que llevamos la actuación un poco lejos, porque lo difícil fue quitarse a Pablo de encima después. Hasta se había sacado un billete de avión, el muy inocente.

Por fin alcancé The Bearpit, estaba casi desierto, como siempre, solo unos niñatos jugaban a *ping-pong* y el dóberman de alguno de ellos saltaba de un lado al otro siguiendo la trayectoria de la pelota. Me senté en uno de los bancos de pícnic.

Seguro que ahora, cuando volviese a Barcelona, lo tendría a mis pies, literal y metafóricamente. Como un perrito faldero. Lo sentía mucho, a mí o me obedecían los tíos o los borraba de mi vida. Que los tenía en fila, esperándome. Si no, que le preguntasen a Cormac. O a Brian, que programaba «tutorías» conmigo cada semana. Aunque, a pesar de ser veinte años mayor que yo, no sabía quién tutorizaba a quién. Venga, sé honesta, Sam, siempre se aprenden cosillas de un doctor en diseño, especialmente si se ha pasado por la piedra a la mitad del alumnado. Eh, Darcy?

Formidable, la última sesión con Brian en su sillón ergonómico, con el cuerpo a rayas por las varillas entornadas del estor. Y qué pasada cuando me tapó la boca para intentar silenciarme porque el jefe de departamento llamó a la puerta del despacho. Justo en nuestro mejor momento.

Bueno, ahí estaban las dos tiendas. Entraría a Simply Pleasure, porque la mayoría de los productos de Prowler Bristol eran para gays. O también podría probar en Prowler esta vez, quizás encontrase allí la crema. Lástima que mi avión despegaba temprano en la mañana y se me había hecho tarde para acercarme a Saint Paul's. Haría esta visita a Pablo para comprobar el efecto de mi «enfermedad» y guardaría la crema hasta mi siguiente viaje a Barcelona. Entonces tendría listo el set completo para dar un paso más.

---

88 Ya era suficiente.
89 Y se me ocurrió, así, sin más.

90 La verdad es que nos lo pasamos en grande a costa de él esa noche.
91 ¿Estás loca o qué, moza?

24

Sonó el fijo. Me había sobresaltado. Lo miré desde el sillón. Apostaba a que a esas horas de la sobremesa sería propaganda de telefonía, así que tomé la firme decisión de no levantarme. Pero insistieron.

Era Daniel, un compañero de baloncesto de Pablo. Imposible no reconocer su voz porque llevaban toda la vida en el mismo equipo. Hacía semanas que organizaban una liguilla, no conseguía localizarlo en el móvil y me preguntó si estaba fuera del país. Le di una excusa: le dije que andaba sobrepasado con los exámenes y que le pasaría el recado.

Oí cómo del otro lado de la ventana cerrada frenaba el camión de recogida del vidrio reciclado. Eso significaba que eran aproximadamente las cuatro. Siempre hacía un ruido escandaloso.

Yo ya sospechaba que Pablo se reunía poco, si no nada, con los de baloncesto. Hacía un tiempo que llamaba «amigos» a los compañeros de programa de Sam y los consideraba tan íntimos como a los suyos (con quien había jugado, conversado y se había peleado durante toda su existencia). Yo me esforzaba inútilmente para ponerlos en valor ante él, a pesar de que —según Sam— una amistad era cualquier persona que acabase de conocer, como si el afecto se diluyese en una amalgama. Y lo que yo temía era que, revueltos en esa amalgama, los vínculos de Pablo con su gente fuesen perdiendo intensidad hasta borrarse de su memoria.

Me quedé observando el camión, que depositó el contenedor vacío en su lugar exacto y aceleró con un chirrido.

Amigos. Según Sam, una tal Darcy, amiga suya, había acudido al hospital donde la habían ingresado para hacerle compañía. Pero Pablo me contó que Sam no constaba como paciente, que el NHSS funcionaba fatal. Yo no me lo había tragado. Había sido un montaje de ella para tenerlo pendiente.

Desde el salón vi la puerta del dormitorio de Nina entreabierta. Se estaba echando la siesta y ni así había oído el teléfono, ni siquiera el camión. Había que ver qué sueño más profundo, el de esa chiquilla.

Era mi oportunidad de escuchar canción francesa mientras recogía un poco sin que ella me soltase los perros, aunque bajé el volumen por si acaso. Puse un cedé de Jacques Brel: ese hombre era un bálsamo para el alma, hasta me daba ganas de quitar el polvo a los muebles.

Todo iba bien hasta que Brel se puso a suplicar:

Laisse-moi devenir l'ombre de ton ombre,
L'ombre de ta main
L'ombre de ton chien…[92]

Aquellas palabras me resonaron en el tímpano como si fuesen las de un esclavo. Un amante pidiendo convertirse, no ya en la mano de su amada, sino en la sombra de su perro. Nunca le había dado importancia a esos versos, ahora me parecían una abyección.

Como lo de Pablo y Sam, que iba mucho más allá del típico caso de relación desequilibrada. Los castellanos antiguos decían que alguien «bebía los vientos por su amada». Pero aquí lo que sucedía era que esa chica le había sorbido el seso a mi hijo.

Entonces tomé conciencia de que todo, una canción, un recuerdo, una llamada, todo me estaba afectando hasta un extremo que ya no podía controlar. Como esa misma semana, en la consulta, con la última paciente de la mañana, una mujer de ascendencia india. Ella ya se había levantado para marcharse y yo, con el pretexto de que le había extendido una petición para planificación familiar, me puse a interrogarla sobre su opinión respecto a las relaciones de pareja: que si aceptaban el adulterio, que qué opinaba sobre las relaciones abiertas… La señora se me quedó mirando sin saber cómo responder.

Y aquella reacción no había sido mi único comportamiento extravagante. Si, por casualidad, pasaban un clip de Bollywood en la televisión, hacía *zapping ipso facto*. Y la misma agresividad sin sentido se me despertaba al cruzarme con cada joven indio o pakistaní cuando bajaba del metro en Drassanes y corría hacia el CAP en el Paralelo por las mañanas. Antes mi mirada se detenía con envidia en los dibujos y en la forma de los saris. Ahora esquivaba un Raval perfumado de aromas a especias, huía de sus colores rebosando en los sacos de comida a granel que pintaban las puertas de los comercios de amarillo y carmesí.

La espalda se me había llenado de minúsculas gotas de sudor, aunque el termostato marcaba diecinueve grados. Le di al *stop* en el mando y paré la música. Tiré la bayeta sobre el bufet, me metí en el estudio con la puerta cerrada, abrí la ventana y me conecté.

Escribí «abuse», en inglés, para abarcar más información. Me salían varias entradas en diccionarios y en Wikipedia de maltrato infantil. ¿Qué tal «abuso»? En español tenía más connotación sexual y, si algo caracterizaba la relación de Pablo con esa chica, era el gran componente erótico. Repasé los enlaces, sin éxito, ya que todos iban de pederastia.

«Domination». Mejor no seleccionar imágenes. Todo. Aparecían videoclips. Linguee. Facebook. Me fatigaba tanta información, o más bien la tensión, pero proseguí mi búsqueda. Entre los *links* de la cuarta

página resaltaba uno con la frase «Female Domination» en negrita. Cliqué.

En la foto, que ocupaba media pantalla, un hombre desnudo de perfil, sentado sobre los gemelos, se doblaba hacia el suelo con la cara cubierta por los brazos estirados y las palmas unidas en posición de oración. Una chica vestida, apoyada en una mesa, mantenía las plantas de los pies sobre su espalda y miraba a la cámara. Me chocó la imagen por la actitud de los dos personajes. Bueno, tenía que haber de todo, pero hasta donde yo sabía el dominio de Sam no llegaba a lo físico. De todas formas, empecé a leer el texto.

«La supremacía natural de las mujeres es la clave para entender todos los deseos masculinos de ser dominados y gobernados por el género femenino.

Sumemos a esa evidencia la constatación de que el coito no nos produce orgasmo vaginal a la mayoría de nosotras. Por consiguiente, para obtener orgasmos clitoridianos no necesitamos al macho en absoluto. ¿De qué nos sirven los hombres, entonces?

Los hombres buscan el castigo corporal, que los forcemos a la feminización, que los humillemos y otras actividades de dominio. Quieren adorar a la hembra sometiéndose a sus necesidades físicas y sexuales. Ese ha de ser el hilo conductor de nuestras actividades».

¿Que los hombres anhelan someterse a las mujeres? Me preguntaba qué tipo de tarada habría escrito eso. Mi vecina del segundo primera se puso a tender la ropa en el patio de luces chorreando sobre la mía, lo que me faltaba. Cerré la ventana.

«Ellos se sienten débiles en vuestra presencia. Si potenciáis su servilismo con una vestimenta fetiche, con cierto vocabulario o con vuestra voz, tocaréis su naturaleza sumisa e indefensa. Si no os basta con eso, disminuid su ingesta de alimentos, interrumpid su sueño. Durante el tiempo que sea necesario. Pronto hallaréis al niño que hay en su interior suplicando ser entrenado y sancionado por vosotras.

Ese deseo de sometimiento es nuestra mayor arma. Podemos poseer un sirviente las veinticuatro horas del día. Basta con administrar nuestras habilidades. Dosificadles el contacto con vuestra piel. Ofrecedles vuestros pechos solo si han acatado vuestros mandatos. Negadles por completo vuestra vagina si no obedecen de inmediato».

Se abrió una ventana emergente anunciando antifaces y guantes, lila, rojo, con brillos. Ahí estaba. Aquellas exhortaciones a la tiranía concordaban con todos mis indicios, que —en aquel preciso instante— se unieron para encajar, como en un puzle. Sin ir más lejos, la felicitación que encontré en el diario de Pablo. Sam lo había estado premiando por seguir las pautas que ella había planteado en la baraja, en unas cartas que además tenían un claro carácter fetichista. La vejación que la web ensalzaba, en público —como la forma en que

ella trató a mi hijo el día de la presentación de su proyecto— o en privado (insultándole a la vez que lo obligaba a atar su calzado). ¿Y qué había de las llamadas continuas por las noches, como días atrás, desde un falso hospital en Bristol, que le impedían dormir? Por no hablar de la dieta que ella le impuso a Pablo y que lo había vuelto inapetente.

Guardé el enlace y me asombró que apareciese tal cantidad de *links* sobre lo mismo. Esa abominación era casi una corriente pseudo-filosófica, y su nombre ya estaba acuñado: «Dominación femenina».

Oí unos golpecitos en la puerta del estudio y me asusté. Nina estaba llamando con los nudillos, abrió poco a poco y asomó la cabeza. No encontré voz para contestarle. Se me habían saltado las lágrimas y me quedé cabizbaja.

—¿Qué ocurre, mamá?

Cogí el ratón y reabrí el primer enlace, le señalé la pantalla. Mientras ella leía, un montón de insultos me atravesaban la mente como dardos. Sam, *putain.*[93] Furcia. Jinetera. Por más que ese personaje, en apariencia, no usara su cuerpo para ganar dinero, sí lo hacía para obtener poder. *Mother of all whores.*[94]

—¿Lo ves, Nina? Enfermedades fingidas, insultos. Esa chica es… ¿Cuál es la palabra para nombrar a esos locos que carecen de cualquier escrúpulo?

—¿Psicópatas?

—Eso es, una psicópata, Nina, de las que no matan. Por fuera. Está destruyendo la personalidad de Pablo, y solo para contar con un criado. O con uno más, no sabemos.

Nina se apoyó en la pared con los pulgares en los bolsillos de los tejanos. Siempre que algo la superaba adoptaba esa postura. Por unos segundos, se quedó en silencio. Tenía los ojos apagados.

—Seguro que es uno más, mamá, y aún estamos a tiempo. Ya verás.

Se aproximó y me secó las mejillas con el dorso de la mano. Después se inclinó y se quedó abrazada a mí.

---

92 Déjame volverme la sombra de tu sombra, / La sombra de tu mano / La sombra de tu perro.
93 Puta.
94 Madre de todas las rameras.

25

Veintinueve de mayo

Ese viernes era festivo en Gran Bretaña. Por eso fue Sam quien hizo una escapada para vernos con más tiempo.

Yo había estado sufriendo desde su ingreso, porque ella —sabiendo que se me acababa el tiempo para realizar varias entregas en la UAB— decidió pasar la convalecencia con la ayuda de Darcy. No era solo la chica más atractiva de la Tierra, también era una mujer de un gran coraje.

Aquella tarde me había puesto una camiseta que me regaló en Khajuraho para recibirla. Bajé del Clio en el *parking* exterior del aeropuerto y la calidez de la primavera me impregnó la cara y la piel de los brazos, era como un anuncio de su cercanía. Sin embargo, al salir de la puerta giratoria hacia el *hall* me enteré de que British Airways estaba teniendo problemas con el equipaje de los pasajeros.

Se me hizo de noche y ya me estaba inquietando, cuando por fin se abrieron las puertas correderas en Llegadas de la T2 del Prat. Sam soltó la maleta, me echó los brazos al cuello, dio un salto y me rodeó con sus piernas. La sostuve por las nalgas y la besé con ansia mientras le daba vueltas. Toda la gente a nuestro alrededor, la cafetería, las tiendas desaparecieron durante esos segundos. El mundo éramos Sameentha y yo.

Arrastré su maleta camino del *parking* y ella no paraba de hablar, henchida de energía. Estaba totalmente recuperada y me quedé más tranquilo.

Fue un fin de semana único. Pasamos el sábado por la montaña de Montjuic, viendo vistas, y esperé a la comida —un simple cucurucho en el restaurante del castillo, con Barcelona a nuestros pies— para anunciarle que me habían ofrecido un empleo por nueve meses en Inverness. Puse mucho énfasis en que, con la crisis y el Brexit, no había sido una tarea fácil conseguirlo, para que supiera cómo me había esforzado. Sam no reaccionó con tanta alegría como yo esperaba, se lamentó de las malas comunicaciones en tren con Bristol, pero me prometió que intentaría trasladar su expediente, ya que su beca no era de la universidad sino del gobierno.

Entonces contamos juntos las semanas que faltaban para firmar el contrato. Le había dicho que estaba hasta los mismísimos de pasarme la vida esperando su visita. Al poco rato Sammy ya se había contagiado de mi ilusión, y decidimos que nos buscaríamos una casita

de campo en las afueras de la ciudad y la decoraríamos por dentro como una *haveli*. Sería como recorrer nueve mil kilómetros con solo traspasar el umbral.

Por la tarde Sam aceptó entrar un rato al museo Miró. Solo porque es Joan Miró, me dijo, y es que no era nada aficionada a las exposiciones. Y ya de noche bajamos hasta el Born y nos tomamos unas claras y unos montaditos con atún —a Sameentha le encantaba el atún— en un garito de tapas muy especial, diseñado para sibaritas.

Al amanecer yo seguía despierto. Con el pensamiento dibujaba nuestra cama en la buhardilla de la casita, un gran ventanal por el que Sam y yo contemplaríamos el valle, el impresionante *glen*[95] de los escoceses. Las nubes escondiendo el sol y ensombreciendo el agua del lago con un gris profundo, y al cabo de unos minutos la luz apartándolas para pintar de azul marino una superficie rizada de olas enanas.

Me imaginaba penetrándola por delante y por detrás a la vez, llenándola, también de placer. Y veía la embriaguez en sus párpados cerrados y en la forma de deslizarse la lengua por los dientes. Me veía a mí recogiendo su saliva.

Sam quiso pasar el domingo de compras y la acerqué a las *boutiques* del puerto. No fue un día triste, como yo había temido, porque pronto nos volveríamos a reunir. Ella se iba a encargar de elegir nuestra casa en portales de inmobiliarias y de negociar el alquiler.

Compró tantos pares de zapatos que sabíamos que la obligarían a facturar, así que llegamos más pronto al aeropuerto. Miré la pantalla de Salidas buscando la combinación Bristol… «Retrasado», pero su avión salía puntual.

Nos despedimos delante del control de seguridad, con las piernas entrecruzadas, dijo que quería dejarme su «regusto» un ratito más, «for a little longer».

Mientras me decía adiós, del otro lado del control, sentí que todo se convertía en excepcional con Sameentha, como si lo tocase con una varita mágica. Cualquier cosa que se nos antojara, se hacía, sin más. El problema vino esa noche, durante la cena con mi familia.

Las noticias hablaban del caos aéreo provocado por el sistema informático de British Airways, confié en que Sam no hubiese tenido complicaciones durante la vuelta. Intervino el corresponsal del Reino Unido y se me ocurrió que podía ser una buena ocasión para soltar la bomba.

—Tengo un contrato en Inverness, de analista de datos.

—Pero... pero esa no es tu especialidad. Y en Inverness. Eso está lejísimos de Bristol. Y todavía no has acabado tu grado. —Mi madre era una ceniza de las que hacen historia—.

—Iré viniendo para los exámenes. —Se me quitó el apetito con la

tensión. —Necesitaría que me prestaseis unos tres mil euros para instalarme y para los gastos corrientes del primer mes.

—Entonces Sam se trasladará a vivir contigo, supongo.

No había esperado que Nina preguntase por cuestiones concretas, ella más bien estaba siempre atolondrada.

—De momento Sam sigue en Bristol, Nina. Allá tiene sus grupos de trabajo.

—Pero si no vais a vivir juntos, ¿para qué te mudas a Escocia? ¿No ves que es una tontería? Espérate al próximo curso.

¿Por qué me presionaba mi hermanita? Qué más le daba a ella. ¿Estaba haciéndoles la pelota a mis padres, en vez de ponerse de mi parte? Desde luego Nina no tenía el espíritu joven que me derretía en Sam.

—Mira, Pablo. Nosotros te podemos prestar el dinero que quieras, cuando tengáis un plan factible para vivir juntos —opinó mi padre, y tomó un sorbo de cerveza. El pobre siempre había sido un calzonazos.

—Yo tampoco le encuentro sentido a que te vayas ahora, para estar solo. Además, no sé cómo puedes tener la seguridad de que Sam se mudará a Escocia si siempre está ocupada. Durante todo este año solo ha podido volar a Barcelona un par de veces, Pablo. ¿Estás convencido de que ella está en condiciones de mantener una relación estable contigo?

Cuánta razón tenía Sam cuando calificaba a mi madre de invasiva. Cómo me cabreé con ella.

—Pero, ¿quién eres tú para arreglarme la vida? Lo único que esperaba de vosotros era un pequeño préstamo. No os penséis que me voy a quedar de brazos cruzados. Si no me queréis ayudar, me iré de todos modos, ya buscaré recursos para sobrevivir.

Nina me miró negando con la cabeza, empujó su silla hacia atrás y se marchó a su habitación. Se hizo el silencio, tan solo roto por el ruido de los platos y cubiertos que mi madre amontonaba nerviosamente para estar ocupada y no mirarme.

—Escucha, Pablo, creo que te estás precipitando. —Mi padre, siempre conciliador y nunca ecuánime—.

—Ya veo que toda la vida habéis ido de progre pero en realidad sois unos autoritarios… Sam necesita un gesto por mi parte, porque ve que estoy demasiado apegado a la familia. Ella dice que esto no es natural, soy yo el que no estoy mostrando suficiente autonomía como para formar una pareja. Sam es sincera, que sepáis que me ha expuesto las cosas claramente. Dice que si sacrifico a mi familia y la escojo a ella, lo valorará muchísimo.

Mi madre me lanzó una mirada desencajada y repitió mis palabras. Sacrificar a la familia. Sacudió unas migajas del mantel con rabia, se levantó de la mesa trabajosamente y se encerró en su cuarto. Mi padre

me acercó el bol de fresas, porque no había probado bocado, me echó el brazo por el hombro, se agachó, y tan solo añadió: «Piénsatelo muy bien, Pablo».

En ese preciso instante sonó mi móvil. Salí al descansillo de la escalera, cerré la puerta de casa y me apoyé en la barandilla sin encender la luz. Sam había aterrizado y quería saber cómo había ido la conversación. Le conté todo. No te preocupes, Sammy. No tengo ninguna duda sobre lo que voy a hacer. Pediré un adelanto a la empresa. Y si no pudieras venir a Inverness, buscaremos una vivienda a medio camino. En Edimburgo, por ejemplo. ¿Qué te parece? «You are and will always be my choice, sweety».[96]

---

95 Valle.

96 Tú eres y serás siempre mi elección, corazón.

26

Esta vez sí. Había traído el tubo de crema en medio de los cosméticos en el bolso de mano y mi paquetito mágico, directamente de Saint Paul's, camuflado entre la ropa en la maleta, como si fuese un bolsa de gominolas.

Calculé que el momento perfecto para tomárnoslas, y de paso aprovechar la experiencia en otras «ocupaciones», era el sábado por la tarde, ya que Pablo era novato, el colocón le podía durar hasta el domingo y él volvería a su casa. En cuanto a mis compañeros de piso, no había problema, porque tenían prohibido llamar a la puerta de mi dormitorio, *even if the sky was sinking.*[97]

Pablo estaba expectante. No le había dejado comer a mediodía y le expliqué que era porque había ideado dos *snacks* muy especiales que se saboreaban más con el estómago vacío.

—*One of the snacks I've got for you is myself.*[98]

—Mmmm, no puedo esperar a probarlo.

—Y el otro se trata de un alimento casi tan suculento como yo.

Aparté los visillos, así los rayos que atravesaban el ramaje de los árboles bailarían por la habitación y se transformarían en un ingrediente más.

Había preparado un juego de té turco precioso para el agua sobre la cómoda, una jarra y dos vasos con decorados en relieve y una línea dorada. Necesitaba que Pablo aguantase el efecto deshidratante de las setas.

La teoría dictaba que lo custodiase por si tenía un mal viaje, pero yo no tenía intención de quedarme a dos velas mientras él alucinaba a sus anchas.

—Guarda el móvil, Pablo. Es importante que te desconectes del todo para sentir esto intensamente.

—Sabes que no me gusta estar incomunicado, Sam. Podría pasar algo en casa.

—*Home, home, I am your only home, Pablo. Set this out in your mind.*[99]

Cuando le di al *play* y oyó *Naked in the forest,* me hizo caso. Le echó una última ojeada al móvil, lo puso en modo avión y lo metió en la mesita.

Le dije que íbamos a vivir una experiencia naturista, que para ello era necesario que nos desnudásemos por completo, sin tocarnos. Después apagué el cigarro. Fue difícil contenerlo, se le escapaban los dedos y le hice cruzarse de brazos y recostarse en el cabezal. Entonces

saqué la bolsita del interior de mi joyero y le fui poniendo en los labios el medio gramo que había apartado para él.

—*Now, breathe slowly and deeply, honey.*[100]

Me senté frente a él para ir observando los efectos. Qué risa, en unos minutos se le pusieron unas pupilas que le ocupaban casi todo el iris, pronto solo me vería a mí rodeada de un halo.

Mientras tanto yo me había ido metiendo mis dos gramos, necesitaba un buen subidón.

Y así fue. De repente brotaron unos cabezudos del lago Llyn Llydaw, se paseaban por la orilla y uno de ellos lucía una barba canosa como Brian. ¡Qué bueno! Pablo me describía, eufórico perdido, lo melódica que de pronto le sonaba la música… Al instante me contó que nos vio reducidos al tamaño de dos personajillos, dos amantes en un friso de Khajuraho, y que estábamos intentando bajar del muro del templo pero no lo lográbamos.

Empezó a acariciar los almohadones, se admiraba de su color coral. «This shade is absolutely amazing».[101] Pero yo lo oía como en un eco y ya me estaba cargando. «Ok, I get it».[102]

Luego me pareció que cerraba los ojos, y entonces dijo que lo estaban rodeando un montón de rombos púrpura de puntas alargadas. Yo estaba a mi bola y le contesté que se callara y que no me cortara el rollo.

Cuando, al poco rato, me dio el bajón, miré a Pablo y tenía el aspecto de haber iniciado ya la fase que yo perseguía en él. Necesitaba despojarlo de su control, que nada de lo que yo le hiciese le crease conflicto alguno. Lo que los consumidores llamamos pérdida del ego.

Para comprobarlo, le pedí que se estirase boca abajo, porque ahora venía lo mejor. Me obedeció y, mientras, yo apoyé las rodillas sobre uno de los cojines para estar a su altura. Saqué el arnés de la mesita de noche, me lo coloqué y unté el falo con la crema de los homos de mi ciudad. El dueño de la tienda, un gay musculoso que estaba supercachas —una verdadera lástima—, me había asegurado que mi chico se iba a encender.

Hice a Pablo ponerse a cuatro patas y no dudó un momento, ni siquiera demostró que le picase la curiosidad. Yo tenía que ser muy cuidadosa si quería que se acostumbrase al coito anal, por eso bajé la mano por su vientre, para distraerlo, mientras le introducía solo la punta.

Simultáneamente iba enunciando mi mantra particular, al ritmo de mis movimientos: «Todos dan y todos reciben. No importa cómo ni con quien, compártete a ti mismo. Una y otra vez».

Empezó a temblar, aunque no sé si sería del frío de las setas o por el placer de la quemazón. *He screamed like a banshee.*[103] Gritaba en español. Creo que me rogaba que continuase y prometía compensarme

cuando él acabase. En realidad, me daba igual, aquello ya me producía suficiente satisfacción.

Nos levantamos al mediodía siguiente. Estábamos desmayados y Pablo seguía medio embobado, así que le metí prisa y nos dio tiempo a coger un *shawarma* y comérnoslo de camino al Clio para ir al aeropuerto.

Mi plan estaba funcionando. Pablo iba ampliando su catálogo de posturas y, en consecuencia, de posibles *partenaires*, y las disfrutaba.

Y, sobre todo, se plegaba a cualquier propuesta mía. *Cool, hey Zoe?*

---

97 Aunque se hundiese la tierra.
98 Uno de los *snacks* que te tengo preparado soy yo.
99 Hogar, hogar, yo soy tu único hogar, Pablo. Métetelo en la cabeza.
100 Ahora, respira lenta y profundamente, cariño.
101 Este color es alucinante.
102 Vale, ya lo pillo.
103 Gritaba como un condenado.

27

Los de chocolate blanco siempre eran para ella y los de cacao puro para mí, nos complementábamos incluso en eso. Recordé que Nina sacó una caja de bombones cuando nos serenamos aquella tarde. La tarde en que descubrimos el movimiento de dominación femenina.

Cuando vio que el chocolate y la serotonina me habían levantado el ánimo, me dijo que me veía muy alterada, que mientras aclarábamos las cosas haríamos bien en pedir consejo a un psicólogo. Que un amigo suyo le había hablado de una tal Irati que era muy profesional. Acepté, aunque yo tenía muy claro que no era a mí a quien había que acompañar a un especialista.

Ya habían pasado varias semanas desde aquella charla y, cuando me vine a dar cuenta, los brotes de la primavera que reverdecían los árboles ya se trenzaban en una explosión de grandes hojas. Acodada en el alféizar de la ventana de mi habitación, entreví en la oscuridad el jazminero que adornaba un recodo de mi terraza. A mi planta, en cambio, le quedaba un solo tallo verde y un único ramito de flores.

Durante este tiempo, me había esforzado en racionalizar todo lo que estaba sucediendo, y mi búsqueda de explicaciones me había llevado hasta un blog sobre relaciones sectarias. Lo volví a consultar en Favoritos del móvil, del que ya no me separaba.

… atrapado en psicologías bizarras, un hijo captado por su pareja queda envuelto en el ovillo hipnótico de alguien que le dice cómo se vive, cómo es la sexualidad, que oficia de gurú, de esclarecida. En la exacerbación, aún los estertores más difíciles no espabilan al que eligió creer, porque ha perdido su propia identidad.

Ese líder lo aparta de su núcleo de convivencia (padres, amigos…), cercenando el amor familiar, para sumirlo en sus redes, haciéndole creer que ellos son únicos porque están inmersos en una especie de folie à deux.

Eso era lo que yo percibía ahora en Pablo, una especie de arrebato, un orgullo que le venía de un convencimiento absurdo y de nuestra supuesta falta de comprensión, como personas de otra generación.

Y cada vez que el abducido regresa con su abductor, se olvida de los consejos, porque vive en un hechizo permanente. Solo separándolo, el que es llevado no dispone de elementos de contraste para cuestionarse.

Se trata de un lavado de cerebro perverso. Los roles de víctima-victimario han quedado establecidos en un grave síndrome de Estocolmo. El secuestrado ha regalado su vida al manipulador.

Respiré hondo la noche, corría una ligera brisa. Escuché cantar a las chicharras y a los grillos, que a estas alturas de la primavera ya se

despertaban desde el atardecer. Aquel sonido rítmico y relajante amortiguaba la conversación de Pablo en el dormitorio contiguo.

No alcanzaba a seguir el diálogo, pero me llamaba la atención cómo le respondía a Sam, el laconismo de sus intervenciones y el tono de acatamiento. Su vocecita de niño, esa voz que todos hemos puesto alguna vez para aplacar la ira de alguien. Oía sus frases, inacabadas porque Sam lo interrumpía constantemente, «ok, I will try to get it, I know, please, Sammy, you should understand. You're right».[104] Ni una réplica, ni un pero, todo asentimiento.

Y su temeroso hilo de voz daba fuerza a mi convicción de que esa chica formaba parte de una secta o, lo que era más presumible, de aquel movimiento de dominación. Por su manera de dirigirse a Pablo, sin consideración. Por las instrucciones que le marcaban las cartas y la aprobación de ella cuando él cumplía sus órdenes. Y ese detalle igual de significativo: no se me iba de la cabeza la imagen de mi hijo arrodillado, como un limpiabotas, atándole los cordones de las zapatillas mientras lo reprendía.

Tuve que esperar tres cuartos de hora, hasta que por fin oí a Pablo cerrar la puerta de casa, para salir de mi dormitorio sin que sospechase que lo espiaba. Esto no podía seguir así.

Con el nerviosismo, Pablo se había dejado su portátil encendido. Entré en su cuarto y una mirada se posó en mis hombros. Me di la vuelta, ahora el rostro de Sam tenía un semblante diferente, como sarcástico.

Pablo había olvidado una cuenta de correo abierta. Me senté en la silla para no arrugar la colcha. No veía ningún mensaje de ella. Cliqué en enviados.

From: Pablo <pablo.tornero@gmail.com>
Sent: 6/21/17 5:30 pm GMT + 02:00
To: Sameentha Narasimhan <sam33n7a_94@gmail.com>
Subject: *That evening*[105]

En ese instante me dio igual si él se daba cuenta de que alguien chequeaba su *mail*. Aunque estaba tan abismado que ni se enteraría.

«¡Qué tarde, Sam! Me sentía ansioso de no dar la talla, de tardar demasiado en reponerme y que te enfadases, pero también confiaba en que verías en mis moratones una prueba de mi deseo por ti.

Tú ya me habías asegurado que eran un alimento natural, esas setas. Suerte que me animaste a comérmelas, porque en unos minutos llegaron aquellos colores increíbles, la música era dulce y potente a la vez.

Me prohibiste mirarte. Sin embargo, volví la cabeza y te vi colgarte algo aparatoso en la cintura. Estaba asustado de que me hicieras daño y no me atrevía a decírtelo. De todos modos, se me pasó por completo cuando tus pechos me subieron por la espalda, dejando un reguero de

placer, y mis ingles sintieron que se aproximaban tus dedos tibios y suaves.

A pesar de que estaba colocado, noté el tacto frío de la gelatina que cubría algo que se me hundía poco a poco. La punta del arnés. Y después ibas adelante y atrás, lentamente, con delicadeza. Te oí recitar esas frases: «No importa con quien». A mí sí, Sammy, yo soy únicamente tuyo. Y más después de aquello, que fue el orgasmo del siglo. Todo mi cuerpo temblaba, y estuve chillando no sé cuánto tiempo. Solo sé que daba voces, no sé ni lo que dije. Más tarde sentí mucho malestar, no recuerdo si me habías prevenido».

¿Colocado? ¿Setas naturales? Dios mío, ¡Pablo estaba tomando alucinógenos! Y eso de penetrarlo con un arnés, como los del sado… Pero ¿quién era en realidad esa mujer? Desde luego no una vestal. ¿Se estaba protegiendo mi hijo contra las enfermedades venéreas? Aunque, vaya unas estupideces que se me ocurrían. Pensaba en Pablo como un adolescente, para quien el mayor peligro fuese la exposición a las ETS, y no en que su pareja lo estaba iniciando en el consumo de drogas…

Fui al salón. Lucas estaba acabando de ver una película de acción y le pedí que me acompañase al cuarto de Pablo. Él debió de verme la irritación en la cara, porque se levantó perezosamente y me siguió sin rechistar.

—Ya hace tiempo que te advertí que Pablo escondía una baraja con instrucciones, Lucas. Y tú quitándole hierro. Lee ese correo, por favor.

—¿Qué pretendes, Emma, que lea un *mail* de Pablo?

—Exactamente. Necesito tu ayuda. No nos queda más remedio que enfrentarnos de nuevo a nuestros miedos. Como cuando Pablo tuvo esos episodios de sonambulismo.

Lucas se acercó a la pantalla y yo esperé de pie tras él.

—¿Setas alucinógenas?

—¿Lo entiendes o no? Esa especie de persona droga a tu hijo, lo ofende, le impide dormir, lo abruma. ¿No has oído hoy cómo hablaba con ella al teléfono? Y lo obliga a exhibirse. Que sepas que lo consulté con Eduardo y nada de lo que hacen se corresponde con ninguna liturgia oriental. Son interacciones sectarias, ¿comprendes, Lucas?

—Esa práctica del arnés sí que podría ser una forma de someterlo sexualmente.

—Y el asunto de los hongos me parece aún más peligroso. Cualquiera de nosotros podemos tener una base de personalidad con rasgos psicopáticos y no debutar nunca, aunque sea simplemente una tendencia paranoica o, qué te diré yo, depresiva. Pero la ingesta de alucinógenos puede despertarla y enfermarnos.

—A Pablo no le va a suceder eso, él es un chico normal.

—¿Y tú cómo puedes saberlo, Lucas? Lo que ocurre es que prefieres enfocarlo así, para tu tranquilidad, sin preocuparte de que esas drogas podrían hacerle daño. Además, ¿quién te dice que no le ofrecerá pastillas, o cocaína?

—Puede que tengas razón. De todas formas, yo ya había pensado que te acompañaría a tu próxima sesión con la psicóloga. En cualquier caso, deberíamos impedir que Pablo se instale en Escocia. Estando solo y con las visitas periódicas de Sam, podría ser catastrófico. Lo más probable es que ella acabe cansándose de él, pero aun así no sabemos cuánto tiempo pasaría. Ni cómo nos devolvería a nuestro hijo.

---

104 Intentaré conseguirlo. Lo sé, Sammy, por favor, deberías entenderlo. Tienes razón.
105 Esa tarde.

28

Ya era verano

Rodeé la taza desechable con los dedos de ambas manos. Se me había helado el café mientras esperaba el tren en Cerdanyola, porque ni me acordaba de que lo había dejado sobre el banco de la estación.

Subí al vagón y me senté junto a la ventana mirando en dirección a Barcelona. Eran las doce y el tren iba vacío, los estudiantes ya solo acudían al campus para recibir tutorías o para dar apoyo a algún amigo en su presentación. Yo había ido a recoger unos documentos.

El tren arrancó. Eché una ojeada al móvil, pero no tenía mensajes. Apoyé la frente en la ventana y mi mirada comenzó a recortar arbustos, a saltar piedras. Las encinas iban borrando los pinos de mi retina, y ellos se resistían tozudamente y volvían a asomar sus ramas, pegados a la vía… A lo lejos, en un claro del bosque, unas sombras gris marronoso que se asemejaban a una madre jabalí y dos jabatos chiquitos, tal vez buscando bellotas con sus hocicos clavados en el matorral.

—Hola, Pablo. —Durante unos segundos no la reconocí—.

—¡Aina! ¿Qué has hecho con tus rizos? —Me levanté y la abracé. Luego la cogí por los hombros y la aparté para mirar su cara redondita. En estos tres años, Aina se había convertido en una mujer. Estaba guapísima. —¿Estudias en la UAB? Qué extraño, no habernos tropezado antes.

—Hice un traslado de expediente. ¿Y tú, qué haces por aquí? ¿Sales con alguna compañera o qué?

—Más o menos. Sam vive en Gran Bretaña.

Aina siempre había sido una persona directa, nada que ver con esa gente que se guardaba ases en la manga. Y, sin embargo, con ella era yo quien llevaba la iniciativa, que si vamos a ver tal película, que si no me interesa esa «mani». Aunque no era tan enérgica como Sam, sí era una chica dulce, cariñosa.

—Vaya con Pau, se ha buscado una guiri. Pues yo tuve un rollete que no llegó al año. Pero eso, nadie como mi compi de Bachillerato, al que yo abandoné.

—No lo conozco, ¿me lo presentarás?

—Está difícil de pillar, anda por ahí con una británica, siempre ha sido más cosmopolita que yo.

De pronto su sonrisa me devolvió las sensaciones de nuestros ritos iniciáticos, cuando cada beso en los labios, cada pequeña caricia nos

erizaban la piel. Éramos como aprendices a quienes se revela una voluptuosidad tremenda que ignoraban poseer.

Ella seguía hablando y, mientras, yo únicamente pensaba que me hacía sentir igual que entonces. Con Aina las ideas fluían, las palabras corrían como el agua de un río que se salía del cauce para refrescar los guijarros y retomaba su camino. Aina era una persona fácil de tratar, sin exigencias, sin mal genio.

Entonces recordé la resaca de las setas alucinógenas y, por primera vez, fui consciente del mal rollo que me dio esa madrugada. De cómo tuve que pasar el pánico completamente solo, porque no quería aparecer como un cobarde ante Sam. Ella me llevaba siempre atosigado, me contagiaba su avaricia constante de experiencias más y más fuertes…

—Por cierto, ¿habéis salido por la verbena de San Juan? —Aina siempre encontraba algún tema para hacerme charlar—.

—Qué va. Sam estaba en Bristol y yo no tenía ánimos.

—Ay, ay, ay, que te veo desinflado. ¿Seguro que esa inglesa te cuida?

—Bueno, ya sabes, relación a distancia. Estamos esperando a que ella encuentre una casita de campo en Escocia para instalarnos allá.

—¿Una casita de campo? ¿Y en Escocia? Me invitaréis, ¿verdad?

Al llegar a su parada, Aina me dio dos besos antes de bajar, y me dejó con su interrogante reverberando en la cabeza. «¿Seguro que esa inglesa te cuida?». Más bien era yo el que cuidaba de Sam.

Cuando anunciaron la estación, mi mente seguía ausente y no me fijé en lo que oí. Me levanté, no era la mía. Me arrellané de nuevo en la butaca y seguí cavilando. Aquellos primeros juegos electrizantes con Sam habían degenerado en antojos y exigencias continuos. Y a eso había que añadir que se negaba a alquilar una vivienda si yo no le ingresaba el depósito. ¿Cómo podía yo sacarles a mis padres dos mil libras? Arrugué la taza desechable del café contra el radiador.

Y, sin embargo… Estaba esa oleada de lascivia que Sam despertaba en mí, en la mayoría de los hombres. Y en bastantes mujeres… El brillo que irradiaba Sameentha.

Salimos del túnel y vi los primeros azulejos blanco hospital de mi parada. Aún me daba tiempo de escribirle un mensaje: «*Sammy, sweet caress,*[106] hace días que no me llamas, que no recibo ni un Whats tuyo. *Are you sure you aren't falling off me?*».[107]

---

106 Sammy, dulce caricia,

107 ¿Seguro que todavía me quieres?

29

Pablo prometía y prometía, pero no era capaz de conseguir la pasta de sus padres. Demasiados miramientos con ellos. Y a nivel de *input*, me aportaba poco ya, la verdad. Lo que me entretenía un montón era comprobar cómo me reverenciaba, más incluso que iniciarlo en un sexo desprovisto de tabús. Aunque para ambas cosas bastaba con un fin de semana de vez en cuando, así que volví a mediados de julio.

Yo había aterrizado un viernes a la mañana y él me dijo que se reuniría conmigo en mi apartamento al anochecer. Hoy tenía programada mi siguiente lección de BDSM. La parte que más me ponía siempre, con Pablo, eran los preparativos. No es de extrañar, él era todavía un novato del *bondage,* y eso también tenía su morbo, a pesar de que me estaba costando despojarlo de sentimientos, que simplemente utilizase su cuerpo para su propio goce y el de los otros. En plural y sin género ni más comidas de tarro.

Justamente, yo sabía que, cada vez que intentaba que Pablo aceptase una experiencia que le resultaría chocante, tenía que crear una atmósfera sugerente, porque seguía enamorado, *poor clod.*[108] Y lo que era yo, por el contrario, necesitaba la experimentación como el agua.

Por suerte esa noche mis compis de piso estaban de concierto y tenía el campo libre.

Me di un buen baño con sales a la esencia de cereza y me dejé suelta la melena. Luego me puse el liguero de cintura sujetando unas medias negras muy finas. Había que darle cebo a un pequeño clásico como Pablo. Ya podía encenderme un peta sin quemar las medias.

Había un vecino en el bloque de enfrente que no apartaba la vista en dirección a mi habitación. Vaya un viejo verde. Lo saludé y eché los visillos. De joyería, escogí algo sencillo, que no distrajese, unos grandes aretes de plata. Abrí mi ropero y saqué el corsé blanco. Con aquel tejido especial que tenía, resplandecería en la oscuridad. Como los ojos. Y nuestros dientes. Mientras iba enganchando los últimos corchetes, me miré en el espejo. Mmm, el corsé me sostenía divinamente los pechos en punta.

Fui a la cocina y me unté una tortita de arroz salada con Nutella. Deliciosa. Me preparé un espresso Martini con hielo, puse el iPhone a cargar en la mesita y elegí en Spotify una lista de reproducción con bastantes canciones de Norah Jones. Había aprendido que a Pablo su simple tono de voz lo ponía a cien, aunque a mí sus letras me resultaban supernaíf.

Cuando ya había montado mi *boudoir* particular, me hice una selfi y se la envié a mi amiga Darcy. «Good job, mummy Sammy»,[109] me contestó enseguida. Di el último trago al Martini, encendí mis velas de colores, aquí y allá, y una barrita de sándalo.

Estaba acabándome el porro, cuando oí a Pablo cerrar la puerta y pronunciar mi nombre. Guardé silencio, quería que creyese que había salido.

La luz del crepúsculo proyectaba unas formas ovaladas a través de los visillos en las paredes de mi cuarto. Pablo me encontró recostada contra el cabecero de la cama, con uno de mis tacones de aguja apoyado en la sábana. Los hombres se mueren por un pie nuestro calzado en un *spike heel.*[110]

—¿Qué es esto? ¿Estamos celebrando algo especial? —dijo, caminando despacio hacia mí por encima de la cama con los nudillos y las rodillas, con el lomo arqueado como un gato.

—Cada día tiene que ser especial. —Dejé el porro humeando en el cenicero y le quité la camiseta. Él se sacó los zapatos con las puntas de los pies y se desabrochó rápidamente los tejanos—. Me lo acerqué cogiéndolo por la nuca y le mordí el lóbulo de la oreja. Sabía salado. Sonaba *Turn me on,*[111] qué gozada.

—¿Qué quieres hoy, dueña mía?

—Hoy me siento generosa, siervo. Venga, échate y dame ese juguete tuyo respingón.

Recuerdo que Pablo me hizo irme muchas veces, por dentro y por fuera. No se cansaba de complacerme. Le dije que era casi tan potente como Cormac y él frunció las cejas en una mirada herida.

En medio de la penumbra, la llama de las velas difuminaba nuestras siluetas. Entonces le anuncié que ahora venía lo mejor. Y con rapidez, para eludir explicaciones, me coloqué a horcajadas sobre sus costillas. Enseguida dejé ir las primeras gotas, calientes, que rodaron hacia su ombligo, y fui subiendo hacia el cuello mientras le sujetaba la cabeza, hacia sus mejillas y finalmente a los labios. Él se sorprendió, pero tan solo me miró con sus grandes ojos azules y cerró la boca.

—*That was my golden rain, just for you, Paw*.[112] —Se restregó la mejilla en la sábana bajera—.

—¿Por qué has hecho eso sin avisarme? —me preguntó incrédulo.

Pero estaba demasiado excitado, y tomó mi cintura y me bajó bruscamente hacia su miembro palpitante. Me dio la vuelta para ponerse encima. *Then he screwed me and screwed me.*[113]

---

108 Pobre idiota.
109 Buen trabajo, mami Sammy.
110 Tacón de aguja.
111 Excítame.
112 Esto ha sido mi lluvia dorada, solo para ti, Paw.
113 Entonces me penetró y me penetró.

30

Con la claridad del patio de luces pude ver que el reloj de cocina marcaba las tres y cinco. Metí una cápsula de *ristretto* y me preparé un Nespresso corto, solo, con dos cucharadas de azúcar. Pensaba en el encontronazo que había tenido con Pablo a propósito del préstamo unas cuantas semanas antes.

Había sido muy duro negarle lo que él más deseaba, y al mismo tiempo el recelo a que de todas maneras llevase a cabo sus planes de irse a Escocia sin un euro, con lo puesto. Mi primera reacción fue plantearme solicitar la ayuda de sus amigos para que le abriesen los ojos sobre lo precipitado de esa determinación, luego acabé convenciéndome de que no querrían inmiscuirse.

Cuando llevaba minutos de pie, removiendo la cucharilla con la vista fija en el café, el tintineo me devolvió al presente. Lucas y yo tratábamos ahora de ocultar nuestro rechazo a esa relación, peor que tóxica, de Pablo con Sam. Pero había sido terriblemente doloroso oír a nuestro hijo confesar que contemplaba la posibilidad de renunciar a nosotros. Me afligía tanto descubrir que mi hijo nos utilizaba como moneda de cambio. ¿Cómo dijo? «Si sacrifico a mi familia por ella, Sam lo valorará mucho».

Estaba decepcionada, hasta arrepentida de haberle dedicado veinte años de mi vida.

Di la luz y busqué en la despensa algo dulce. De golpe, vi en el fondo una cajita negra con una banda dorada a un costado. Eran los After Eight que trajo Sam, probablemente del Duty Free.

Tenía que borrar la huella de esa persona en nuestra casa, eso era. Cogí la caja negra casi con aprensión, la vacié en la basura y la apreté en el puño. Luego, por un segundo, recapacité: Pablo podría ver los bombones. Tiré el cartón aplastado y removí la basura con las manos para esconderlo todo.

Me miré las palmas untosas y me noté las palpitaciones en el globo de los ojos. La cizaña que aquella chica había sembrado estaba consiguiendo matar hasta la simiente, esa lealtad que nunca se extingue en una madre mientras está viva. Era una intrusa que había echado a perder nuestras vidas y, aunque yo no hallaba la manera de remediar eso, me desharía de todos sus regalos.

Me lavé las manos, dejé el café ya frío en la cocina y fui al salón. Repasé con la mirada la librería, nada. Abrí las puertas del bufet, una por una, tampoco. Entonces recordé que ella me regaló una camiseta. ¿Dónde la había guardado?

Entré en mi dormitorio y estiré del cajón de la cómoda, ofuscada con una sola imagen en la mente: el grafiti de *Benny the kid,* de Banksy. No estaba allí. Claro, la camiseta era de manga corta, estaba doblada en el altillo del ropero.

Me subí a la cama para alcanzarla, tiré de ella y cayeron al suelo blusas y *shorts*. La llevé a la cocina, saqué las tijeras y empecé a darle tijeretazos. Primero por las costuras. Volaron las mangas. De seguida la rajé por el medio. Benny el niño se desplomó de la espalda de su amigo sin alcanzar a coger el espray. Me quedé con la señal de prohibido en la mano y la leyenda: «El grafiti es un delito». Lo que ella estaba haciendo también lo era. Hice un bolo con los retales vueltos del revés y los tiré.

Una punta de la camiseta destrozada que colgaba del cubo me devolvió la cordura por un instante: esa agresividad no era normal. ¿Y si llamaba a la psicóloga y le explicaba lo que me estaba sucediendo? Pero de qué serviría. Lo que yo necesitaba era exorcizar mi casa, eliminar cualquier rastro de aquella persona.

De repente me vino a la memoria el regalo más caro que nos había hecho y fui directa a la vitrina. Saqué la botella achatada hecha del vidrio azul de Bristol. La llevé con cuidado hasta la cocina para golpearla con saña contra el borde del cubo. El culo de la botella se partió entero. Dejé caer el cuello, que chocó contra él en un sonido agudo y lo hizo añicos. Sobre uno de los pedazos azules brilló algo. Era una gota roja. Me había hecho un corte en un dedo y ni me había dado cuenta. Me lie la mano con el trapo de la cocina y me puse a llorar.

Sam no quería a mi hijo. Todo lo contrario. Jamás había tenido intención de mudarse con Pablo a Escocia. No sé por qué en ese momento me acordé de un pasaje de la Biblia que leímos en clase de religión en la escuela. ¿Cómo se llamaba ella? Jezabel. Jezabel desnudó a Acab de sus creencias por pura tiranía… Al igual que Acab para aquella reina, Pablo era como un animal al que tanto se malcriara como se pateara, solo por la gratificación de sentirse superior. Y mi hijo era una persona incapaz de exigirle nada, porque se conformaba con las migajas de su persona que ella le daba.

Estábamos en un laberinto sin salida. Pablo se trasladaría a Inverness, y allá continuaría esperando la visita de Sam un fin de semana al mes. Y encogiéndose. Como en mi sueño.

Con la mano envuelta en el paño, cogí el inalámbrico de la cocina y marqué con la izquierda. Por fin la recepcionista de mi psicóloga contestó a la llamada. Le di mi nombre y me senté a esperar. En el auricular sonaba *Sounds of silence.*

—Irati, perdona que te moleste, pero es que te juro que estoy perdiendo el juicio.

—No me molestas, mi niña, lo entiendo.

—Estoy pensando en sincerarme con Pablo cuando regrese a casa. Te prometo que procuraría ser objetiva. Le explicaría de una forma muy racional todo lo que me parece extraño en su relación con… ese personaje. Bueno, solo en los hechos que yo he presenciado.

—No, Emma, bajo ningún concepto. Piensa que ahora mismo tu hijo está en una tesitura muy difícil. Para cualquier persona lo es discernir sentimientos, más para un chico de veintiún años: él tiene que optar entre emigrar para estar más cerca de Sam (pero sin un euro en el bolsillo y quizás intuyendo que ella no lo quiere como él a ella) o quedarse en su ciudad, con un buen respaldo económico, y probablemente renunciar a su pareja. Además, no olvides que Sam ejerce mucho más poder sobre él que vosotros. Intentar contrarrestar ese poder podría ser…

—Ya. Si Pablo le cuenta lo que pienso, estamos perdidos.

—Exacto. Y, por otra parte, si en un momento determinado él rompiese con ella, podría pensar que lo hizo presionado por vosotros, atribuiros la responsabilidad, ¿comprendes? Y a la mínima que Sam se lo propusiera, reanudarían su relación.

—No, Emma. Tiene que ser él quien elija. Aguanta. Trátalo como siempre, con mucho afecto. Y espera. Ya sé que todo esto es muy angustioso. Y recuerda que estoy contigo, cariño. Tú estate alerta a las señales. Bueno, ya lo haces, eres una buena madre. Ánimo, mi niña.

Me despedí de mala gana y colgué. El trapo tenía un rodal rojo. Presioné la herida con una punta limpia mientras rememoraba nuestra antigua vida: excursiones al Montseny, chistes compartidos, teatro. Lucas y Pablo comentando la información política o yo pasándole una novela que me había impactado. Ahora nuestro hijo solo leía mensajes, nunca tocaba el piano y comía con las manos.

Vi una sombra en el pasillo y entorné la cabeza. Nina y Pablo se habían presentado de improviso y yo ni los había oído llegar. Nina me explicó desde el corredor que la había recogido en el Clio y que ella lo había animado a cocinarse unas bravas para tomar un aperitivo en la terraza, y fue a cambiarse a su cuarto. Pablo asomó la cabeza y se percató del paño lleno de sangre. Se me acercó, alarmado. Le dije que me había hecho un corte sin querer y me pidió ver la herida.

—No te preocupes, hijo, es poca cosa.

—¿Poca cosa y has empapado el trapo? —Vio manchas secas en el cubo y pisó el pedal. —¿Pero qué es todo esto? ¿Has roto el jarrón que te regaló Sameentha? ¿Pero a ti qué te pasa?

—No, hombre, se me ha caído al suelo cuando limpiaba la vitrina. Al recogerlo me he hecho una herida.

—No me lo trago. Te cae fatal, ¿verdad?

Pablo me miró fijamente y descargó su mochila con el portátil en el

suelo con un golpe seco.

—Es que no valoras nada. Y eso es porque eres una señora bien que consigue todo lo que se le antoja. ¿Sabes cuánto dinero le costó ese jarrón a Sam? ¡Ochenta y cinco libras! Pero lo más agobiante es que estás obsesionada conmigo. El año pasado todavía me aconsejabas que usara preservativos, como si fuese un quinceañero. Ahora espías mis objetos personales, te dedicas a explicarle a tus amigos los juegos privados entre Sam y yo.

Mi hijo había descubierto mis indagaciones. Y, por una milésima de segundo, sus ojos habían recobrado la vida, pero para lanzar su odio contra mí.

—Y sobre todo, la única explicación para que no hayáis querido dejarme una cantidad que es insignificante para vosotros es que pretendéis retenerme en Barcelona. Y eso es idea tuya —me señaló con el dedo—, que eres una prepotente, y encima… mírate… estás medio trastornada.

Cogió la mochila por un asa y salió de allí dando gritos.

—Estoy harto de esta casa. Y te aseguro que, en cuanto pueda, no me volvéis a ver el pelo, en vuestra vida.

31

Agosto

Una barca de remo sobresalía por encima de la valla. Ésta estaba armada con tablas desiguales que acababan en punta, y delimitaba una planta baja como de juguete, con un escaso metro y medio de altura, lo justo para guardar la embarcación. Esas casitas de madera blanca, con el tejado, las puertas y las barandas pintados en verde claro, parecían una colonia de duendes que se hubiesen refugiado en aquella cala, rodeados de colinas, para poder huir por mar en cuanto fuesen descubiertos.

Cada verano me paseaba por ese pueblecillo marinero, porque era toda una visión. Me había acercado allí con Nina en nuestro primer día de vacaciones. A nuestra derecha, los del pádel surf hacían equilibrios imposibles. Al fondo, en el cielo, las pinceladas de mil colores de las velas de *kite* aprovechaban los embates del viento al anochecer.

Mi hermana había estado muy callada durante todo el trayecto desde Barcelona. Solo repetía mis frases sobre la tarde tan estupenda que hacía, pero sin pasión. Era raro porque, si alguien no callaba ni debajo del agua, esa era Nina.

Nos encaminábamos en silencio hacia el chiringuito para bañarnos y tomar un almendrado, nuestro helado favorito, aunque yo no tenía ningún hambre. Ella, que se había colocado un pareo por encima del bañador para disimular los michelines, observaba a las familias. Yo notaba la arena cálida escurrirse entre los dedos de los pies.

Pegados como siameses bajo la sombrilla, una pareja se besaba, tendidos sobre una sola toalla. Hacía casi un mes que no había visto a Sam y no me dejaba ir a Bristol. Decía que estaba hasta las cejas de compromisos, y tampoco se conectaba a menudo por Skype. Quizá ya no me quería. Quizá no le había caído bien que yo hubiese puesto pegas a su «lluvia dorada», y lo cierto era que no entendí el sentido de una acción así, orinarte sobre tu amante. Y aun menos sin pedirme permiso. O igual yo era un reprimido, con mi educación de colegio de curas. No sabía qué opinar.

De todas formas, pensé en lo que sería mi vida sin ella, sin su voz, sin poder relamer su cuerpo sedoso. Perdería la razón. Y encima ahí estaba Nina, con el ceño fruncido.

—Qué cara de perros que llevas, Nina.

—¿Y cuál quieres que ponga, Pablo? ¿Tú te das cuenta de cómo

trataste a mamá el otro día? —Nina se paró delante del pequeño hotel *vintage* que remataba la playa y se me quedó mirando. —Acusándola de ser desagradecida, amenazándola con desaparecer para siempre. ¿Tú crees que ella se merece que le hables así?

—¿Lo oíste? Pues no me arrepiento. Mamá hace que me sienta vigilado. Y yo ya soy mayor de edad…

—Nunca había oído a nadie buscarse una excusa más inmadura. ¿Sabes que eso no te da derecho a perderle el respeto? Y en ese tono, con tanta rabia. Pablo, que le dijiste que estaba medio trastornada, literal, por favor.

Apartó la vista de mí y se echó mano al sombrero que el viento estaba a punto de arrancarle.

—Bueno, igual me pasé de la raya. Pero es que me pilló en mal momento. Sam todavía no ha buscado el *cottage* en Inverness, ni siquiera un piso en Edimburgo, y yo no lo entiendo.

—¿Y eso es un motivo para que ya nunca quedes con tus amigos, ni hagas deporte ni nada de nada? Pareces otro, Pablo, te lo juro.

—Lo que me faltaba, juzgándome. Estáis las dos confabuladas en contra de Sam, mamá y tú, no sé qué daño os ha hecho.

—A mí ninguno, tú sí que estás como en otra galaxia. Lo único que haces todo el día es mirarte el ombligo. Siempre pendiente de Sam, con el móvil en la mano izquierda mientras comes. ¿Es que no ves que ella no ha variado su rutina en absoluto, que viene cuando se aburre y, si no, se pega semanas y semanas en Inglaterra?

—Tú deja de hacerme de madre, ¿quieres?, que ya estoy crecidito.

—Pues te aseguro que no lo parece. Aunque tienes razón, es tu vida, Pablo. Solo espero que a mí no me dejes también de lado. —Nina anduvo tres pasos más, mirándose las sandalias. —Ya no tengo ganas de playa, me voy a casa, ¿tú vienes o te coges el tren más tarde?

Dimos media vuelta y subimos hacia el aparcadero que lindaba con el monumento de Gaudí. Me dolía que Nina me considerase un bragazas. Y más aún discutir con ella, porque siempre había ocurrido lo contrario. Toda la vida habíamos congeniado un montón, siempre hacíamos de confidente el uno del otro.

Pasamos por el túnel, ella iba delante y yo la seguía. Hasta ese día mi hermana había estado orgullosa de mí, de mis notas, de mi forma física, y ahora me hablaba como si le estuviese fallando, como si la hubiese defraudado por completo. Me sentí frustrado, no me entendía con nadie. Buen comienzo para las vacaciones.

Al subir al coche, Nina bajó la ventanilla y puso RAC 105 a tope. Volvía a sonar el *Despacito*, qué tostón. Los dos seguimos mudos hasta que aparcamos en el garaje en Barcelona y, en cuanto salimos del ascensor, ella se metió en su dormitorio y dio un portazo. Mi madre, echando en falta nuestro alboroto, preguntó qué nos sucedía. Nada, le

contesté. Busqué buena cobertura, la encontré en la terraza y me eché en una hamaca junto al esqueleto del jazminero. Necesitaba hablar tranquilamente con Sameentha.

32

—*Guarda quello barco, quello col nome dipinto di rosso in ogni vela…!* [114]

Ya habían llegado los niñatos italianos, franceses, de todos sitios a estudiar inglés. Qué tortura.

Como enormes cuervos en un cable de la luz, sentados en fila en el muelle de Bristol Harbour delante del museo, orientábamos las caras hacia el sol, igual que las antenas de Udaipur buscando la señal. ¿Por qué en cualquier amarre del mundo la gente dejaba colgar las piernas sobre el agua y se pasaba el rato meciéndolas alternativamente?

Cormac y Barnett se habían colocado cada uno a un lado mío. Traían unas birras metidas en bolsas de papel de supermercado. Cada vez que oían a un estudiante lo imitaban y nos meábamos de risa.

—*Mais bien sûreeeeeeeeeeee!* [115]

Las gaviotas chillaban desgañitándose y se picoteaban por un trozo de bollo del McDonald's. Cormac me había pasado el mechero, y yo me estaba encendiendo un Marlboro cuando sonó mi móvil y miré la pantalla. ¿Lo cogía o no? Pablo me iba a aguar la fiesta. Decidí que lo aguantaría un minuto y lo despacharía rápido.

—Hola… Ya veo… *Ok*, ¿y qué?... No seas infantil, Pablo. No es más que una discusión, ¿es que nunca has discutido con nadie? Mira, estoy hasta los topes de trabajo, *right*? Ya hablamos mañana. —Le colgué, me estaba dando mal rollo. —No os lo creeréis, Pablo me llama para decirme que ha discutido con su hermana. *That plumpy dummy*.[116]

Barnett echó la espalda sobre las losas del muelle y se tapó la cara entre carcajadas, balanceándose.

—Ese tío es un papanatas. Y tampoco demuestra que te sirva para otros usos. ¿O sí, Samincoming? —opinó Cormac.

—La verdad es que alguna vez se resiste. Parece que no le gustan mis cálidas gotitas húmedas. Pero da igual porque… ¡Tachaaaan! ¿Sabéis que ya he pagado el vuelo con American Airlines?

Nos alcanzó el humo de la chimenea de un ferri de paseo y el ruido de su bocina me ensordeció. Leí la frase de Cormac en sus labios.

—*Really*? Estás de broma.

—Como lo oís. Me han concedido el año sabático y viajo a Boston a final de mes. —Eché un trago de cerveza mientras chocaba los cinco con Cormac y le pasé la botella a Barnett, que ya había recuperado el aliento. —*I'm starving*,[117] esos canutos me han abierto el apetito, ¿no habéis traído ni unas chips, *you losers*?[118]

—*You're a lucky bitch, Sam*.[119] ¿Y qué coartada tienes para que tu

español no se nos presente aquí buscándote?

—Ah, no sé, que no puedo desaprovechar la oportunidad que me ha otorgado la universidad, o cualquier parida como lo de buscar mi camino.

—¿Y ya tienes la guita para el alojamiento?

Estiré los brazos hacia el cielo en plan *influencer*. Llevaba un top amarillo y nada más debajo.

—A ver, miradme, *you nerds*[120] —les ordené vocalizando—. ¿De verdad creéis que no soy capaz de encontrar un mecenas generoso, *bludies*?[121]

---

114 ¡Mira aquel barco, aquel con el nombre pintado en rojo en cada vela!
115 ¡Pues claroooooo!
116 Esa gordinflona tonta.
117 Me muero de hambre.
118 Pedazo de perdedores.
119 Eres una bruja, Sam.
120 So gansos.
121 Colegas

33

Era domingo por la mañana. Nina se levantó más tarde que yo y me encontró acostada en el sofá. No dormía, estaba mirando las nubes sin verlas, mientras mi cabeza no paraba de dar vueltas, obsesivamente. Mi hija dejó el móvil en la mesita, se recostó pegadita a mi lado, me pasó el brazo por el cuello y acercó su pelo enmarañado al mío.

—¿Cómo estás, mamá?

—Como una rosa, Nina —le contesté sin desviar la vista. Más o menos como si me hubiese arrollado un tractor. —Apreté los labios—.

Me cerró los párpados y me colocó el pulgar en uno y el índice en el otro. Nina siempre tenía los dedos fríos y sabía que eso me relajaba. Se puso a silbar bajito, *Over the Rainbow,* de pronto paró.

—¿Tú crees que Pablo no es consciente de que Sam no piensa mudarse con él a Escocia? Me da mucha pena verlo pegado al móvil, pendiente de sus antojos. Hasta puede ser que ella prefiera que él no trabaje y se vaya a Bristol, ¿sabes?, para que así dependa totalmente de ella.

Le cogí la mano para apartarle los dedos de los ojos y la presioné contra mi pecho.

—Yo no creo que a esa chica le convenga cargar con nadie, es demasiado egoísta. Supongo que pasa un poco de él porque sabe que ya lo tiene totalmente abducido. ¿Entiendes lo que quiero decir? Que lo que a ella la estimulaba era el proceso de someterlo. Porque… hay otras cosas que tú no sabes y que a mí me parecen extrañas.

—¿Cómo cuáles?

—¿Si te explico algo, Nina, seguirás confiando en mí?

—No tenga la menor duda, Señor. Cuente conmigo. Esto es la guerra.

—Papá y yo leímos un correo de Pablo. Pero solo porque estaba abierto, ¿eh?, ya sabes que tu padre es muy mirado con vuestra intimidad.

Me senté y eché las piernas por encima de las suyas.

—El caso es que el texto de aquel *mail* detallaba una escena de sexo en la que ella usaba un arnés.

—¿Qué arnés? Ah, ya. ¡Pero eso es sado-maso! ¿Estáis seguros? —Nina dobló las rodillas, se incorporó y se volvió hacia mí—.

—¿Cómo te lo diría yo?... Era bastante explícito.

—Joder con mi hermanito. Pero… No puede ser, mamá. Habría que mirarle a Pablo el cuerpo, con discreción. A mí, en la playa, no me llamó nada la atención, aunque tampoco habría hecho caso, de ver

algo, porque últimamente va a trompicones. Deberíamos buscar señales de maltrato, por si acaso. A ver, vamos a informarnos un poco. Tú no te espantes, ¿*ok*?

Nina cogió su móvil de la mesa y tecleó unas palabras. Al cabo de unos segundos lo puso en horizontal para que yo lo viese y comenzó a leerme una relación de prácticas BDSM, con su definición.

Sexo oral forzado, adoración de los pies, pisoteo, orgasmo fallido, candaulismo… Aquello me daba náuseas y le pedí que, por favor, no me explicase más. Seguro que ella estaba más curtida que yo, porque los jóvenes eran capaces de mirar cualquier subgénero de porno y comer palomitas, pero dejó el móvil de inmediato. Dijo que me iba a preparar un desayuno que me quitaría todas las penas, y se fue a la cocina.

Me quedé discurriendo. ¿El sado de esa … sería una perversión o había algo más detrás? ¿Cómo podía saberlo? Ya había agotado todos mis recursos. Había estado navegando para informarme sobre los hábitos de los angloíndios, sobre las religiones orientales, Bristol, relaciones sectarias… Incansablemente. Ya no sabía a dónde acudir. Bristol. Recordé que Pablo me habló de unos amigos de ella. ¿Cómo se llamaban? Cormoran, no, Cormac. ¿Dareen?

Me puse las chanclas, fui al estudio y me encerré para que Lucas y Nina no viesen que estaba otra vez enzarzada en mi monomanía. Los del segundo me habían vuelto a mojar la colada, no querrían usar el centrifugado, por ecologismo, o por roñosería.

Abrí el buscador. Me sentía como si pretendiese encontrar una aguja en un pajar, y sin embargo emplearía todo el tiempo del mundo antes que darme por vencida. Escribí «Cormac, Dareen». Salía algún perfil de Facebook, personajes de una historia de vampiros, un grupo musical…

El olor del café que había preparado Nina se colaba por debajo de la puerta. Darcy! La chica se llamaba Darcy. Y había un tercero. Benet. No, Barnett. Eso era. Tecleé Sameentha, Darcy, Barnett.

Fue como un milagro. En la primera página aparecían los tres nombres juntos en el mismo *link*. Cliqué en el enlace. «How reckless are you?», «¿Eres intrépido?», alentaban. Buscamos personas jóvenes —de entre veinte y treinta años—, atractivas, con disponibilidad para viajar y —sobre todo— sin ningún prejuicio, para empleo que implica trato muy personal con clientes, incluso íntimo, en el Reino Unido. Interesados, enviad un correo a C0rm4c_93@gmail.com, con una foto integral y una descripción original de vuestro carácter.

Oí saltar el muelle de la tostadora en la cocina. Sin apartar la mirada de la pantalla ni un segundo, releí el párrafo. Luego los nombres. Se me nubló la visión. No era posible. ¿Prostitución? ¿Y si esa movida incluía a Pablo? Las instrucciones de los naipes, las

prácticas sadomasoquistas, todo ello podía formar parte de un plan diseñado para entrenar a mi hijo.

Y, ahora que me acordaba, en el diario le mandaba masturbarse observando relaciones homosexuales ¿Y si aquella loca pretendía que mi hijo ejerciese de *taxi boy*? Pablo nunca aceptaría una ocupación así. Mi hijo no. O tal vez dependía de cómo se lo presentase ella. Se me puso el vello de punta. Pero, a la vez, sentí una especie de alivio, porque ahora disponía de datos muy esclarecedores.

Así y todo, me faltaban motivos. ¿Era ese un medio de manutención de su grupo de amigos? Por lo que me contó Pablo de su viaje a Bristol, tenían toda la pinta de ser unos «ninis». O incluso podría tratarse de un reto para la diversión de unos degenerados, usar a otros jóvenes, o a sus propias parejas si se presentaba la ocasión.

¿Pero cómo ligaba aquello con mis impresiones de Sam? Abrí el WhatsApp y amplié algunas imágenes, fotos de ellos dos que nos había enviado Pablo. La miraba e intentaba leer entre líneas, interpretar un rasgo de su estilo, un gesto en su cara, una postura.

Una foto de Sam subiendo a bordo de un avión de Air India me llevó a recopilar. En invierno estuvieron planeando un año sabático recorriendo el mundo. Pero a inicios de la primavera ella ya había cambiado de idea y lo pospuso hasta acabar su proyecto. Más tarde fue Pablo quien optó por trasladarse a Gran Bretaña, no ella, por eso Sam empezó a pretextar dificultades para mudarse a Inverness.

Hacía tiempo que para mí la explicación era bastante obvia: al ser una perfecta ególatra, Pablo había empezado a aburrirla. En ese caso, ¿cabía la posibilidad de que (empujada por sus amigos o tal vez por pura prepotencia), en vez de romper con él, pensase que podía resultarle útil, rentable? O incluso ¿podría no ser ésta la primera vez en que reconvertía a un amante?

En cualquier caso, esa mujer arrasaba con la vida de los demás, era una verdadera megalómana.

Me recogí la cara entre las manos.

Pensé en enseñarle el enlace a Pablo, e inmediatamente lo descarté, porque él buscaría una explicación. Me diría que yo estaba anticuada, que tener un trato íntimo no necesariamente significaba acostarse con nadie. Y regresaríamos a la casilla de salida, como decía mi psicóloga. Estábamos atrapados, en un callejón sin salida.

Lucas había puesto la radio y bromeaba con Nina en la cocina. Él sabía que yo me pasaba las horas muertas investigando y lo toleraba, porque ya no lograba distraerme de mi obcecación enfermiza.

Por otro lado, Lucas también reconocía que nosotros éramos en parte responsables de lo que estaba sucediendo. Habíamos educado a unos hijos sobreprotegidos, en entornos demasiado seguros: escuela subvencionada (con compañeros de clase media), el equipo de

baloncesto de nuestro barrio, rodeados de gente «de bien». Y además les habíamos dado todo. Los habíamos malcriado.

Maldita sea. Si Pablo no hubiese hecho estudios superiores, si no la hubiera conocido en aquel acto de acogida, esto no habría ocurrido. Y ojalá nunca lo hubiésemos enviado a Irlanda en verano. Si Pablo no supiera inglés, jamás habría podido cruzar una palabra con ese monstruo.

Guardé el *link* en Favoritos. Sonreí amargamente: mi Favoritos estaba lleno de información que me deprimía enormemente. Esa palabra en mi caso sí que era ¿cómo se decía?... un oxímoron. Eliminé la búsqueda y desconecté, por si Nina o Lucas se conectaban más tarde. Me puse de pie para ir hasta la cocina y darle los buenos días a Lucas. Me atusé el pelo.

Me sentía tremendamente miserable.

34

Anduve hasta el umbral del balcón, me quité una legaña y vi a mi madre de espaldas, en camisón, regando las tres plantas de geranios y el jazminero seco. Ella nunca se daba por vencida. El bloque de la esquina aún tapaba el sol de la mañana. Estaba tan concentrada en su tarea que, al sentir mi presencia, se sobresaltó. Seguramente me habría oído levantarme varias veces esa noche y por eso me propuso desayunar fuera, un buen cruasán y un café. «Con la condición de que conduzcas tú», me dijo, tienes más suerte para pillar un hueco donde aparcar. Yo, aunque estaba embotado y muy cansado, simplemente me dejé llevar.

Aparcamos el Clio en la Vila Olímpica, en zona verde. Las drizas tintineaban contra los mástiles de los barcos en una especie de concierto de música experimental, y las palmeras, esas palmeras colosales del puerto deportivo, se mecían con el viento.

Habíamos estado mudos durante el trayecto, yo un poco avergonzado de mi actuación el día en que ella rompió el jarrón. Seguimos callados camino de la cafetería, la cabeza de mi madre a la altura de mi hombro. Me cogió un momento por la cintura. «Te estás quedando en el puro pellejo, Pablo». No le contesté, pero le eché el brazo sobre el hombro. En la terraza del bar los pajarillos picoteaban a nuestros pies. Incluso después de pedir, mi madre se mantuvo a la espera de que fuese yo quien rompiese el hielo. Aunque no me apeteciese darle cuentas de mis asuntos, Nina tenía razón en que me había pasado con mi madre, y la dirección que mi vida acabase tomando en cierta medida le incumbía.

—Ya viste que Nina y yo volvimos pronto de la cala, ¿no?

—Sí, me sorprendió. Siempre se os hacen las tantas y luego venís desmayados. Menos mal que existe el microondas. —Mi madre sonrió y me miró atentamente—.

El camarero apareció con unas caracolas recubiertas de chocolate y los cafés. Se veían muy apetecibles y, sin embargo, el olor dulzón me dio mal cuerpo. Me esforcé en reunir mis pensamientos con cierta lógica antes de disculparme con ella.

—Siento lo del otro día, mamá.

—No fue el otro día, Pablo, han pasado unos cuantos días. De todas formas, disculpas aceptadas.

—Nina me reprochó que te tratase de aquel modo, y me costó admitirlo, pero ella tenía razón, mamá. Nos pusimos a discutir en medio de la cala y me dio bastante bajona. Porque tú sabes que Nina y

yo pocas veces nos hemos llegado a dar voces y, en cambio, esa tarde me estuvo diciendo que siempre hemos sido uña y carne y que ahora paso de ella. Y no es verdad. Nina siempre será mi hermana mayor, la que robaba chicles con sabor a naranja en el quiosco para mí, la que me enseñó a montar en bicicleta.

Guardé silencio unos segundos, indeciso.

—En realidad no es eso lo que me preocupa, seguro que hacemos las paces. Es que llamé a Sam para contarle que me había peleado con Nina, y creo que me colgó.

—Quizá no le interesaba. Piensa que ella no tiene una relación tan cercana con su familia.

—No, si aún estaba sonando el tono de la llamada y se cortó. La telefoneé de nuevo y, en lugar de escucharme, apenas hablamos un minuto. Sin embargo, esta mañana recibí un SMS diciendo que se había quedado encerrada en el ascensor de su edificio en el campus y que no tenía cobertura. ¿Tú crees que era sincera? Últimamente la noto distante. Y todavía no ha encontrado alojamiento, ni en Inverness, ni en Edimburgo. No sé…

Mi madre se quedó callada mirando unos turistas que pasaban en *Segway*. Estaba desenrollando la espiral para comerse la tira y dejarse el centro para el final, como siempre. Me hacía gracia. Era una adicta al chocolate total.

—¿Quieres una respuesta honesta?

—Sí, claro.

—¿Estás seguro? ¿Sea la que sea?

En realidad, temía su respuesta, porque sabía que Sam no era precisamente la persona que más admiraba sobre la Tierra.

—De acuerdo. Pues es posible que anoche estuviese divirtiéndose y no le importasen demasiado tus problemas con Nina. Yo creo que hace tiempo que no se muestra muy empática. A ver si me entiendes, Pablo…

Mi madre me miró fijamente por encima de la montura azul de sus gafas con una expresión tierna, diáfana.

—Es que no me escuchaba, me aguantó el rollo unos segundos y me dijo «No seas infantil, por favor». Se oían las risas de sus amigos, supongo que no habría puesto el manos libres. —Sentí un nudo en la garganta, me costaba tragar y tomé un sorbo de café. Estaba súper amargo, me había olvidado de ponerle azúcar—.

—Pablo, ya que me lo comentas, te voy a hablar claro. Hasta ahora he permanecido en silencio, a pesar de que yo pienso que Sam es una persona bastante prepotente. Te diré más, incluso podría formar parte de ciertas organizaciones que existen.

—¿Qué organizaciones? ¿A qué te refieres? No seas paranoica, mamá.

Mi madre se secó los labios con una servilleta y puso su mano sobre la mía, como si quisiera dar tiempo a que sus palabras se asentasen dentro de mí.

—Hay un movimiento de dominación femenina. Sus defensoras sostienen que pueden prescindir de los hombres por completo.

—Pero, ¿qué dices, mamá? ¿Te refieres a lesbianas militantes o algo así?

—Te hablo en serio, Pablo. Esas mujeres pretenden subyugar a sus parejas masculinas utilizando el sexo como premio o castigo.

—Sam no es de esas, no digas tonterías. —Aparté la mano y miré hacia otro lado, no quería que mi madre me viese la tristeza en los ojos—.

—Bueno, tú la conoces mejor que yo. Yo solo te pido que reflexiones, que recuerdes detalles de vuestra relación y pienses si, en alguna medida, ella podría estar metida en ese movimiento, o al menos simpatizar con él.

En ese instante inspiré y fue como si el olor a salitre me limpiara los pulmones. Mi madre siempre había sido una exagerada. Es verdad que Sam planteaba el sexo como una concesión, y que ella y yo habíamos compartido prácticas que mi madre consideraría denigrantes, como la lluvia dorada o mi coito anal. Pero si yo lo consentía o no, eso solo me concernía a mí.

Me levanté y me puse en la cola de la cafetería para pagar. Lo cierto era que no entendía la actitud de Sam aquella noche, cuando me dejó colgado. Yo sí que la consolaba con el asunto de sus padres. Daba la impresión de que acudiese a mí cuando le surgían conflictos o cuando se aburría, como si fuese su segundo plato. Y se mostraba diferente, ausente.

Recogí el *ticket* y me detuve a la puerta de la cafetería. A mi derecha la gigantesca ballena metálica, que brillaba tornasolada, la cola de bronce, el lomo dorado. Recordé que Sam y yo habíamos marcado en el Google Calendar una semana del verano para coger un ferri y avistar orcas retozando en Orkney. ¿En ese momento se acordaría, tan siquiera?

Otra cosa que me dolía era que días atrás, cuando le había preguntado a Sameentha por las gestiones de nuestro alojamiento en Escocia, me contestó que —como yo era incapaz de conseguir algo de dinero— ella había comenzado los preparativos del viaje por América y Asia. Nada tenía sentido. Cambiaba de planes sin consultarme, como si yo fuese algo accesorio en su vida. O tal vez lo era.

Por supuesto, mis padres no estaban al tanto de aquello. Sin embargo, de ahí a que ella formase parte de esa especie de secta…

Sam. No podía ser. Había conseguido reconcicilarme con mi madre, pero por dentro me sentía absolutamente perdido.

A veces me pasaban barbaridades por la cabeza. Antes desaparecer que perder a mi Sammy.

35

El anillo blancuzco de su cuello se sumergió en el agua. Y su cabeza.

Di unos pasos hasta la sombra del sauce llorón y abrí bien los ojos. Entonces lo pude ver claramente. Conté hasta una docena de patos y otros tantos gansos. Me senté y les hice unas fotos para compartir en las redes.

El *tour* por el Freedom Trail de Boston había sido fascinante —el puerto, el parlamento, Quincy Market, Bunker Hill—, aunque tenía prohibido fumar porque estos yanquis son unos hipocondríacos, así que en cuanto acabamos, me encendí un cigarrillo y regresé a Boston Common.

Mi pato sacó su reluciente cabeza verde de la superficie plateada del lago y se sacudió el agua. Mientras estaba distraída, una ardilla había subido a mi banco para robarme el medio dónut de la mano. Definitivamente, aquellos bichos tenían el descaro de los americanos, las ardillas británicas eran demasiado apocadas para hacer eso. Cogió su botín y se encaramó al sauce.

En aquel momento me pasó por delante un yanqui rubio y alto, sus andares me trajeron a la mente los de Pablo por una milésima de segundo, el caminar desgarbado de los hombres que calzan más de un doce. Se me antojó enviarle un recuerdo. Miré los alrededores en el GPS y descubrí que estaba cerca del Macy's de la calle Washington, entonces me hice la despistada y me acerqué a preguntarle al tipo gigante, que se había echado en la hierba. Estaba como un tren. Y se ofreció a acompañarme. Bingo.

En la planta baja había un expositor de esos que tenían todas las papelerías de Londres cuando yo era niña. Lo estuve girando un buen rato hasta escoger una postal. Era la USS Constitution Fragata, un icono cliché, aunque muy masculino, y con el letrero «Recuerdos desde Boston» ni te cuento.

Nos sentamos en el bordillo de la acera y la escribí en un minuto, porque me apetecía mucho probar una pastelería que me había recomendado Adam —«el hombre», no podía llamarse de otro modo —, y debíamos pillar asiento antes de que se llenara de saudís y otros turistas.

«*Hello,* Pablo: por fin la Secretaría me concedió el año sabático y he adelantado nuestro viaje, empezando por US. *Boston is awesome*,[122] como dicen ellos cada 2 frases. En unas semanas estaré en Buenos Aires, y todo a media luz», jaja! «Y después… ¡Indonesia! Quién sabe,

igual no regrese. Quizás en el camino encuentre mi destino, *LOL*.

«Has picado, ¿eh? *I was kidding, Paw*.[123] Que sepas que pasaré por BCN en Navidad, un *pit stop* en mi ruta hacia Oriente Medio. Te prometo que me empaquetaré con papel rojo satinado, decorado con campanitas y renos, de los pies a la cabeza. Que tú despegarás el celo poco a poco, destapándome un codo, después una rodilla, luego la cadera… Y lo celebraremos bajo el árbol, ¿*ok*? Cuídate. Sam».

---

122 Boston es genial.
123 Estaba de broma, Paw.

36

Abrí los ojos y no reconocía el dormitorio. Volví a sentirme como si estuviese viviendo una pesadilla. Idénticamente a cada mañana de los últimos meses, aunque ahora estuviésemos en el apartamento.

Lo que quería era morirme. Los primeros segundos de cada día se me hacían tan irreales como si me hubiese trasladado a otra dimensión. Me parecía imposible que lo que nos estaba sucediendo pudiese ocurrir fuera de la ficción. Desgraciadamente, era así y éramos nosotros.

«Cualquiera puede verse inmerso en una relación sectaria». Me acordé del último artículo que había leído. «Todos somos susceptibles de caer en esa trampa: pobres y ricos, cultos e ignorantes, solo hace falta el terreno para abonar». El mal de muchos era mi único consuelo.

De todas formas, eso no me eximía a mí. ¿Cómo pude no haber visto las señales antes? ¿Por qué no reaccionamos más pronto? Ni Lucas. Ni Nina. Todos en casa trabajábamos, sí, ¿pero nos valía eso como excusa? Nos había pasado como a los padres de esos chicos que pocas semanas antes habían atropellado a los paseantes en las Ramblas: habían nacido y crecido en Cataluña, como Pablo. Y como en Pablo alguien había sembrado en ellos la desafección, o el desarraigo. Sembrar el desarraigo, qué contradicción.

Aquella chica solo había necesitado grandes dosis de sexo. Claro que decían que en los hombres el sexo iba totalmente ligado al amor. Tal vez a Pablo le había faltado afecto, ¿le demostré yo suficiente cariño de pequeño? Probablemente había sido más exigente que comprensiva con él. ¿Cuántas cosas había hecho mal?

Dejé a Lucas en la cama y pasé por delante de la habitación de mi hijo. Tenía la puerta cerrada, pero aquel olor a cera quemada continuaba filtrándose, yo aún no había logrado arrancarlo de las paredes.

Salí a la terraza. Una camiseta, arrebujada y tiesa, esperaba olvidada a su dueño en una de las hamacas del jardín comunitario. La piscina estaba vacía, muda, en cambio se oía más allá el vaivén de las olas, el mar se empezaba a erizar. Cambiaría el tiempo, pero de momento lucía el sol. En la arena, el ladrido de un perro saltando para que su ama le lanzase un juguete mientras ella lo desoía paseando con los pies en el agua.

Esa noche había oído llenarse la cisterna del váter y luego a Pablo encender la tele. Estaba deambulando por casa de madrugada. Desde aquellos instantes de lucidez, semanas atrás, en que mi hijo se llegó a

cuestionar la honestidad de Sam, yo insistía en las dinámicas de una familia normal. Mi única misión era devolverlo a algún patrón de los que había destruido su relación con esa chica.

Sonó un gruñido en el comedor, Pablo estaba levantado y se había tirado en el sofá. Le mostré mi mejor sonrisa y me encaminé a la cocina a prepararle un buen zumo de naranjas recién exprimidas con azúcar antes de que se enganchase a algún estúpido programa de *zapping*. Enseguida se lo serví con madalenas que había horneado Nina cuidando de hacerlas bien grandes, para que no le recordasen los *cupcakes,* y sin tropezones como las *muffins*.

Las puse en una bandeja con tortas de aceite y todo lo que encontré, aunque sabía que el olor de la comida ya no lo tentaba. Tenía que probar: buena parte de la curación de mi hijo dependía de que yo consiguiese fortalecerlo, de ayudarlo a dormir. De invitar gente a casa para sacarlo de esa burbuja venenosa donde ella lo había metido.

Desayunamos en silencio. Una larga arruga rosada le atravesaba la cara. Entretanto, mi cabeza no paraba de rumiar. No me bastaba con reconstruir a mi hijo. Si yo tuviese pruebas, tal vez podría denunciar a esa enferma mental. Quizá su negocio de prostitución, que por otra parte no sabía si ya estaba funcionando. Y de todas maneras era una insensatez, en Gran Bretaña la prostitución era legal aunque no estuviese regulada.

Se oía a los primeros niños tirarse a la piscina. «Vaya plancha», decía alguno. Otro proponía: «Ahora de palillo. Una, dos y tres». Cuánto se había divertido Pablo en esa piscina. Dejó el vaso de zumo medio lleno, no había tocado ni un dulce. Se levantó y se echó en una hamaca en la terraza, sin móvil, sin un libro. A menudo se quedaba adormilado por la mañana.

Pablo había perdido la ilusión hacía tiempo. Y yo quería que ella pagase por haberlo destrozado. Me venían a la memoria muchas palabras del blog sobre relaciones de dominación y me dolían: «lavado de cerebro, perverso, víctima-victimario, síndrome de Estocolmo, secuestrado… Se regala la vida al manipulador».

Un ruido estruendoso me asustó, el jardinero había puesto en marcha el cortacésped. Semanas atrás yo ya me había preguntado si se podía considerar a aquella persona líder de una secta, de la que solo formarían parte ella y unos pocos adeptos: aparte de Pablo, sus amigos.

En esos días, cuando salía de mi consulta, subía las Ramblas andando hacia la biblioteca del Ateneo. Allí me pasaba horas y horas buceando en el Código Penal en busca de actos sectarios que se considerasen delictivos, sin que el silencio estricto de la sala (con su suelo de damero) ni la luz difuminada sobre las mesas inclinadas de

esa suerte de quinqués me tranquilizasen del todo.

Me había aprendido algunos artículos casi al dedillo. «Alteración o control de la personalidad»: era punible la utilización de métodos violentos, pero solo si su fin era la comisión de delitos. «Coacción»: también se castigaba, no así si se trataba de acciones muy concretas. «Aislamiento del entorno familiar y social»: se tomaba en consideración si el líder actuaba contra la voluntad del adepto. Desafortunadamente, no era el caso.

La hierba recién cortada exhalaba un vaho de frescura que me alcanzaba en el primer piso. Respiré hondo y noté que tenía los músculos del diafragma contraídos. La programación psicológica utilizando ritos, narcóticos, etcétera era lesión mental solo si después requería tratamiento psiquiátrico. En caso contrario se consideraba «ofuscación del raciocinio» o «pérdida de capacidad crítica», una conducta impuesta por la seducción. Si habían seducido a Pablo, se entendía que había interiorizado las fronteras con el mundo exterior.

¿«Trato degradante»? Casi todo lo que le había sucedido a Pablo había tenido lugar en el ámbito privado y en consecuencia era inviable saber qué había consentido y qué no.

El timbre del teléfono fijo en el salón me sobresaltó. Eso, por ejemplo, había sido una agresión psicológica constante durante los meses álgidos de su abducción: Sam había estado llamando continuamente de noche para impedirle dormir y debilitarlo. Pero no se podía probar, como todo lo que ocurría en tantos casos de violencia de género.

Posiblemente ahora estuviese ella al otro lado de la línea. Según nos había confesado Pablo, andaba por Centroamérica. Por fin se había confirmado mi hipótesis de por qué esa embaucadora no se había decidido a mudarse a Inverness con Pablo: no tenía la menor intención de hacerlo. Hacía mucho que había diseñado la *tournée* por el mundo para ella sola, haciendo escala en casa de algún conocido que tenía aquí y allá. Y Pablo recibía llamadas esporádicas desde ciudades muy distantes: Filadelfia, Méjico…

Yo suponía que había dejado a sus amigos al cargo de esa moderna *start-up* de prostitución telemática.

Mientras hablaban, pasé a la terraza y me apoyé en la baranda. Oculté las manos frente al pecho, crucé los dedos, y me quedé mirando fijamente la copa de los tamarindos. Miles de gotas de rocío estaban suspendidas en sus hojas de aguja. La noche los alimentaba porque sabía que la tierra yerma se guardaba la humedad para sí.

Pero si Sam se había lanzado sola a esa vuelta al mundo que una vez proyectó con él, y ya hacía dos meses que no se habían visto, ¿por qué seguía telefoneándole? Era una especie de mantis. Ya había engullido a mi hijo y necesitaba conservarlo en el estómago para

seguir nutriéndose de él.

Las frases de Pablo que yo estaba logrando traducir eran una sarta de simplezas. Dónde estás. Yo bien. Has conocido gente del país. Cuál es tu siguiente destino. A pesar de que Pablo hablaba bajito, sí que llegaba a percibir el tono desinflado, decaído, de la conversación. Hasta que enunció la frase que yo misma había pensado mil veces, la que llevaba meses anhelando.

—Comprenderás que no dedicaré mi vida a esperarte, Sam, pendiente de tus cambios de rumbo. Yo no voy estar siempre aquí para ti.

Aquellas palabras me bastaban. Cogí el delantal del respaldo de una butaca, crucé el salón deprisa mientras me lo anudaba y me puse a trastear en la cocina.

Pablo apareció detrás de mí a los pocos minutos. Por fortuna la llamada había sido corta. Volví ligeramente la cabeza.

—Era Sam, ¿no? ¿Dónde está ahora?

—En La Habana —contestó rebuscando con apatía en la nevera. La cerró sin coger nada. Se peinó con los dedos.

—Pablo, te he oído plantearle lo injusto de vuestra situación. Y me alegro muchísimo de que seas asertivo, hijo. No puede ser que siempre ceda uno en la pareja.

—Vale, ya sé lo que piensas. Déjame tranquilo. Además… no tenía previsto deciros nada hasta haber tomado una decisión, pero me han ofrecido un contrato en prácticas en Barcelona, de programador.

El corazón empezó a darme saltos, sin embargo, seguí fregando como si me acabase de dar una noticia cualquiera. Le pedí que me enseñase la web de la empresa catalana para ver el efecto que nos causaba, y salió de la cocina sin responderme.

Seguí con mi tarea unos instantes, pero no tardé en acudir al salón y lo encontré sentado de espaldas. Pude ver que se había colocado el portátil en el regazo, me acerqué. Estaba navegando por la página de esa empresa. Me senté en el brazo del sillón y él se puso a explicarme. Un rayo de sol se arrastraba por el suelo y alcanzaba a iluminar uno de mis tobillos. Luego nos comentamos las condiciones laborales de la oferta. Como si me importasen un rábano.

A través de la ventana vi a Rosa que me saludaba. Llevaba una silla plegable bajo el brazo y señaló hacia el mar, invitándome a bajar a la playa con ella. Asentí y le indiqué con la mano que iría más tarde.

Con suerte mi hijo conservaba la suficiente dignidad como para dejar de ejecutar los deseos de aquella persona. Probablemente no estaría dispuesto a ejercer de *gigolo* si es que a ella se le antojaba, o de algo peor. Con suerte, Pablo estaba abriendo los ojos y empezaba a adivinar sus mentiras, a intuir su manipulación.

37

From: Pablo <pablo.tornero@gmail.com>
Sent: 9/20/17 4:16 pm GMT +2
To: Sameentha Narasimhan <sam33n7a_94@gmail.com>
Subject: *Farewell*[124]

Sam, mi Sammy,

He venido a la torre de Collserola para escribirte mi último correo. Al pie de la torre había un grupo reducido de hombres de negocios sacando el *ticket*, no estaba nuestro querido «Maletín». Al llegar al mirador, me he sentado de cara al interior, a América, como si de esa manera este correo te llegase antes y me impidiera arrepentirme.

Te voy a pedir que, por favor, no te molestes en responderme. De todos modos, a partir de ahora cualquier *mail* que me envíes irá directamente a correo no deseado. Copiaré este *mail* en mi diario, en nuestro diario, para cerrar nuestra historia, y será la última entrada.

Hoy, Sam, hace justo un año que nos presentamos y que yo te acogí, te guié. Te creí.

Me hiciste soñar con una vida idílica, viajando sin cesar, despreocupados, desnudos.

Me diste a conocer el placer como nunca antes lo había sentido. En los ojos, cuando me resistía a cerrarlos para absorber cada centímetro de tu cuerpo. Con tu olor, que se quedaba cosido a mi garganta. En las ingles. Hasta en la yema de los dedos.

Quise abandonarlo todo por ti, mi ciudad, mis amigos, mi familia, ignorando por completo tu agenda oculta: tú me moldeabas y convertías en una curiosidad más en tu creación. Tu sed de experiencias me fue manoseando, hollándome hasta envejecerme. Porque fue así: de golpe ya estaba ajado, demasiado deslucido para ti.

Cuando te habías empapado bien de mi persona, fuiste tú quien se alejó. No te marchaste porque a mí me faltase empeño, desde luego. Y ni siquiera en eso fuiste consistente. Dijiste que estabas aprovechando tu año sabático para avanzar nuestro viaje, y en la misma postal me chantajeabas con la broma de que tal vez te ayudaría a encontrar tu destino. Estabas en lo cierto, Sam. Porque ese camino que ahora recorres, por más lejos que te lleve, vuelve una y otra vez a tu único destino posible, que eres tú.

He intentado romper los naipes, al menos la caja, habría querido hacerla añicos, pero no he podido. Quise partir tu autorretrato en dos y, en su lugar, lo guardé en el armario, donde sé que irá a parar también el diario. He conseguido borrar tus fotos de la tarjeta de

memoria, pero de poco ha servido, porque sellaste cada momento en mí con besos, con reproches, con orgasmos, con desprecio.

Sameentha, piel de canela, ojos de abismo. Ahora ya sé que yo desapareceré de tus recuerdos. Tú, para bien y para mal, siempre estarás conmigo.

ਸਤ ਸੀ੍ ਅਕਾਲ, «Sat sri akaal»[125]

---

124 Adiós.
125 Adiós.

38

El rizo esponjoso de la enorme toalla me empapó las gotas de la cara. Me había dado una ducha a presión, me sequé bien y la tiré en el suelo del baño. Adam dormía atravesado en la *king-size,* sin *slip*, talmente como el del paraíso. Estos americanos tenían cara de niño aunque ya no cumpliesen los treinta. Roncaba.

Me acodé en la ventana. Desde la planta catorce tenía una vista espectacular de Buenos Aires. Cogí el móvil y fotografié el obelisco, blanquísimo, para mis *followers*. Los carteles luminosos —que seguían brillando a la luz del día—, algunos ciclistas, las antenas de móvil en las azoteas de los rascacielos, el anonimato.

Había aprovechado que mi nuevo siervo estaba forrado y elegí para mí un hotel de cinco estrellas, con ordenador en cada habitación. Me senté al escritorio y abrí el *mail*. Darcy me contaba su última borrachera con todo lujo de detalles, mira que era basta, y pusilánime. Y es que no podía explicarme mucho más porque no se comía un rosco, mientras que yo le había ido contando en detalle todos mis últimos ligues, Brian, Pablo, y ahora Adam. Me decía también que Cormac había cogido una curda descomunal, pero que no me preocupase por él, que tenía un lío con una estudiante francesa. Como si yo fuese a perder el sueño añorando a Cormac. Ni a ningún otro tipo.

Acto seguido abrí el último correo de Pablo. Era tan inocente que me daba pena, todavía recordando nuestros proyectos y los polvos que echamos. Para mí todo eso ya era agua pasada. Pero, sorprendentemente, el *mail* adquiría otro tono. Ahora descubría que me gustaba adaptar a las personas a mis caprichos y me venía con recriminaciones, como si me diese a entender que yo era una egocéntrica. Era él quien no había estado a mi altura, él no daba la talla.

«Ojos de abismo», vaya cursilada.

Me había cabreado un montón. Cerré la tapa del portátil de un golpe que hizo despertarse a Adam. Aparté la silla de un empujón y se cayó sobre el radiador.

—*What's up*?

Abrí mi bolso y rebusqué a tientas el tabaco, sin éxito.

—Que acabo de recibir un correo muy desagradable. Estoy más que harta de la gente desleal.

—Nadie debería ser desleal a una diosa como tú, Sam, jamás. Si necesitas desahogarte, aquí me tienes. Puedes hacer conmigo lo que

quieras.

No hacía ni un mes que Adam se había incorporado a mi ruta, en Boston, y aun así ya se había hecho a mí. Él sí que no tenía complejos y disfrutaba con nuestros experimentos.

—No sé… *If I… Won't you bear any grudges on me*? [126]

—No podría tener rencor a alguien que me posee entero.

Dudé unos segundos. Entonces saqué un fular de mi bolso y le até ambas muñecas al cabecero de la cama. Cogí la bolsita de terciopelo rojo de mi maleta y saqué la última carta de la baraja, la número veintiocho. Era la de Chandra, montado en un carro tirado por dos antílopes. Le leí a Adam su historia. Al igual que tú y que yo, Chandra rezumaba libido por todos sus poros. Eso hizo que se casara con las veintisiete hijas de Daksha, para saciar su creciente deseo de copular. Lo poseía un ansia inagotable, como a nosotros, dispuestos a todo para gozar.

Le describí en pocas palabras lo que me apetecía hacer.

—Te voy a dar un masaje que te relajará, para que al final sientas un contraste brutal. ¿Seguro que estás preparado?

—*Go ahead, my mistress*.[127]

Me recosté sobre los codos, y le acaricié los muslos con los dedos del pie. Apenas le rozaba y se le erizó el vello. Luego me senté cruzando las piernas y repasé sus brazos hacia arriba, muy despacio, con la palma de la mano a un milímetro de su piel, rodeándole las axilas, hasta el pecho. Rápidamente me arrodillé en la cama y le clavé los codos en el bajo vientre. Él me pidió que acabase ya, así que cogí sus testículos en el cuenco de una mano y los retorcí lentamente, para que los dos saboreásemos su dolor. Adam juntó sus rodillas. *We both came.*[128] Nos vino a los dos a la vez y fue escalofriante.

Me sentía mucho mejor.

---

126 Si yo... ¿No me guardarás rencor?
127 Adelante, mi ama.
128 Nos vino a los dos.

39

Las 15.30 en el reloj del salpicadero del coche. Al bajar, en el garaje, el bochorno de ese día de finales del verano se me adhirió a la piel, y la frente se me cubrió de gotas de sudor, de camino al ascensor.

Estábamos a finales de septiembre. Habíamos prolongado las vacaciones hasta que pasó la Mercè y volvimos del apartamento para la *rentrée*.

Ya tenía pensado parar en el *hall* de la finca y encargarme del correo. Debía asegurarme de ser la primera en abrir el buzón, aunque ya hacía semanas que no llegaba ninguna de aquellas postales. No podía bajar la guardia.

Me crucé con uno de mis vecinos, que llamó al ascensor y colocó la pierna delante de la célula fotoeléctrica para bloquearlo, se lo agradecí y le dije que fuera subiendo. Introduje la llave en la cerradura y saqué un montoncito de sobres, un par de ellos con facturas de bancos, y debajo una cartulina. Era de ella.

Habría sido capaz de reconocer su letra entre cien mil, a pesar de que solo había leído unas cuantas postales y aquella aprobación suya en el diario de Pablo. Una caligrafía nerviosa, pero firme. Y su nombre. La ese retorcida, viperina.

Pero lo que me importaba, por encima de todo, era que la postal hubiese viajado desde el lugar más remoto posible y que fuese muy reciente. Eso significaría que la amenaza se mantenía a distancia. Indonesia. *Sept 20th*. ¿Dónde estaba Indonesia exactamente? Saber que era Asia me bastaba hasta que subiese a casa y abriese un mapa en mi móvil.

Cerré la puerta del piso y apoyé la espalda en ella. En la imagen de la postal, un promontorio achatado al fondo, tras un lago recubierto de nenúfares y dos barcas de remo reposando en la orilla. En la otra esquina unos monjes budistas caminaban en parejas, resguardándose del sol con paraguas de color burdeos, negros, amarillos.

Camino de la cocina, le di la vuelta y leí el texto con avidez, aunque estaba segura de que esa chica no diría nada íntimo (porque no se había molestado en ponerla en un sobre). O más bien leí con la esperanza de que hubiese vuelto a escribir superficialidades y futilidades, como en las anteriores. Así era. No había necesidad de buscar en ningún mapa. De todas formas, no sé por qué, la foto me recordó su viaje con Pablo a la India. Con cada postal que llegaba, con cada señal de ella, yo rememoraba involuntariamente toda la historia, era como un mecanismo para no volver a caer en la trampa de un

personaje así, para prevenir a mi hijo a la más leve sospecha.

Se me había cerrado la boca del estómago y se me había quitado el hambre. Tenía una tarea que me urgía, porque Pablo solía aparecer hacia las cuatro. Corrí la ventana de la cocina y preparé una fuente de horno sobre la encimera. En mi mente, el rostro de Sam que ella misma había dibujado para Pablo y que, por desgracia, seguía atesorado en su ropero. Fui al baño a por el bote de alcohol y llené el fondo de la fuente. Era curioso, me costaba recordar su cara de verdad, la de carne y hueso.

Sumergí la postal, remojándola bien con los dedos. Me tembló el pulso mientras me secaba en el paño de cocina y cogía las cerillas del armario. Situé el recipiente bajo la campana extractora y la puse en marcha para disimular el olor.

Se mantuvo ardiendo un minuto más o menos, hasta dejar unas virutas negras de un papel finísimo. Y durante todo ese minuto no aparté los ojos de esa minúscula pira, como robados por las llamas verde y naranja. Naranja y verde. Tenía que cerciorarme de que no se escapaba ni una chispa de aquella postal que había estado entre sus manos tan solo unos días antes, ni un resto de su presencia.

Abrí el grifo, puse el recipiente debajo y miré cómo el desagüe se tragaba los diminutos trocitos negros de cenizas de papel. Fregué la fuente y el fregadero a fondo y aprisa. Guardé el bote de alcohol.

Salí al balcón. En ese momento Pablo se había parado en la acera ante el semáforo rojo. Vi cómo prestaba atención a los vehículos que pasaban y que observaba la indumentaria de la gente. Mi hijo estaba recobrando la conciencia de la realidad, la expresión en la cara. Alzó la vista hacia nuestra fachada y me saludó con el brazo, su mirada había recuperado el brillo. A su lado esperaba una chica cuya fisonomía me resultaba familiar. ¡Era Aina, que se había cortado el pelo!

Entonces se me ocurrió que en casa todavía quedaba una huella de aquella persona de la que nunca me podría deshacer. Así me instruyó una amiga, y yo seguiría su consejo a pies juntillas: «Por nada del mundo lo tires, jamás, sería peligroso».

Antes de que subiese Pablo, regresé a la cocina, me puse en cuclillas para abrir el congelador y tiré del último cajón. Necesitaba hacer una comprobación.

Aparté las bolsas de alimentos, bruscamente. Los dedos me empezaron a doler por el frío, así y todo metí la mano hasta el fondo. Por fin noté un tacto metálico. Saqué el paquetito de papel de aluminio del rincón.

La alarma del congelador empezó a pitar. Todavía agachada, desdoblé el envoltorio, casi temiendo rozar su contenido. Allí seguía el recorte de papel blanco. El trazo se había emborronado, pero aún se

distinguía la palabra que yo había escrito en una noche de desesperanza.

Sameentha

FIN

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Robert J. Cantavella su respeto hacia nuestros textos. A Samanta Schweblin su sabiduría, no se puede llamar de otra forma su dominio del cuento. A Antonio Muñoz Molina su humildad a pesar de ser un autor consagrado.

Agradezco a Patricia Capdevila esa frase suya emocionada: «Esto da verdad, ¿lo veis?». A Mercedes Abad su rigor y constancia con nosotros, sus alumnos. Estoy muy agradecida a mi tutor en el M.C.R.E.L, el poeta Jesús Aguado, por su intuición: «Que nadie te diga nunca cómo tienes que escribir».

Gracias a todos mis compañeros de los talleres de escritura en el Ateneo Barcelonés por su paciencia y mil consejos.

Gracias a Almudena Grandes, Chimamanda N. Adichie, Philippe Claudel e Ian McEwan. A Zola, Rimbaud y Philip Roth, aunque ya no me oigan. Y a cientos de autores más, por escribir como escriben.

Y, sobre todo, gracias a mi familia por apoyarme y animarme, por ser mis primeros lectores y mis mayores fans.

NovaCasaEditorial
novacasaeditorial
Nova Casa Editorial
NovaCasaEditors

NovaCasa Editorial

#novacasaeditorial #leyendoaNova